

Toti Martínez de Lezea



*y todos
callaron*

de

A mi querida madre

*Con agradecimiento a mis amigos
Javier Tazón, escritor y maestro,
y a Aurora Cubillas, lectora y crítica.*

FEBRERO, 2008

Al día siguiente del entierro de Amelia Zabaleta, su hija, yerno y nietos acudieron al notario para la lectura del testamento, un mero trámite a fin de recibir la herencia, de por sí cuantiosa. Los acompañaban la «tata» Felisa y Salvador, el antiguo chófer. Ambos habían pasado casi toda la vida al servicio de la difunta y, de hecho, eran parte de la familia. Vivían en una casona del paseo Fray Francisco de Vitoria, aunque hacía tiempo que ya no servían sino que eran atendidos por sirvientes más jóvenes que los trataban de usted, y los dos compartían mesa y tiempo con su patrona de tantos años. Era una situación un tanto anómala y contraria a la opinión de la hija, quien sostenía que los viejos sirvientes deberían haber ido a una residencia en lugar de vivir como dueños de lo que no era suyo. Si bien, por otra parte, hacían compañía a su madre y de ese modo le quitaban un peso de encima porque la sabía entretenida, y así sus visitas se limitaban a alguna que otra escapada de vez en cuando. De todos modos, Elvira no entendía el motivo por el que el notario había hecho tanto hincapié en la necesaria presencia de los dos ancianos, dado que a ambos les fallaba la vista y la audición. Probablemente, se dijo, su madre les había legado algunos dinerillos para su tranquilidad en lo poco que les restaba de vida, aunque hubiera dado igual que no estuvieran; ella misma se habría encargado de hacerles llegar lo que les tocara de la herencia.

A las doce del mediodía en punto, los convocados se hallaban sentados alrededor de una larga mesa rectangular en la que el fedatario ocupaba una de las cabeceras junto a sus dos ayudantes, mientras que los dos ancianos lo hacían en el otro extremo. Elvira y su marido se sentaban a la derecha, y sus tres hijos lo hacían a la izquierda. Después de darles el pésame por la pérdida, don Álvaro Ugarte inició la lectura del documento, firmado un año antes.

Tras varias mandas para obras de caridad, doña Amelia cedía la casa a sus antiguos sirvientes, además de una buena cantidad de dinero a fin de que vivieran bien atendidos en ella hasta su muerte, momento en el que el inmueble pasaría a manos de sus herederos. El gesto contrariado de hija, yerno y nietos no pasó desapercibido al notario, conocedor de sus planes para deshacerse de la casa familiar en cuanto pudieran echarle mano, en aras de un suculento acuerdo con un constructor que la transformaría en un edificio de apartamentos exclusivos para gente adinerada. Don Álvaro, no obstante, prosiguió la lectura con la misma expresión estática que utilizaba cuando jugaba al mus. Todo lo demás, los millones depositados en el banco, las acciones de varias empresas punteras, los cuadros, las joyas y la casa de verano en Labastida, una verdadera fortuna, pasaba a sus herederos directos. Los familiares sonrieron; a fin de cuentas, los viejos no durarían mucho más. Las sonrisas se difuminaron de inmediato al escuchar que el término «herederos» no se refería a su hija y nietos, sino a aquélla y a Miguel, el hijo mayor de doña Amelia.

Habría podido escucharse el aleteo de una mariposa, tal fue el silencio que reinó en el despacho notarial. Sólo fue un instante. Primero Elvira, luego su marido y después sus hijos hablaron todos a la vez negando la mayor y exigiendo pruebas de la existencia de aquel pariente, de quien jamás habían oído hablar. Don Álvaro no movió ni una ceja; esperó a que se calmaran los ánimos y, a continuación, hizo una seña a unos de sus ayudantes para que les entregara una copia del certificado de nacimiento de Miguel Aurra Zabaleta, nacido el 9 de junio de 1936 en Vitoria, siendo sus padres José Aurra Egoña y Amelia Zabaleta Gómez de Segura, ambos residentes en la ciudad en el momento del parto. En la copia de color grisáceo se apreciaban con claridad las marcas de las dobleces del documento, una rejilla formada por dieciséis pequeños cuadrados, como si el original hubiera permanecido doblado en múltiples pliegues durante todos aquellos años.

Jon Martínez de Albeniz, más conocido como «Jontxu, el del kiosko» por la pequeña tienda de periódicos y revistas que regentaba su madre, se frotaba la oreja derecha, gesto habitual en él cuando no sabía por dónde empezar, y releía por enésima vez los dos documentos que tenía encima de la mesa: un certificado de nacimiento y un testamento. Se preguntaba, también por enésima vez, a cuento de qué había aceptado un encargo tan importante con tan magro bagaje. Quizás porque estaba harto de seguir a sospechosos de adulterio cuyos cónyuges buscan pruebas para el divorcio, o porque en Vitoria-Gasteiz no había demasiado trabajo para un investigador. La propuesta le había llegado de manera providencial en un momento en el que sus finanzas estaban bajo mínimos y cuando ya empezaba a pensar que tendría que ocuparse de la tienda a fin de salir de su pésima situación económica. También tendría que olvidar el sueño que lo había acompañado desde que era un chaval y leyó *Las aventuras de Sherlock Holmes*, es decir llegar a ser un gran detective, algo que no tenía visos de convertirse en realidad. Buscar a un tipo de quien sólo disponía de su certificado de nacimiento era sin duda una tarea ímproba. Podría estar desde hace tiempo cultivando chiribitas, como decía su madre, o haberse ido a vivir a las Filipinas... En el listín de teléfonos no aparecía su nombre y tampoco en Hacienda, donde tenía un amigo al que había hecho varios favores y de quien echaba mano cada vez que necesitaba información «sensible» relacionada con algún cliente. Lo buscó asimismo en los listines telefónicos y las Haciendas de los otros territorios de la Comunidad Autónoma, así como de Navarra y de La Rioja. Y en Internet. La red de redes era un pozo sin fondo donde podía encontrarse absolutamente de todo. Pero por más que tecleó el nombre y los apellidos, no encontró nada. El tal Miguel Aurra Zabaleta estaba totalmente desaparecido, y él no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarlo. Finalmente, decidió que la única forma de averiguar algo, si es que había algo que averiguar, era centrándose en la madre de su clienta, la finada doña Amelia. Abrió la ventana de su despacho, nombre demasiado rimbombante para referirse al minúsculo habitáculo de dos habitaciones,

cocina y baño, que ocupaba en un viejo edificio de La Herrería, a fin de ventilarlo del humo de los cigarrillos que fumaba sin parar, y salió a la calle. Al rato estaba sentado a una mesa del café Casablanca, en la calle Dato, en compañía de Genaro Zipriano, hombre mayor, soltero y maniático, pero ante todo cronista memorión de chascarrillos a lo largo de los últimos setenta años. Lo sabía todo de lo ocurrido en la ciudad, nombres, familias, hechos, bodas, bastardos y escándalos varios, aunque siempre puntualizaba que sólo podía ser veraz con lo acontecido en la Vitoria «de siempre», la de antes de que la población genuinamente vitoriana se multiplicara por cinco mil, la del Batán donde las parejas se magreaban a gusto sin testigos, o la de las huertas del extrarradio ahora repletas de barrios nuevos y desconocidos para él.

—¿Meli Zabaleta? —preguntó—. Falleció hace dos semanas.

—Sí, ya lo sé. Sus familiares quieren algunas informaciones. Ya sabe usted... asunto de herencias.

—¿Y eso?

—Parece ser que la señora tuvo un hijo legítimo de quien nadie conocía su existencia.

El hombre frunció el ceño y sorbió un trago de café.

—El padre de Meli era jefe de bomberos y su madre tenía una mercería llamada Fémina, situada cerca de la iglesia de San Pedro. Tuvo problemas porque en el escaparate colocó unos bustos con sujetadores y fajas, y el párroco aseguraba que aquello era una indecencia. Lo cierto es que los chavales nos parábamos delante y hacíamos risas. Ahora las mujeres enseñan todo lo que tienen, pero entonces sólo nos quedaba la imaginación. Doña Julia era una señora de armas tomar, y se decía que en su local tenían lugar reuniones subversivas.

—¿Subversivas?

—Sí, en la parte de atrás. Había una puerta que daba al cantón y los reunidos salían corriendo por ella en cuanto algún policía o cualquier persona desconocida aparecía por el establecimiento.

—Pero... ¿qué hacían?

—Hablar. Los jóvenes no vivisteis aquellos tiempos; fueron duros de verdad. Yo era sólo un crío y todavía me acuerdo, aunque también hubo momentos buenos...

A Jon se le escapaba el discurso del anciano. Las historias viejas no le interesaban en absoluto; en su casa jamás se hablaba del pasado, ni de nada importante en realidad.

—¿Y doña Amelia?

Impaciente, escuchó a don Genaro desgranar sus recuerdos tras pedir una copa de anís y hablar de su época moza, de romerías, fiestas, personajes olvidados.

—¿Y doña Amelia? —repitió en una pausa que el hombre hizo para paladear la última gota de anís que aún le quedaba en el vaso.

—La perdí de vista durante unos cuantos años. Luego, un buen día, apareció de nuevo por Vitoria, casada con un tal Evaristo Rojas, un tipo rico cuya procedencia nadie conocía, aunque estaba claro que su fortuna era el premio a su lealtad. En aquella época, sólo los leales conservaron o multiplicaron sus caudales. Montó una chatarrería y otros negocios, como una panificadora que abastecía a los cuarteles y alimentaba a los obreros que trabajaban en la construcción de los embalses del Zadorra. En poco tiempo se hizo de oro y se compró el chalé. No tuvo cargos políticos, pero siempre iba detrás del alcalde en las procesiones y, en fiestas, aparecía en el balcón del Ayuntamiento. Juraba que era un hombre muy religioso y que acudía a la Adoración Nocturna y esas cosas, pero una vez tuvo un accidente de coche en la carretera a Miranda y no iba solo; la moza que lo acompañaba perdió una pierna. Fue un escándalo. También se habló de otra amante que se quedó embarazada. Como él no quiso saber nada del asunto, la joven se marchó a Madrid y se suicidó, eso se dijo. Era un crápula —concluyó el hombre.

—¿Y su mujer?

—Imagino que Meli conocía, como todo el mundo, las aventuras de su marido, pero no le importaban, al menos aparentemente. No lo sé, no teníamos mucha relación. No se le veía por la calle, aunque a veces coincidimos en el Círculo Vitoriano y en algún funeral. Parecía distante, como si estuviera en otro lugar, y apenas intercambiamos unas palabras. De hecho, daba tan poco que hablar que en más de una ocasión supuse que ya había muerto y quedé muy sorprendido cuando me enteré de su reciente fallecimiento.

—Así que lo del hijo, nada de nada.

—No. Lo daría en adopción, o se lo quitarían nada más nacer. ¡Vete tú a saber! Aquellos fueron tiempos muy... muy movidos, pero puedes hablar con su hermana, si es que todavía conserva la cabeza, que ya sabes que los viejos acabamos desgastándonos, incluso los que alguna vez fueron poderosos.

—¿Qué hermana?

—Fernanda, la hermana pequeña de Meli. Me la encontré en la residencia de las monjas, la que está en Armentia, cuando fui a visitar a un viejo amigo hace un par de meses. Quizás ella pueda darte más información.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no levantarse y salir a toda prisa del bar. Aguantó estoico a que el hombre pasara lista a los congéneres que vivían en la residencia. Eran muy pocas las personas que, como él, continuaban en sus casas a los noventa, añadió ufano, poniéndose algunos años de más.

—¿Y tu madre qué tal está? Hace mucho que no la veo. Conocí a tu abuelo, un buen hombre que...

—Pues mire usted, ahora que lo menciona, he quedado con ella para ayudarla a hacer el balance de la semana —se apresuró a decir antes de verse obligado a escuchar la vida y milagros de su propia familia—. Ya me disculparé, pero llego tarde.

—Cuéntame lo que ocurre con eso de la herencia de Amelia.

—Lo haré sin falta, no se preocupe. Ha sido un placer.

Pagó los dos cafés y la copa de anís y salió del Casablanca. Hacía mucho frío; se subió el cuello del gabán y encendió un pitillo antes de enfilear hacia La Senda con la esperanza puesta en que la hermana de Amelia Zabaleta pudiera darle alguna información de utilidad. En el trayecto, se cruzó con varios conocidos, pero no se detuvo a hablar con ellos y se limitó a hacer un gesto de cabeza sin aminorar el paso. Siempre le había gustado aquel paseo, desde crío, sobre todo en otoño, cuando las castañas pilongas alfombran el suelo. Él y sus amigos se divertían tirando a dar a las pantorrillas de las niñas y salían corriendo en cuanto aparecía un municipal. ¡Qué tiempos! Entonces le parecía que los días transcurrían a cámara lenta, todo lo contrario que ahora. La cuarentena pasada, sin familia, sin dinero y sin futuro, se sintió de pronto como los castaños que bordean el paseo, viejo y sin hojas. Los árboles volverían a florecer en primavera, pero él continuaría siendo el mismo tipo frustrado que pasaba sus veladas fumando y viendo la porquería de

programas que echan por la tele. Tan ensimismado estaba que ni siquiera dirigió una mirada al palacete levantado a la derecha del Paseo en cuya puerta colgaba una corona de flores marchitas con un crespón negro. Se habría quedado muy asombrado, pues ya no era habitual ver ese tipo de adornos funerarios. Por la misma razón tampoco se fijó en la joven que lo siguió con la mirada hasta perderlo de vista antes de entrar en la casa.

Se detuvo al llegar frente a la residencia tras veinte minutos a buen paso, y cogió aire. Ya no era el joven animoso capaz de subir a los montes y bajar de ellos fresco, como recién levantado de la cama. La caminata hasta Armentia resultaba agradable en verano, pero en absoluto placentera a 0° de temperatura. Tenía las manos y los pies helados y se arrepintió de no haber cogido un taxi, aunque luego se dijo que tampoco estaba su economía para dispendios. Debía hablar con la hermana de Amelia antes de decidir si continuar con la investigación o mandar el asunto a hacer gárgaras, pero soltó un juramento al recordar que había gastado la mayor parte de los mil euros del adelanto entregados por Elvira Rojas en pagar algunas deudas y comprarse ropa nueva. Le quedaban algo más de trescientos y ya podía darse prisa a fin de averiguar lo que fuera y cobrar los otros mil prometidos al final del trabajo. De lo contrario, tendría que pedirle prestado a su madre y aguantar sus recriminaciones por no ayudarla en la tienda. Empujó la puerta del edificio y echó un vistazo a su alrededor. Imaginaba un lugar sombrío, igual al que había visto en alguna película, pero no lo era en absoluto. Es más, hacía demasiado calor allí adentro, y un señor sonriente lo atendió en el mostrador de la recepción y le rogó que esperara en una de las confortables butacas del vestíbulo mientras él llamaba a doña Fernanda Zabaleta; con un poco de suerte, añadió, estaría en su habitación. Minutos después, vio llegar a una monja que acompañaba a una anciana ciega de cabellos blancos recogidos en un moño, zapatillas en los pies y una toquilla sobre los hombros.

—¿Es usted quien ha pedido hablar con Fernanda? —le preguntó la religiosa.

No había hablado jamás con una, que él recordara, y se quedó muy sorprendido al comprobar que, en efecto, las monjas hablan. Menos mal que se había puesto la ropa nueva, calcetines y zapatos incluidos, y parecía un caballero. Se levantó y se limitó a afirmar repetidamente con un balanceo de

cabeza.

—Tienen una hora. La comida se sirve a la una en punto —le advirtió la monja con una sonrisa que, en realidad, enmascaraba una orden que no admitía réplica.

Observó con atención a la mujer que esperaba, sentada en una esquina del sofá, a que él comenzara a hablar. Calculó que tendría unos ochenta y muchos, más que nada por el pelo blanco y el bastón, ya que la piel de su rostro aparecía tersa, de una suave tonalidad rosa, sin apenas arrugas. Incluso aseguraría que podía ver, pues tenía los ojos fijos en él con una mirada brillante, juvenil.

—Me llamo Jon Martínez de Albeniz —se presentó—, y no sé por dónde empezar... Se trata de su hermana Amelia.

—Falleció hace dos semanas, me lo dijo el capellán de la residencia. Ni se molestaron en enviar un coche para que yo pudiera asistir al funeral, así que recé por ella en la capilla.

No había tristeza en su tono de voz, más bien aceptación de un destino ineludible para el que ella también se hallaba dispuesta.

—Lo sé, y éste es el motivo de mi visita. Su sobrina Elvira quiere que averigüe si su hermana tuvo otro hijo, pues aparece nombrado en el testamento y, por lo que se ve, ella ignoraba su existencia.

La anciana cerró los ojos, y él no supo si se había quedado traspuesta o es que no quería responder.

—Así que está vivo... —la escuchó decir al cabo de unos instantes.

—¿Perdone?

—Que está vivo el hijo que Meli tuvo con Pepe Aurra.

—¿Usted lo sabía?

—Sí, claro. Todos lo sabíamos en casa. ¿Cómo no íbamos a saberlo?

—Supongo que el tal Aurra fue su primer marido...

—Bueno, sí y no. Después de aquello, los matrimonios civiles fueron declarados nulos, así que fue como si nunca se hubieran casado...

A la una menos cinco en punto, Jon se despidió de Fernanda Zabaleta bajo la vigilante mirada de la monja que había ido en busca de ésta y golpeaba impaciente el suelo con su pie derecho.

—¿Puedo volver a visitarla? —le preguntó mientras la ayudaba a

levantarse.

—Por supuesto, hijo. Los días se hacen eternos cuando una está sola y siempre es agradable recordar, aunque los recuerdos sean a veces dolorosos.

La anciana le sonrió desde sus ojos ciegos y dijo algo a la monja, quien torció el gesto, pero salió disparada para regresar enseguida con algo en la mano que entregó al causante de que su residente llegara tarde a comer.

—En esa foto estamos Meli y yo con nuestros padres en San Sebastián. Ya me la devolverá cuando venga la próxima vez. De todos modos yo no puedo verla...

No pudo evitarlo: le dio un par de besos en las mejillas y la vio marchar agarrada al brazo de la religiosa mientras en el aire flotaba un ligero olor a jengibre y vainilla.

Hizo despacio el camino de vuelta. El sol jugueteaba entre las nubes y la temperatura había subido unos grados. No duraría mucho. Antes de media tarde caería de nuevo la helada, y sus amigos desaparecerían dentro de sus casas al igual que topos en sus madrigueras, al cobijo del hogar; verían un insulso programa de televisión o leerían un rato antes de meterse en la cama y, tal vez, hacer el amor. Echaba en falta la compañía de una mujer, sobre todo durante el invierno; alguien con quien hablar, un cuerpo cálido a su lado junto al que acurrucarse bajo las mantas en las noches frías; alguien con quien compartir risas, penas y una taza de café al despertar. Se sintió liberado al abandonar el piso que compartía con Miren; su relación había llegado a un punto sin retorno, si bien reconocía que él tuvo bastante culpa. ¿Qué mujer aguantaría a un marido que todos los días vuelve a casa a las tantas, oliendo a humo y alcohol? Pero no podía remediarlo. Era mucho más divertido pasar el tiempo en los bares con los amigos, hablando de fútbol y contando chistes subidos de tono, que aguantar a una compañera quejosa, obsesionada por el orden y frustrada por no tener hijos. Le aseguró que a él no le importaba, que así podrían trabajar e ir de vacaciones sin preocupaciones; que el mundo no se caía porque ella fuera estéril. Le declaró su amor una y más veces, la llevó de viaje a Praga, intentó que lo acompañara en sus salidas nocturnas, pero acabaron sin decirse más de dos frases seguidas. Qué distinto habría sido si Miren se hubiera parecido a doña Fernanda...

Se detuvo a la altura de la estatua del fraile que da nombre al paseo y

encendió un cigarrillo. Mantenía en la retina el dulce rostro de la anciana, su sonrisa entrañable, su actitud amable, pero, sobre todo, recordaba sus palabras. El tiempo había transcurrido tan deprisa, que más parecía que hubieran estado hablando diez minutos en lugar de una hora. Se le habían quedado muchas preguntas en el tintero, una buena excusa para volver a verla en pocos días. Sacó una libreta y un bolígrafo del bolsillo de su gabán nuevo y apuntó algunos datos que le parecían importantes para proseguir con la investigación. Después, continuó hacia La Senda con la mente puesta en la conversación mantenida con, por ahora, la única persona que había conocido bien a Amelia Zabaleta en su juventud.

—Mi hermana me llevaba seis años y yo tenía trece cuando supimos que estaba embarazada. Lo recuerdo muy bien. Estábamos a punto de empezar a cenar, y llegó acompañada de Pepe Aurra. Simplemente dijo que esperaban un hijo. Mi madre me envió a mi cuarto con el plato, pero yo escuché desde el pasillo todo lo que dijeron. No hubo gritos ni reproches. Nuestros padres creían en la libertad de las personas, aunque aquella noticia fuera un chorro de agua fría para ellos. Antes, lo peor que podía pasarle a una mujer era quedarse embarazada sin estar casada; era un baldón para toda la familia. Escuché decir a nuestra madre que estaban a tiempo de casarse por la Iglesia, pero ellos respondieron que no tenían intención de hacerlo, que la Constitución prohibía consignar en los documentos la legitimidad o ilegitimidad de los recién nacidos y también el estado civil de los padres. Eran por tanto libres para vivir en pecado, que dirían los curas y las beatas, y tener a su criatura sin dar explicaciones a nadie. Se casaron por lo civil, no obstante, un mes después del nacimiento del pequeño Miguel, justo una semana antes de que empezara aquello y de que nuestras vidas ya no volvieran a ser las mismas. Pepe se fue a Ochandiano en bicicleta, y a mi hermana la vinieron a buscar a casa y se la llevaron a la cárcel de mujeres que habían instalado en el Colegio del Sagrado Corazón, el mismo en el que estudiábamos. Bueno, donde yo todavía estudiaba hasta que empezó la guerra; Meli ayudaba en la mercería.

—¿Por qué se la llevaron?

—Ay, hijo... por vivir amancebada, por ser madre sin estar casada por la Iglesia, porque su compañero era maestro y encima se había pasado al otro

lado...

Le había hecho gracia aquello de «amancebada», una palabra totalmente *vintage* a decir de los pijos.

—Y el niño, Miguel, ¿fue un niño robado?

—No, al menos que yo sepa. Lo tuvimos en casa durante aquellos años terribles.

—¿Y qué fue de él?

—Un día apareció Meli y se lo llevó. Acababa de cumplir los cinco años.

—¿A dónde se lo llevó?

—No dijo nada. Apareció de pronto, cogió al niño y se fue. Nuestro padre estaba muy enfermo; era funcionario del Ayuntamiento y había estado encerrado en los carmelitas, adonde llevaban a los hombres. Nunca se recuperó del disgusto, por eso y por no saber apenas nada de Meli mientras ella también lo estuvo. Entró en su habitación, le dio un beso y se marchó. A mi madre y a mí apenas nos dirigió la palabra, pero nos dejó una cesta con aceite, azúcar, café, arroz, jabón y algún otro producto que ya no recuerdo. Le parecerá a usted poca cosa, pero entonces carecíamos de todo, pasábamos hambre, y aquello fue un regalo.

—¿Y no volvió a ver a su hermana?

—Una vez. En el funeral de nuestra madre, unos veinte años más tarde, pero casi ni hablamos. Fue una pena, pero se había convertido en una desconocida, a pesar de vivir las dos en Vitoria.

—¿Y no supo nada más de su sobrino?

—No. En el funeral, le pregunté a Meli por él, y me respondió que ya no estaba con ella. Supuse que quería decir que había muerto y no me atreví a preguntar nada más.

Le habría gustado seguir indagando, pero había aparecido la monja para llevársela al comedor, y él se había quedado con las ganas. Volvería al día siguiente para continuar con la conversación.

Su madre ya había cerrado la tienda para cuando él llegó a la calle de la Zapatería. Entró en el portal contiguo y subió de dos en dos los escalones hasta el primer piso. Comía con ella todos los domingos, y aquel día era martes, pero no le apetecía volver a su pequeño antro desangelado. Además, tenía la nevera vacía. El olor a cocido y el calorcito de la cocina económica

que Rosa se empeñaba en conservar para encender en los días más fríos, según decía, le hicieron añorar la época en que todavía vivía allí, antes de que su padre muriera, antes de Miren y de su desastre de matrimonio. La mujer sonrió al verlo aparecer por la puerta de la cocina y puso otro plato encima de la mesa. Le habría gustado que su hijo volviera a vivir con ella después del divorcio para que no estuviera tan solo o, quizás, para no estarlo ella. Se lo planteó, pero él no respondió; sólo negó con la cabeza y una sonrisa irónica en los labios. También le gustaría que él le hablara, que le contara sus asuntos, pero ninguno de los dos era demasiado comunicativos. Debía de ser cosa de la edad porque las risas y las voces se escuchaban en aquella casa cuando aún vivía su añorado Marcelo. Comieron intercambiando alguna que otra frase sobre el tiempo y, cuando estaban a punto de levantarse de la mesa, Jon sorprendió a su madre con una pregunta:

—¿Conociste a una tal Amelia Zabaleta?

—De oídas —respondió ella al cabo de unos segundos.

Tuvo la impresión de que se sentía incómoda, pero insistió.

—¿De qué?

—¿Por qué te interesa saberlo?

Le contó el asunto de la herencia y del hijo que la mujer tuvo antes de casarse con el padre de su hija Elvira, y comprobó, sorprendido, que ella no mostraba extrañeza alguna ante la noticia.

—¿Tú lo sabías?

—Me lo dijo la madre de Amelia, muchos años después. Doña Julia tenía una mercería cerca de la iglesia de San Pedro y también un taller de costura donde yo estuve trabajando hasta que me casé con tu padre. Algunos días me quedaba para ayudarla a cerrar y luego siempre tomábamos una taza de chocolate. Por lo general, pasábamos revista a los chascarrillos, pero un día empezó a hablar de su marido y de sus hijas, de lo mal que lo pasaron durante aquello, y también después. Me dijo que Amelia había tenido un hijo con un maestro que se escapó al otro lado y que a ella la encerraron con un centenar más de mujeres. Doña Julia era una mujer fuerte, pero se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar a su hija con la cabeza rapada. A las presas las obligaban a barrer la calle Dato para que todo el mundo las viera y se burlaran de ellas, aunque antes las obligaban a beber aceite de ricino.

—¿El qué?

—A algunas les daban aceite de ricino y las paseaban por las calles principales, ya sabes...

—No.

—¡Hijo! El aceite de ricino es una purga. Tu abuela hablaba de ello algunas veces. Decía que ella procuraba desviarse por otras calles cuando había paseillos, pero no siempre lo conseguía. Además, obligaban a todo el mundo a mirar. También decía que daba muchísima pena ver a aquellas mujeres humilladas como no podemos hacernos idea. Me contó que aquí, en esta misma calle, vivía doña Angelita, una señora mayor que siempre iba muy bien preparada y a quien se la llevaron presa porque sus dos hijos estaban en el otro lado. La vio rapada, con el *txori* rojo y yéndose por las piernas; iba con la cabeza alta, mirando al frente, como una santa hacia el martirio. La dejaron salir al acabar aquello, aunque murió al poco, dijeron que de pulmonía. Mi madre aseguraba que a la pobre se le rompió el corazón al saber que sus hijos habían muerto.

—Nunca me habías hablado de eso.

—Ocurrió hace mucho, y no eran cosas para contarle a un niño. Además, dejamos de hablarnos cuando te hiciste mayor...

—¿Y Amelia Zabaleta? —preguntó ignorando el velado reproche de Rosa.

—La soltaron también. Según doña Julia, se marchó de Vitoria y volvió unos años después casada con uno de ellos.

—¿De quiénes?

—Pues de ellos, hijo, de ellos. Tengo que abrir.

Sin más palabras, la mujer se puso una chaqueta de lana, y Jon escuchó sus pasos en la escalera de madera. En un gesto desacostumbrado en él, recogió los platos que habían quedado encima de la mesa y los fregó. Después, bajó a la calle, echó un vistazo a la tienda donde su madre atendía a un par de clientes y la saludó con la mano. Seguía sin apetecerle volver a su piso y se encaminó hacia la Virgen Blanca con intención de tomar un café en una de las cafeterías de la plaza remodelada en plan moderno, sin jardines y con chorritos de agua emergiendo del cemento. No había quedado mal, aunque opinaba que también podrían haber quitado el monumento a la

llamada «Batalla de Vitoria», que no tuvo lugar en la ciudad sino en los alrededores, y que siempre le había parecido un adefesio que no pegaba allí ni haciendo un esfuerzo de imaginación. Además, se ensuciaba con los excrementos de las palomas.

Atravesó la plaza, entró en el local que hace esquina con la plaza de los Arcos, se sentó a una mesa al comprobar que no había a la vista ningún conocido y sacó su libreta; arrancó las hojas escritas y se dispuso a pasar los apuntes a limpio. Amelia Zabaleta, su hermana Fernanda, la madre de ambas, doña Julia, José Aurra, Evaristo Rojas... Retazos de vidas, flecos de una urdimbre aún sin forma. Había olvidado el nombre principal, el de Miguel Aurra Zabaleta, y lo añadió al final de la lista. Curiosamente, se sentía más atraído por la historia de la madre que por la del hijo. En una mañana había aprendido sobre aquella época más que en toda su vida, lo cual tampoco era de extrañar, puesto que a él nunca le había interesado el pasado; tampoco había tenido razones para ello. Sus padres eran gentes sencillas, de costumbres monótonas, mismos horarios, mismas comidas, de misa y vermú dominicales, y algún viajecito que otro por las cercanías, dos días como máximo. En su casa apenas había media docena de libros, aunque en la tienda hacía tiempo que se vendían colecciones literarias que llegaban en cartones y envueltas en papel de celofán. Sin embargo, sí leían los periódicos. Su madre recogía las entregas todas las mañanas y subía con un ejemplar de cada uno de los principales diarios; los tres leían mientras desayunaban procurando no mancharlos, luego los doblaban y ella los bajaba de nuevo a la tienda. Supuso que continuaba con la misma costumbre, aunque él no lo hacía desde la boda; ahora sólo echaba un vistazo a la prensa que encontraba encima de los mostradores de los bares para enterarse de los resultados del fútbol y poco más, únicamente los titulares. En los últimos tiempos, lamentaba no haber estudiado una carrera, no haberse preparado para algo. Los años habían pasado deprisa, mucho. Tras una juventud feliz de *gaupasas*, *kalimotxos*, algo de hachís y unos cuantos polvos, algunos de los cuales ni recordaba con quién, no tenía nada, sólo una madurez insatisfecha con toda la pinta de ir a peor a medida que se fuera haciendo viejo. No quería seguir pensando en sí mismo y volvió a sus notas.

Extrajo del bolsillo del gabán el marco que le había entregado Fernanda y

examinó la foto. En ella aparecían una niña risueña vestida de blanco y una joven con un vestido estampado en tonos claros. Detrás de ellas, un hombre con bigote y una mujer atractiva de mediana edad cuyo rostro denotaba seguridad. Sonrió. Aquélla debía de ser doña Julia, la de la mercería que, según el viejo chascarrillero, acogía a elementos subversivos en la trastienda. Sacó la foto del marco y leyó en el reverso «San Sebastián. Agosto de 1934». Volvió a examinar las cuatro figuras que le miraban desde el pasado y fijó su atención en la hija mayor; los padres y la pequeña desaparecieron, como si en el retrato estuviera sólo ella. Tenía dieciocho años, era esbelta y guapa, la frente ancha, con una melena ondulada y una mirada que parecía querer decirle algo. Su vida cambiaría de manera drástica dos veranos más tarde, e intentó imaginarla encerrada en el mismo colegio donde había estudiado, custodiada y maltratada por sus antiguas profesoras, la cabeza rapada, barriendo las calles como castigo por ser madre soltera.

—¿Qué pasó después? ¿A dónde llevaste a tu hijo?

—¿Ahora hablas solo?

Levantó la vista; Joserra Uriarte lo observaba con una sonrisa y un vaso de *gin-tonic* en la mano.

—¿En qué andas ahora? —inquirió de nuevo su amigo sentándose a su lado.

Él recogió los papeles, pero no le dio tiempo a ocultar la fotografía que el otro atrapó con presteza.

—¿Familia?

—No exactamente... Dámela.

—Espera. Esta cara me suena...

—¿Cuál?

—La del hombre. ¿Dónde lo he visto yo antes?

—No lo has visto. Lleva muerto más tiempo que tú vivo.

—Estoy seguro de haberlo visto en alguna parte...

Pudo por fin arrebatarse la foto, la metió en el cuaderno de apuntes y luego en el bolsillo del gabán, al igual que el marco.

—No me has contestado —insistió su amigo—. ¿En qué andas ahora? ¿Algún marido que quiere divorciarse y saber si su mujer le pone los cuernos?

—No. Es un asunto de herencias. Uno de los herederos está desaparecido y me han pedido que lo busque.

—¿Alguien que conozcamos?

—No. Bueno, sí. Un supuesto tío de los Inoso.

—¿De Luisito Pérez de Inoso, «el Patillas»?

—Sí. Su abuela materna acaba de fallecer y, al parecer, tenía otro hijo del que nada se sabía. No pueden recibir la herencia hasta que no se sepa qué ha sido de él, si está vivo o no, y, si lo está, dónde. Desde luego aquí no, a menos que no haya cambiado de nombre y apellidos, y la herencia es cuantiosa.

—¡Vaya marrón!

—Y que lo digas.

—Pues que lo declaren muerto.

—Es un trámite que lleva diez años, y no están por la labor de esperar tanto tiempo.

—¿Y cómo lo vas a encontrar?

—Ni idea.

Al rato ambos se despedían. Joserra había quedado para echar una partida de mus con unos amigos y lo invitó a que lo acompañara. Cualquiera otro día lo habría hecho, pero quería seguir poniendo en orden sus apuntes y darle vueltas al asunto que llevaba entre manos. Antes de volver a La Herrería, compró una *baguette* de pan, un congelado de lasaña para calentar en el microondas y un paquete de cigarrillos, pero luego se le ocurrió algo más; entró en una librería y pidió un libro sobre la Guerra Civil en Vitoria-Gasteiz. El encargado le señaló una repisa al fondo del local donde, comentó con gesto dubitativo, tal vez pudiera encontrar lo que buscaba. No encontró nada.

—Quizás en alguna biblioteca o en la Fundación Sancho el Sabio... —le informó el hombre.

Al entrar en su piso, no supo decir si hacía más frío fuera o dentro y corrió a encender la estufa de keroseno, pero no se quitó el gabán hasta pasado un buen rato. Aquella noche no vio la tele, volvió a poner la foto en su marco y lo colocó encima de la mesa de trabajo repleta de facturas y papeles inútiles. Después, entró en Internet y buscó información sobre la guerra, tema del que nunca había oído hablar en casa de sus padres, y sólo de

pasada en el instituto. No le interesaban tanto los motivos que causaron la terrible tragedia, las proclamas de los bandos involucrados, los discursos que justificaban lo injustificable. Estaba más interesado en las gentes de a pie, aquellas que, de la noche a la mañana, se vieron envueltas en un torbellino de violencia y muerte, de persecución, cárcel, exilio y hambre sin entender el motivo. Como el matrimonio y sus hijas que sonreían confiados, apoyados en la barandilla de La Concha, e ignoraban que pronto verían sus vidas truncadas. Tenía que hablar sobre ello con Fernanda Zabaleta, tal vez así entendiera qué llevó a su hermana a romper con la familia de manera tan drástica. Y también con don Genaro, y con otras personas más o menos de su edad. Apenas conocía a mayores de noventa, aunque haberlos los había; los veía pasear, sentados en los bancos de los parques, jugando a las cartas. Sólo esperaba que tuvieran la cabeza lo suficientemente lúcida para recordar, y que quisieran recordar.

Trata de conciliar el sueño, Meli; deja tu mente en blanco, no pienses, cuenta ovejas, céntrate en las personas que quieres. Olvida que estás en el dormitorio de las internas de tu antiguo colegio, ahora cárcel de un centenar de mujeres que duermen en colchones de paja colocados directamente sobre el suelo. Intenta el juego que practicabas antes, cuando todavía eras capaz de soñar. Imagina que estás en otro sitio, en uno de aquellos lugares lejanos del libro de viajes que te regalaron al cumplir los doce, que viajas por parajes maravillosos, repletos de torres, palacios, pagodas, cascadas inmensas, playas con palmeras y aguas de un azul intenso. Piensa en él y en el pequeño, quizás eso te ayude a dormir un rato, a olvidar dónde estás...

Lo intento, pero no puedo, no puedo. ¡Dios! ¡No puedo! Es el frío, seguro que es el frío. Tiemblo y estoy encogida a pesar de que me he acostado vestida... No, no es el frío, es el miedo, que no me abandona desde que han venido a buscarme. ¿Por qué me han traído aquí? ¿Por qué? ¿Qué he hecho? Quiero gritar. Quiero volver con mi hijo. Quiero morir.

¿Cuál era aquel bolero que tocaban en el quiosco de La Florida cuando él me pidió un baile? No logró recordarlo... ¿cómo voy a recordarlo con los ronquidos de la mujer que duerme en el colchón de al lado, las toses, los llantos? Voy a volverme loca. ¡Y esta manta que me han dado, que raspa y apesta!

Olvida dónde estás, Meli, baila, baila sin música, siente su brazo en tu cintura, su mejilla en la tuya. Vuelve a vivir aquel momento tan esperado desde que alguien te habló de él, y tú te enamoraste como una tonta.

Se ha abierto la puerta... Oigo pasos... Será la vigilante. ¡Que no te vea! Esconde la cara bajo la manta cuartelera, cierra los ojos, aprieta los puños y baila. Un, dos, tres, cuatro y giro a la izquierda; un, dos, tres, cuatro y giro a la izquierda.

Siento calambres en las manos, se aceleraran los latidos de mi corazón... Estoy de nuevo contigo, mi amor; un guiño, un roce, una sonrisa, una escapada entre las sombras del Batán, un beso, el primero. Bésame, sácame de aquí, llévame como entonces a tu minúsculo piso destartado de paredes desconchadas y muebles apolillados de la calle de La Pintorería, lejos. Desnúdame y acuéstate a mi lado, y ámame. Necesito sentirte dentro de mí, añoro tus caricias, tus besos, tu olor.

Los pasos se alejan... La puerta del dormitorio chirría de nuevo... El hedor de la manta me asfixia, necesito sacar la cabeza, y llorar por mi pequeño, por mi hombre, por mí misma.

¿Por qué han entrado en la tienda, tirando cajas y cajones al suelo, también los maniquís y las máquinas de coser, y haciendo preguntas para las que no tengo respuestas? ¿Por qué me han llamado puta por tener un hijo con un traidor sin estar casada como Dios manda, y se me han llevado, arrancándome de los brazos de mi madre, que los insultaba y les gritaba que nos dejaran en paz? Me he dejado arrastrar a la calle incapaz de resistirme, alélada, tal eran el susto y el miedo que tenía en el cuerpo, y apenas me he fijado en las personas con las que mis captores y yo nos hemos cruzado en las calles y que me miraban con lástima algunas, muchas horrorizadas, indiferentes otras.

Dos años, apenas dos años... Nos dijimos que seríamos felices para siempre, que nada ni nadie lo impedirían, ¿lo recuerdas...? ¿Cómo es posible que todo haya acabado así? Es un mal sueño del que despertaré en cualquier momento, tiene que serlo, ¿qué otra cosa si no?

A media mañana del día siguiente, Jon acudió al domicilio de los Pérez de Inoso y Rojas, situado en un inmueble de la calle General Álava. Tuvo que esperar a que el conserje se comunicara con su clienta para que le permitiera tomar el ascensor hasta el tercer piso, donde una sirvienta con uniforme lo condujo a una salita y le indicó que esperara. Echó un vistazo alrededor esperando encontrar algún recuerdo de doña Amelia, pero allí sólo había dos óleos de los dueños y unas cuantas fotos de sus hijos. Sonrió al reconocer en varias de ellas a Luisito «el Patillas», como todo el mundo lo llamaba precisamente por llevar unas patillas cual bandolero de Sierra Morena desde que le salieron los primeros pelos en la cara. Ambos tenían parecida edad y coincidían en farras y tabernas, pero ésa era toda su relación; no había entre ellos nada más en común, ni antecedentes ni estudios ni por supuesto nivel económico. Intentó hallar algún parecido entre aquellos retratos y el de sus respectivas madre y abuela, pero no encontró ninguno.

—Buenos días. ¿Me traes buenas noticias?

Elvira Rojas entró en la habitación, y él tuvo que reconocer que su aspecto era impecable, una señora en toda regla, si por ello se entendía una mujer bien vestida, peinada y maquillada, perfecta, como si estuviera a punto de salir a la calle en cualquier momento.

—Buenos días. No, no ha habido tiempo; apenas llevo una semana con este asunto —se disculpó—. Sí puedo decirle que no aparece nadie con el nombre en cuestión en toda la Comunidad Autónoma Vasca, y tampoco en Navarra ni en La Rioja.

—Pues tendrás que buscar en otro lado.

El tono cortante y las arrugas que asomaban encima de su labio superior, el «código de barras» que decía Miren, mostraban que la señora no tenía el carácter amable que aparentaban sus modales.

—Pienso hacerlo, pero... quería algo más de información.

—¿Sobre qué?

—Sobre su madre.

—¿Para qué?

—A ver, doña Elvira, no puedo investigar el paradero de Miguel Aura sin saber nada acerca de doña Amelia. Sé que se marchó de la ciudad y que

regresó al cabo de los años en busca de su hijo, para luego volver a desaparecer.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Su tía Fernanda.

Podría jurar sin equivocarse que el gesto de sorpresa de la mujer era real.

—¿Está viva? —se le escapó preguntar.

—Pues sí... Vive en la residencia de las monjas de Armentia, y con buena salud aparentemente. ¿No lo sabía?

—Hace tiempo que no nos tratamos. De hecho, yo nunca la he tratado. Sólo la vi una vez hace mucho, y de pasada, en el funeral de mi abuela.

—¿De doña Julia?

—Veo que, en efecto, te has estado informando. ¿Qué es exactamente lo que quieres saber?

—No sé... ¿A dónde fue su madre después de salir de la cárcel?

Y de nuevo la sorpresa en el rostro de Elvira.

—¿De qué cárcel?

—¿No sabía que doña Amelia estuvo presa en el colegio del Sagrado Corazón? ¿Que allí le raparon el pelo y la obligaron a barrer la calle Dato junto a otras presas?

—Eso no puede ser cierto.

—Su tía...

—¡Mi tía es una vieja que ha perdido la cabeza y no sabe lo que dice! —lo interrumpió—. Mi madre jamás estuvo presa. ¡Qué tontería! Fue a Bilbao, a estudiar Secretariado, y allí conoció a mi padre. No hay más que hablar del asunto.

La conversación estaba resultando de lo más difícil. Dicen que no hay peor sordo que el que no quiere escuchar, y estaba claro que Elvira no quería escuchar ni saber nada, aunque sólo fuera por curiosidad.

—¿Tiene usted alguna foto de doña Amelia?

—¿Para qué la quieres?

—Para ver cómo era...

—No te hace ninguna falta. Sólo queremos saber si ese hombre está vivo o muerto. Si eres capaz de averiguarlo, nuestro abogado se encargará del resto. Tienes hasta finales de mes y, si para entonces no has logrado nada,

contrataremos los servicios de una verdadera empresa de investigación. Hay varias en Madrid, ya me he informado.

Jon se rascó la oreja. Estaba claro que no iba a sacar nada en claro de la mujer que le miraba y lo tuteaba como a un inferior.

—Una pregunta más. ¿Solía viajar su madre a algún lugar concreto?

—¿Y a ti qué te importa?

—Mire, doña Elvira, a mí me importa un bledo —explotó—. Usted quiere saber si Miguel Aurra está vivo y se niega a darme alguna pista. ¿Ha pensado que tal vez doña Amelia sabía dónde estaba su hijo? ¿Ha pensado que quizás lo dio en adopción o que padeció una enfermedad mental y tuvo que ingresarlo en algún centro especializado? Por alguna razón desconocida, su madre no quiso que usted supiera que tenía un hermano, pero lo tiene muy a su pesar, o lo tuvo. Si no quiere que siga investigando, perfecto. Me paga los mil euros que me debe, y adiós muy buenas.

Se arrepintió de haberse dejado llevar por un pronto. Era hombre conciliador que no solía enfadarse, pero aquella mujer lo sacaba de sus casillas. Era ella quien lo había contratado para encontrar al desaparecido y no hacía más que poner trabas. Le estaba bien empleado por meterse en un asunto que no tenía ninguna posibilidad de esclarecer.

—Solía ir a Labastida, a la casa que tenemos allí —lo informó Elvira tras un momento de silencio—. En cuanto a la foto, no le gustaba que la retrataran, pero seguro que Felisa guarda alguna.

—¿Quién es Felisa?

—La «tata». Sigue viviendo en el chalé del paseo de Fray Francisco; tal vez ella le proporcione a usted la información que yo no puedo darle. Mi madre y yo no nos llevábamos muy bien, no hablábamos mucho... De todos modos, espero de usted la máxima discreción. Nadie tiene por qué enterarse de los asuntos de mi familia. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

La mujer salió de la salita y, al instante, entró la sirvienta uniformada que lo acompañó a la puerta. Ya en la calle, encendió un cigarrillo y permaneció tanto rato ensimismado delante del portal que el cigarrillo se consumió en sus dedos. Incluso el conserje del inmueble asomó la cabeza de su garita, molesto por una presencia que le impedía observar bien la entrada.

Jon estaba todavía sorprendido por la reacción de su clienta. No es que le

hubiera levantado la voz, pero sí había dejado claro que no tenía por qué aguantar sus modales, lo que, al parecer, había producido en ella un cambio en su forma de tratarlo. No sólo le había dicho algo de lo que quería saber, también había dejado de lado su tono despectivo y el tuteo. La doña había resultado ser de lo más imprevisible. Tiró la colilla al suelo para disgusto del conserje, que no cesaba de observarlo y que salió a toda prisa con la escoba y el recogedor, y echó a andar una vez más hacia La Senda. ¿Cómo no se le había ocurrido hablar con las otras dos personas que aparecían mencionadas en el testamento de doña Amelia?

Media hora más tarde, sentado en una butaca forrada con una tapicería de flores algo deshilachada, a juego con el tresillo, con un café en taza de porcelana fina entre las manos, esperaba a que uno de los dos ancianos respondiera a la pregunta que acababa de plantear.

—¿Cómo era doña Amelia?

El salón era acogedor, con un ventanal a través del cual podía contemplarse un jardín de árboles pelados y matos de hojas escarchadas, nada que ver con la aséptica y minimalista decoración de la sala de la calle General Álava. Muy al contrario, la habitación se hallaba repleta de objetos de lo más diverso, figurillas, cuadros, láminas, libros, velas, flores secas, portarretratos... Resultaba un lugar cálido y acogedor, sin un solo hueco libre en las paredes, ni tampoco encima de las mesitas de los laterales, dos de ellas con macetas de orquídeas de varias tonalidades. Un decorador lo habría encontrado recargado y antiguo; él, sin embargo, se sintió a gusto desde el primer momento, desde que una joven sonriente le abrió la puerta y le tendió la mano al tiempo que se presentaba:

—Edurne Oleta.

—Jon. Vengo a ver a... —tuvo que leer los nombres apuntados en su libreta—. A Felisa Arana y a Salvador Heredia.

—Pasa, Elvira acaba de llamar diciendo que venías.

Había algo en ella que lo atraía, quizás la risa que bailaba en sus ojos, su desparpajo o la manera como lo había ayudado a quitarse el gabán, asido por el brazo con familiaridad y presentado a los dos ancianos que esperaban sentados en el sofá. El hombre le recordó a la estatua del torero en el banco de la calle Dato; parecía ausente y ni siquiera respondió a su saludo. La joven

le sirvió un café y se sentó en el suelo, entre la segunda butaca del tresillo donde dormitaba un enorme pastor belga y una chimenea que no parecía en uso ya que alguien había colocado en su centro un jarrón con un gran ramo de hortensias secas en lugar de leña.

—Era una mujer muy... particular —la voz de Felisa se quebró—. Yo he estado a su lado casi toda mi vida y, más que mi señora, era mi amiga.

—Entonces usted sabría algo de Miguel, el hijo que tuvo antes de casarse con Evaristo Rojas...

La anciana le miró directamente a los ojos.

—No, no sabía nada. Entré a su servicio unos años después de su boda y nunca la oí hablar de ese hijo.

—¿Nunca?

—No.

—¿La acompañaba usted cuando iba a Labastida?

—No. Yo me quedaba para ocuparme de don Evaristo y de Elvira. Luego, cuando el señor murió y la señorita se casó, me quedaba para atender la casa y a los animales. A doña Amelia siempre le gustaron los perros.

Como si supiera que estaban hablando de él, el pastor belga levantó la cabeza, emitió una especie de quejido y volvió a apoyarla en el cojín.

—La echa mucho en falta, se pasa las horas tumbado ahí mismo, en el sillón de la señora, y no deja que nadie lo ocupe.

—Pero... —Jon insistió— ¿nunca en todo este tiempo ha visto u oído algo que pudiera haberle dado alguna señal sobre ese hijo a quien ha legado la mitad de su fortuna?

—Ya le digo que no.

—¿Y usted, Salvador, qué me cuenta? —preguntó dirigiéndose al hombre que permanecía callado y con la mirada perdida.

—Nada —respondió.

—Pero...

El antiguo chófer se levantó y salió del salón seguido por el perro, dejándolo con la palabra en la boca.

—No es muy hablador —lo disculpó Felisa—. Y desde la muerte de la señora, todavía menos.

—¿Tienen alguna foto de doña Amelia?

La mujer hizo una seña a Edurne, y ésta cogió de una de las estanterías un grueso álbum de piel marrón con ribetes dorados y se lo alargó. Ojeó las fotos en blanco y negro durante unos instantes.

—¿Y alguna más reciente?

—Alguna habrá... Ya se las buscaré...

—Tía, cuéntale lo de las cartas —intervino la joven.

Jon creyó vislumbrar una mirada de reproche en los ojos de la mujer.

—Bueno... tampoco hay mucho que contar. Doña Meli recibía puntualmente una carta todos los meses. Bueno, recibía muchas de los bancos, de sus abogados... pero ésas parecían especiales porque, cada vez que llegaban, se encerraba en su cuarto para leerlas.

—¿De quién eran?

—Lo ignoro. No traía remite, y ella nunca me dijo quién se las enviaba. No sé si las quemaba o las guardaba, nunca las he visto, aunque lo más probable es que estén en algún sitio, pero jamás he sido chismosa y tampoco voy a ponerme a buscarlas ahora. Si algún secreto guardaba, se lo ha llevado con ella a la tumba.

—¿Y ella no respondía a esas cartas?

—No, que yo supiera.

—¿Llegaban del extranjero?

—Creo que no... No lo sé...

Felisa hablaba como en un susurro y costaba entender lo que decía.

—¿Y cómo hacía la señora el viaje hasta Labastida?

—La llevaba Salvador, naturalmente; él era su chófer. Entramos casi juntos a servir en esta casa —aclaró—. Pero cuando cumplió los ochenta dejó de conducir y la señora alquilaba un servicio de taxis, aunque seguían yendo los dos, creo... no sé...

—¿Y cuánto tiempo solían permanecer allí?

—No... no lo sé... yo es que no me acuerdo...

—Lo siento —intervino la joven—, pero mi tía tiene que tomar su medicación y descansar un poco antes de comer. Será mejor que lo dejemos por hoy, pero vuelve cuando quieras para hablar con ella.

—¿Puedo llevarme el álbum, Felisa? Se lo traeré la próxima vez que venga.

—Sí, claro. Tu madre ha dicho que te demos lo que pidas...

—¿Mi madre?

—Sí, Meli, la hija de doña Elvira...

—Pero...

Jon calló al observar el gesto que le hacía Edurne; se levantó para marcharse, pero ella le indicó que esperara mientras acompañaba a su tía hacia una puerta donde otra mujer, ésta con bata de enfermera, se hizo cargo de la anciana.

—Desgraciadamente, mi tía abuela padece un comienzo de Alzheimer — le explicó al volver con él—. Está hablando con normalidad y de pronto empieza a confundir las cosas, a mezclar nombres y lugares. La medicación la ayuda, no sabemos hasta cuándo, pero por ahora puede valerse por sí misma bastante bien la mayor parte del tiempo.

—¿Tú vives aquí?

—No, pero procuro venir todos los días a ver cómo van las cosas y a estar un rato con ella y con Salvador.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy traductora de chino y también doy clases.

—¿Traductora de chino? ¡Me tomas el pelo!

—¡De verdad que no! —rió ella—. Trabajo en casa y tengo mi propio horario, por eso puedo venir todos los días. Mi padre, que es su sobrino directo, y mi madre vienen los fines de semana. Si me esperas cinco minutos, me voy contigo.

Al rato estaban los dos comiendo un menú del día en una cafetería, y él la escuchaba ensimismado hablar de sus estudios, sus viajes, su vida independiente y, a la vez, muy ligada a los suyos, incluida la tía abuela, por la que sentía un cariño especial ya que no había conocido a ninguna de sus abuelas. Felisa podría haber ido a vivir con sus sobrinos muchos años atrás, afirmó; ellos se lo propusieron, pero no hubo manera. Los quería, eran su única familia, pero no podía separarse de doña Meli. Incluso tuvo un novio que le propuso matrimonio, pero no quiso dejar la casa, algo muy curioso teniendo en cuenta que, a fin de cuentas, ella era una sirvienta, aunque le gustara decir que era el ama de llaves, y debía de ser cierto. Ahora no se quería marchar por no dejar solo a Salvador.

—De alguna manera, ése ha sido mi segundo hogar —añadió—. Mis padres trabajan los dos fuera de casa, y yo iba allí después del colegio y durante las vacaciones, y nunca la vi haciendo labores de sirvienta, o sea limpiando, cocinando y esas cosas. Eran como dos amigas y pasaban el tiempo cosiendo, hablando o viendo la tele.

—A la hija de Amelia no le ha gustado nada no poder echar mano al chalé...

—Es normal —Eduarne se echó a reír—, pero ¿qué esperaba? Apenas iba a verla y, cuando lo hacía, sus visitas no duraban más de una hora. De todos modos, tampoco tendrá que esperar demasiado. Mi tía empieza a fallar, ya lo has visto, y Salvador es también muy mayor.

—¿Y por qué no se llevaban bien?

—Vete tú a saber. Una vez escuché una discusión entre ellas. Elvira le reprochaba a su madre que nunca la hubiera querido, y doña Meli le respondió que la culpa era de su padre.

—¿Y eso?

—¡Ni idea! Pero Elvira no volvió por lo menos en dos meses. No sé si te habrás fijado, pero no hay ni una sola foto de Evaristo Rojas en el salón, ni en el resto de la casa. Según la tía, doña Meli mandó retirarlas todas cuando él murió. Hasta un retrato pintado al óleo que había encima de la chimenea y que ahora está en el desván. Si quieres te lo enseñó cuando vayas la próxima vez.

—¿Tú conociste al marido de Amelia?

—No. Yo no había nacido cuando él murió. ¡Sólo tengo treinta años!

—¡Eres una cría!

—No tanto, no tanto...

Y de nuevo aquella sonrisa que iluminaba su mirada y lo hipnotizaba como el indio de la flauta a la serpiente del cesto. Iba a ser el regalo de su décimo aniversario de bodas para Miren, cuya mayor ilusión, según siempre decía, era conocer la India, aunque a él aquel país lejano, caluroso y lleno de gente no le llamara particularmente la atención. Ella decidió divorciarse antes, así que devolvió su billete y se fue solo. Fue un viaje agrídulce, más interesante de lo esperado, de hecho bastante más, pero ni las increíbles puestas de sol de Rahastan, los palacios de los maharajás o las abarrotadas y

ruidosas calles de Bombay fueron capaces de hacerle olvidar que estaba solo.

Eduardo tenía que dar clase de chino a los ejecutivos de una empresa, y se despidieron no sin antes intercambiar números de móvil y direcciones de correo electrónico. La acompañó hasta las oficinas en la calle San Prudencio y esperó hasta verla desaparecer en el ascensor. Sólo entonces se percató del frío que hacía y, para colmo, había empezado a caer una aguanieve que se convirtió en una verdadera nevada para cuando él llegó a su piso.

Pasó el resto del día encerrado, dándole vueltas al asunto que llevaba entre manos, repasando sus notas, imaginando todo tipo de hipótesis, y pensando en ella. Aunque presumiera ante los amigos que después de su malhadada experiencia matrimonial había tenido otras aventuras, no era cierto. No se había comido un rosco desde antes del divorcio, aunque tampoco le importaba demasiado; no había tenido ganas de liarse de nuevo, hasta ahora. De todos modos, tampoco quería hacerse ilusiones. Era once años mayor y no tenía nada que ofrecer a una mujer joven, libre y preparada. Además, ignoraba todo acerca de ella. Tal vez ya tenía pareja, o tal vez ni siquiera le gustaran los hombres; todo era posible. Abrió el álbum a fin de no continuar elucubrando y se centró en el examen de las fotografías, algunas de pequeño tamaño, otras descoloridas por el tiempo, si bien la mayoría estaban en bastante buen estado.

Amelia Zabaleta aparecía en muy pocas; casi todas eran de sus padres y de su hermana, y también había otras de jóvenes de ambos sexos en romerías, en el campo, en la calle. Sacaba algunas con cuidado para no estropear las esquinas y sonreía al constatar que todas llevaban la fecha, e incluso los nombres de las personas fotografiadas. Le llamó la atención una en particular en la que aparecía ella en compañía de un joven y de otra pareja y le dio la vuelta. En el reverso estaba escrito con una letra cuidada: «*Fiestas de La Blanca, Agosto 1935. Juan Durana, Conchita Garcíaran, Pepe y yo*». Aquel Pepe debía de ser José Aurra, el padre de Miguel. Examinó con atención los rasgos del hombre que la había hecho madre y el causante, de alguna manera, de que acabara encerrada y obligada a barrer las calles. Era un buen mozo, alto y sonriente, con pantalón oscuro y camisa blanca cuyas mangas llevaba arremangadas hasta los codos. A los dos se les veía del brazo y felices. Se le ocurrió que quizás quedara alguien de su apellido, poco común por otra parte,

y buscó en el listín de teléfonos. No había ningún Aurra, pero sí un taller de tuercas con ese nombre en el camino a Gamarra. Llamó, pero era ya tarde y no obtuvo respuesta, así que decidió personarse en el lugar al día siguiente. Era una tontería porque, tal vez, sólo se trataba de una marca comercial, o cualquier otra cosa, pero tampoco perdía nada con intentarlo.

No se necesita un espejo para saber el aspecto que tienes con la cabeza rapada. Sólo tienes que mirar a las demás. Horribles... Peladas... Todas iguales. Permanecemos juntas, sin mezclarnos con las otras porque somos «peligrosas», eso dicen las guardianas. Yo no he hecho nada malo y supongo que las demás tampoco. No lo sé, no hablamos de eso. No soy de ningún partido ni de ningún sindicato, y tampoco he ido a manifestaciones ni he hecho huelgas. No tenía por qué huir, y no huí... Tendría que haberme ido con él al otro lado, pero ¿quién esperaba algo así? Ahora no estaría comiendo esta basura de boniatos con col en esta mesa con... ¿cuántas somos? Columba, Teresa, Eulalia, Isabel, Victorina y otras más mayores, una docena de desgraciadas que nos estamos quedando en los huesos. No soy pechugona, pero es que ahora ni se me ven... ¡Y las manos! En carne viva de tanto fregar y pulir los suelos de este lugar maldito. Fregar y rezar para salvar nuestras almas pecadoras es todo lo que hacemos aquí. Y esperar a que nos lleguen noticias de afuera...

No puedo creer que hayan fusilado a tres hombres delante de la tapia del cementerio de Santa Isabel y que haya sido todo un evento, como las corridas de toros, al que han ido señoras y señoritas de la buena sociedad vitoriana, esas mismas que seguro que, hace diez días, se pusieron la mantilla para ir al Rosario de la Aurora. ¡No puedo ni imaginar semejante horror! ¡Qué vergüenza! ¡Qué asco!

Victorina está convencida de que gente conocida de siempre se dedica a delatar a sus vecinos. ¿Quién ha podido delatarte a ti? ¿Y por qué? Intenta hacer memoria, Meli, recuerda... qué has hecho o qué has dicho para que te hayan metido en este agujero. Quizás te han detenido porque se han enterado de las reuniones en la tienda, pero, entonces, tendrían que haber detenido a la madre y no a ti... ¿Por qué ha dicho una de las guardianas esta mañana que eres una libertina y que tienes que rezar por tus pecados porque las prostitutas no entrarán nunca en el reino de los cielos? No sé qué significa

«libertina», pero no soy una prostituta por amar a mi hombre y haber tenido un hijo sin estar casada por la Iglesia... Quizás deberíamos haberlo hecho, habernos casado por la Iglesia, pero ¿para qué? Ninguno de los dos vamos a misa desde hace tiempo y no hacemos mal a nadie. ¿Qué les importa a ellos?

Tengo la boca seca, me huele el aliento... Me he quedado con hambre.

¡Rezad, rezad, pecadoras!, y acostaros luego, tapadas con esas mantas asquerosas. Menos mal que tengo a Victorina en el colchón de al lado gracias a las bragas nuevas que madre consiguió hacerme llegar y que troqué con la anciana que dormía entre las dos. La encargada de la vigilancia del dormitorio no se ha dado cuenta, y, si lo ha hecho, no dice nada...

No pienses Victo, no pienses. Lloro si quieres. Yo también lloro. Dame tu mano... Nos sentiremos menos solas, tendremos menos miedo... Duerme querida amiga, duerme que yo no puedo.

¿Dónde estás, mi amor? Tu recuerdo y el de nuestro hijo son lo único que calma mi angustia. ¿Por qué tuviste que marcharte? ¿Por qué nos dejaste? Un beso, una caricia, un «volveré a buscaros», eso fue todo. No entiendo a los hombres. Tú tal vez seas ya libre, pero ¿y yo? Aquí, encerrada como una apestosa. ¡Te odio! No, no te odio. No puedo odiarte, te amo demasiado...

¿Cuándo veré de nuevo a mi niño? Lo sé cuidado y querido, pero el corazón me duele sólo de pensar en él y en que puedan llevárselo como han hecho con los hijos de otras presas... Si algún día salgo de esta prisión, juro que nunca me separaré de su lado.

Abrázame, mi amor, acuéstate a mi lado y rodéame con tus brazos, no permitas que me vuelva loca de dolor... Bésame... Bésame...

A las nueve y media de la mañana Jon estaba delante del taller. Tuvo que preguntar varias veces porque se trataba de un local pequeño entre muchos otros y ni siquiera tenía el nombre en la fachada. Encontró a cuatro trabajadores enfrascados en el arreglo de una máquina, y uno de ellos le señaló con el dedo una garita en un extremo al preguntar por el dueño del negocio. Lo primero que le vino a la mente al asomar la nariz por la garita fue que el hombre y él se parecían, no en lo físico, aquel bastante más mayor y con una barriga respetable, pero sí en la forma de ser. El espacio estaba repleto de humo y era imposible descubrir la mesa de trabajo, llena hasta los

topes de papeles revueltos. Ambos eran fumadores y desordenados, lo cual era un punto a su favor. Le explicó de manera somera la razón de su visita, que en nada tenía que ver con la fabricación de tuercas y tornillos, y se sorprendió cuando el otro le explicó que el taller llevaba el nombre de Aurra porque su padre quiso preservar de alguna manera la memoria de su mejor amigo, desaparecido durante la maldita guerra que puso todo patas arriba. Paco Durana resultó ser una persona muy locuaz. Le contó que su padre y Pepe Aurra se fueron a Otxandio en bicicleta al día siguiente del inicio de la sublevación, del golpe de Estado, aclaró para que no quedara ninguna duda. Luego los dos amigos se separaron y no volvieron a verse.

—Mi padre recordaba a menudo a Pepe; lo recordó hasta que murió hace sólo dos años. Decía que no había habido mejor hombre en el mundo.

—¿Era éste tu padre? —preguntó Jon mostrándole la fotografía.

—¡Sí! ¡Diablos, qué guapo está! ¿Puedo sacar una fotocopia?

No esperó la respuesta y colocó la foto en el escáner.

—¿Sabía tu padre que Pepe Aurra y Amelia Zabaleta habían tenido un hijo?

—Lo ignoro, nunca se lo oí mencionar, ¡y eso que estuvo contando batallitas hasta el final! Aunque, a lo mejor habló de ello y yo no le presté atención.

—La mujer que aparece junto a él...

—¿La de la melenita y el vestido de flores?

—No, la otra...

Durana cogió la foto del escáner y la examinó.

—No sé quién es.

—¿Te suena Conchita Garcíaran?

—No... Sería alguna novieta. ¡A mi padre le gustaban mucho las mujeres!

Su risa era contagiosa, y Jon no pudo evitar reír con él. No había mucho más que averiguar allí y se despidió con un fuerte apretón de manos y la promesa de que recurriría a él en caso de que tuviera alguna otra pregunta. Tras intercambiar sus respectivos números de móvil, salió de nuevo a la calle pero se detuvo al oír que Durana lo llamaba y corría hacia él.

—Esa mujer —dijo soltando un resoplido—. No sé si será la misma, pero

he recordado que mi padre mencionó un nombre parecido en su lecho de muerte. Deliraba, y ya se sabe que los moribundos dicen cosas...

—¿Qué dijo?

—«Ojalá estés ardiendo en el infierno, Concha, hija de puta».

—A lo mejor le había dado calabazas...

—A lo mejor.

A la nevada de la víspera había seguido una noche helada, y el viento que soplaba en aquel momento le metió el frío hasta el tuétano. Apresuró el paso en la medida en que la nieve y el hielo se lo permitían a fin de salir cuanto antes de la zona de los talleres y buscar un lugar donde tomar algo caliente. Se alegró de haber dejado el elegante gabán pagado con el dinero de Elvira Rojas y haberse enfundado en la sobada pero forrada chamarra de piel de cordero que tenía desde hacía años. Con ella, las botas de monte, los calcetines gordos por encima de los pantalones y el gorro de lana su aspecto era el de un leñador de película yanqui, pero aguantaba bien el frío. Encontró por fin un bar en una esquina y no lo pensó dos veces al leer un cartel escrito a mano en el que ponía «Hay caldo»; pidió una taza y fue a sentarse a una mesa después de coger en el extremo del mostrador un listín de teléfonos manoseado.

—¡Maldita sea! —murmuró tras buscar en la letra G— ¡Ni que fueran fantasmas! Primero Miguel Aurra, ahora Concepción Garciaran. No existen.

A eso del mediodía estaba en el Casablanca esperando a que Genaro Zipriano apareciera por allí, si bien dudaba de que el buen hombre se aventurara a salir con la nieve y el frío, y sobre todo con el hielo. Sólo había un par de clientes en el local, a quienes escuchó comentar que habían sido suspendidas las clases en los colegios y que se había recomendado a las personas mayores quedarse en sus casas por aquello de los resbalones. En ese instante lo vio entrar por la puerta y sonrió divertido. El anciano llevaba puesto un juvenil gorro verde fosforito de montañero a juego con la bufanda y los guantes, que no pegaban nada con su venerable aspecto. Le ayudó a quitarse el abrigo y lo invitó a sentarse en su mesa «de siempre», junto al ventanal.

—¡Hacía tiempo que no nevaba tanto! —exclamó el hombre frotándose las manos—. Cuando yo era un chaval, la nieve te llegaba hasta las rodillas.

Lo pasábamos de miedo haciendo «cristos» antes de organizar verdaderas batallas campales en las que participaba toda la chiquillería de la plaza.

Jon le trajo de la barra su café con leche y la copita de anís y se sentó a su lado.

—¿Qué? ¿Has encontrado al hijo de Meli?

—Hombre, que de ayer a hoy...

—¿Fuiste a hablar con Fernanda?

—Sí, pero tampoco supo decirme mucho. ¿Sabía usted que Amelia había estado presa?

—Sí. Hubo muchas mujeres presas. Mi madre, por ejemplo.

—¡No me diga!

—Pues sí. Fueron tiempos muy tristes aquéllos. A mi padre lo llevaron preso a Burgos y a ella al Sagrado Corazón, pero los dos volvieron y procuraron olvidar. En casa no se hablaba de aquello.

—Quería preguntarle si conoció usted a una mujer llamada Concha Garciaran.

Extrajo la fotografía que guardaba entre las hojas de su cuaderno de notas y la dejó frente a él, sobre la mesa. Don Genaro llevaba gafas con cristales gruesos, de las llamadas «de culo de vaso», pero aun así sacó una lupa del bolsillo interior de su chaqueta de paño y examinó la foto con detenimiento. A Jon le dio la impresión de que le temblaban las manos, aunque supuso que se debía más que nada a la edad. Tardó un rato en levantar los ojos y, cuando lo hizo, fijó una mirada ausente en la cristalera.

—Sí, la conocí —dijo al cabo de unos minutos sin girar la cabeza, como si hablara consigo mismo—. Se casó con un señorito, tuvo varios hijos y murió hace unos años, no muchos, querida por sus familiares y respetada por los vitorianos. Fue una mujer como muchas otras, esposa, madre, pero...

El hombre apretó los labios y enmudeció de nuevo.

—Pero...

—Soy ya viejo y supongo que no me queda mucho por delante. No me quejo; he tenido una existencia cómoda, un buen trabajo, amigos y, sobre todo, mantengo la cabeza bien amueblada, cosa que espero que siga así hasta el final. No hay nada más triste que perder la memoria y con ella los recuerdos, pues, a mi edad, es lo único que me queda. No obstante, los

recuerdos también pueden ser una carga ya que no todos son felices. Procuro no recordar ciertas cosas y no había vuelto a pensar en esa mujer desde hacía mucho, incluso desde antes de su fallecimiento. El día en que me enteré de que había muerto, me bebí una copa de champán en lugar del anís.

—¿Y eso?

El hombre bajó la voz como si temiera que alguien pudiera escuchar sus palabras, a pesar de que los dos clientes ya se habían marchado. Estaban solos en el establecimiento y el camarero trajinaba en la cocina.

—Aquí no hubo guerra. Los responsables militares de la plaza tomaron partido por los sublevados y se hicieron con el Ayuntamiento, la Diputación, el cuartel y demás sin ningún problema. De hecho, Vitoria era un lugar apacible, siempre lo ha sido; las gentes se entienden bien, aunque no tengan las mismas ideas, y no es extraño ver a personas con formas de pensar opuestas compartiendo unos chiquitos en el bar. De ahí que la gran mayoría de los vitorianos se quedaran estupefactos al ver que detenían al alcalde, al presidente de la Diputación, a los concejales y a un buen número de vecinos, hombres y mujeres. A los dos primeros los asesinaron, y a otros cuantos más también. En mi propia familia los había de todo signo, y no por eso dejábamos de ir a comer a casa de la abuela los domingos y fiestas de guardar. Jamás los oí discutir de política, jamás. Cuando mis padres fueron detenidos, mis tíos llamaron a varias puertas para liberarlos, aunque no lo consiguieron. Una de ellas fue la de Marcelino Garciaran, el padre de Concha, y la respuesta fue un portazo. Cierto que el miedo es una razón potente para no hacer lo que la conciencia nos dicta, pero el miedo no obliga a nadie a ser un delator o una mala persona. Concha era un par de años mayor que Meli Zabaleta, así que andaría por los veintidós o veintitrés, una edad aún joven para convertirse en una persona sin sentimientos, o a lo peor es que ya lo era antes. Se puso la camisa y la boina el mismo día de la sublevación y no se las quitó hasta mucho después. Parece mentira que alguien que participaba en romerías y bailes, que tenía su grupo de amigas y amigos, que asistía a las puestas de largo en El Círculo y en el Club de Tenis, que chicoleaba con los mozos, en fin, que hacía lo mismo que hacen las jóvenes a esa edad, fuera capaz de convertirse en un ser despiadado de la noche a la mañana. Aunque tal vez siempre lo había sido...

Don Genaro bebió de un trago el contenido de la copita de anís, en lugar de hacerlo a sorbos como acostumbraba.

—Ella, y otras, se encargaban de sacar a las mujeres al paseílo — prosiguió—. A algunas las obligaban a beber ricino y luego se burlaban de ellas y las insultaban mientras les ordenaban barrer la calle Dato. Mi abuela, mis dos hermanos y yo llevábamos comida y ropa para mi madre, y esperábamos las horas muertas a que a Concha y a sus amigas se les ocurriera sacar a las presas. Las seguíamos por las calles, esperando que ella nos viera, que supiera que estábamos allí, que la queríamos. Mi madre nunca habló de ello; era como si nunca hubiera ocurrido. Un día le hice un comentario, pero me miró y no respondió. El tiempo cerró la herida, pero no eliminó la cicatriz.

—¿Y Amelia?

—Era amiga de Concha e iban juntas a todas partes. Lo recuerdo porque mi amigo Nacho Salvatierra y yo nos habíamos enamorado de ellas y las seguíamos siempre que podíamos. Por supuesto, no nos hacían ni caso; nosotros éramos unos críos, cuatro o cinco años más jóvenes, y ellas unas pollitas en edad de merecer. Por eso tuve un... ¿cómo se dice ahora?, un *shock* la primera vez que las vi durante el paseílo; la una con la cabeza rapada, humillada, escarnecida, y la otra burlándose de ella. La odié en aquel momento por lo que les hacía a mi madre y a Meli, y todavía la odio a pesar de que ya está muerta. Soy, digamos, incrédulo en materia religiosa, pero espero que esté ardiendo en ese infierno al que dicen los curas que van a parar las malas personas.

El hombre parecía agotado tras su larga exposición y aceptó otra copita de anís, muy en contra de lo que, según aseguraba, le había recomendado su médico. Hacía frío y, además, qué más daba a su edad, añadió con una sonrisa.

—¿Era Concha novia de Juan Durana?

—No. Ella estaba perdidamente enamorada de otro.

—¿De quién?

—De Pepe Aurra.

—¿El marido de Meli?

—Bueno, marido o lo que fuera. Nunca supe si se habían casado o no.

—¿Y cómo sabe usted que ella estaba enamorada de Aurra?

—Todo el mundo lo sabía. Siempre iba detrás de él, lo agarraba del brazo, le decía en voz alta que era el hombre más guapo de todos... Hacía el ridículo porque entonces las relaciones entre hombres y mujeres no eran como ahora, y las chicas no se declaraban, por lo menos en público. Se lo tomó muy mal cuando Pepe y Meli se hicieron novios, pero siguió saliendo con ellos como si no le importara. Uno de mis tíos aseguró que fue ella quien los delató, a él por escapar al otro lado y a ella porque había tenido un hijo sin estar casada. Una pena, la verdad.

El hombre tenía que marcharse. La mujer que lo atendía desde hacía más de dos décadas se enfadaba si se retrasaba para comer. El joven se prestó a acompañarlo a su casa para que no sufriera percance alguno a causa del hielo en el suelo.

—Ahora ya sabes dónde vivo —le dijo al despedirse en un portal de la calle Fueros—. Ven a verme cualquier día; tengo fotos, recortes de periódicos y cosas que tal vez puedan interesarte, aunque no sé si te serán de mucha ayuda para encontrar al hijo perdido de Meli. ¿Sabes lo que más sigue sorprendiéndome?

—¿Qué?

—Que la vida continuara como si nada después de aquello, y que personas como Concha Garcíaran tuvieran la desfachatez de mirar a sus vecinos a la cara.

Tras dejarlo, Jon entró en el primer bar que encontró y pidió un bocadillo de tortilla y un vaso de vino. Sacó la libreta y anotó lo que acababa de escuchar de boca del anciano, si bien dicha información no le servía, en efecto, para dar con la persona que buscaba, aunque sí para conocer una historia más enrevesada a medida que descubría nuevos detalles. El librero le había comentado la existencia de varios libros, ensayos y novelas, que trataban sobre la guerra y la post-guerra, tema muy de moda al parecer, pero ninguno que tuviera lugar en Vitoria-Gasteiz; había tenido uno, pero se le había agotado y no recordaba el título. Tal vez tendría que echarles una ojeada para hacerse una idea de lo ocurrido setenta y dos años atrás, o quizás no. Nadie era verdaderamente imparcial a la hora de contar los hechos, presentes o pasados, ni siquiera en la ficción. Cada cual tenía su visión

particular de lo acontecido.

Miren, por ejemplo, adujo abandono del hogar al solicitar el divorcio porque, afirmó, él pasaba más tiempo fuera de casa que dentro. Añadió que era ella quien había pagado el piso y la única que aportaba los ingresos fijos que les permitían llegar a fin de mes. Era cierto, pero sólo en parte. La entrada del piso la había pagado él con los pocos dineros heredados a la muerte de su padre, y también contribuía a la hipoteca, si bien sus aportaciones no eran regulares. En cuanto a lo del abandono, él siempre estuvo a su lado hasta que comenzó con las depresiones por aquello de que no podía tener hijos. Al final, aceptó sus razones sin rechistar, más que nada para alejarse de ella y recobrar un poco de paz. También dejó que se quedara con la vivienda a cambio de no tener que pasarle una mensualidad que, tal y como le iban las cosas, era imposible que pudiera ejecutar puntualmente. La sabiduría popular acertaba una vez más, todo es según el cristal con que se mire.

La nieve caía abundante cuando salió del bar y no parecía que fuera a parar. No usaba paraguas, así que se caló el gorro de lana, se subió el cuello de la chamarra y decidió aventurarse por La Senda con la intención de ir a visitar a los dos viejos sirvientes de doña Amelia, a ver si lograba sonsacarles los secretos que, estaba convencido, guardaban. Y de paso probar suerte por si Edurne se encontraba también allí, pero cambió de opinión. No podía aparecer en el chalé de Fray Francisco cuando todavía no eran ni las tres de la tarde; debía esperar por lo menos hasta las cinco. Por un momento pensó en presentarse en casa de su madre, pero el bocadillo de tortilla había sido suficiente y no tenía hambre. Tampoco quería volver a su cuchitril, y apenas se veía gente por la calle; todo estaba cerrado a esas horas, incluidos los museos y algún gran almacén, así que optó por entrar en la cafetería que hay frente al quiosco de La Florida. Antes se fumó dos cigarrillos para aspirar una buena dosis de nicotina. Pidió un café solo y una copa de pacharán y se sentó a una mesa. Ahora que sabía quién era la otra mujer, examinó la fotografía con mayor atención. No se había dado cuenta antes, pero de los cuatro, Concha Garcíaran era la única que no miraba a la cámara, sino que tenía los ojos puestos en el hombre sonriente con camisa blanca y el cabello peinado hacia atrás que sostenía a su amiga por el brazo. Sonreía, pero no era la

sonrisa franca de los otros, sino un rictus forzado con los labios prietos que endurecía unas facciones más bien anodinas. En ello estaba cuando sonó su móvil. En la pantalla aparecía un número, y lo primero que le vino a la cabeza fue el nombre de su casero; era el único que solía llamarlo, aunque ese mes había pagado a tiempo el alquiler. Se llevó una sorpresa al escuchar una voz femenina.

—¿Por dónde andas?

Tardó un instante en reconocer a Edurne. ¿Cómo diablos...? Luego recordó que la víspera se habían intercambiado sus respectivos números de teléfono.

—Aquí, en la cafetería de «La Flori», haciendo tiempo antes de ir a ver a tu tía.

—¿Me esperas?

—Por supuesto...

Apareció diez minutos más tarde bajo un paraguas rojo, envuelta en una bufanda enorme, las mejillas rojas por el frío, el pelo revuelto, los ojos brillantes. A través de los cristales, la vio sacudir el paraguas y patear el suelo para quitar la nieve de las botas. Parecía una niña que acabara de hacer una travesura, y pensó que conocerla era lo mejor que le había ocurrido desde hacía mucho.

—¿Qué? ¿Cómo va esa investigación? —le preguntó a modo de saludo.

Como un torrente desbordado tras el deshielo, la puso al corriente de sus averiguaciones, contagiándole asimismo el entusiasmo, no por el motivo principal de su búsqueda, el paradero de Miguel Aurra Zabaleta, sino por la historia de la madre, aquella mujer que ella conoció ya mayor y a quien siempre había visto haciendo ganchillo o cuidando de las flores de su jardín. Resultaba extraño imaginarla joven, enamorada, sufriendo humillaciones a manos de una supuesta amiga, huyendo de Vitoria al salir de la cárcel y regresando años más tarde en busca de su hijo... extraño, y apasionante. Y después... ¿qué?

—Tu tía tiene que saberlo; las dos estaban todo el tiempo juntas. Y también Salvador.

—No lo sé. A mí nunca me ha contado nada, y Salvador mucho menos.

—¿Y tus padres?

—Tampoco.

Ambos entraban en el chalé pasadas las cinco de la tarde. Nada más salir del bar, ella le había pedido que sostuviera el paraguas y se había cogido de su brazo de la forma más natural. Durante todo el trayecto, la había sentido pegada a su cuerpo mientras le hablaba a través de la bufanda que la cubría hasta los ojos. No sólo nevaba, también hacía viento, y ambos se habían protegido tras el paraguas como detrás de un escudo. Se dobló dos veces y una más se escapó de su mano y fue a dar contra un banco. Entre risas, corrieron a buscarlo dejando una huella zigzagueante sobre la nieve hasta entonces inmaculada. No se veía un alma, y el paseo de Fray Francisco era una postal hasta que apareció el quitanieves por el otro extremo y se rompió el encanto. La cuidadora que atendía a Felisa les informó de que había tenido un mal día y de que estaba descansando. Salvador se hallaba en su habitación, así que ambos subieron al desván.

Al contrario de lo que él esperaba, el desván de la casa no era como aquellos de las películas, oscuros y repletos de polvo. La luz penetraba por una ventana triangular y estaba ordenado, lo que, de alguna forma, mermaba el misterio, pero facilitaba la búsqueda. La joven lo llevó directamente a la pared del fondo sobre la que había apilados varios cuadros de gran tamaño. El de Evaristo Rojas estaba detrás de un paisaje y de otro de flores, ambos bastante envejecidos y sin gracia. El hombre del retrato, de mediana edad y enfundado en un traje de chaqueta azul marengo, camisa blanca y corbata a rayas, hacía pensar en un burgués acomodado, quizás un industrial o incluso un político. Estaba sentado en un sillón de cuero, con un puro en la mano y el cuerpo ladeado hacia la derecha, aunque miraba directamente a quien lo contemplaba. En un principio, su rostro no llamaba la atención, pero había algo en él que incomodó a Jon. Quizás la mirada inquisidora tras unos cristales gruesos, o el bigotillo amarilleado por el humo del tabaco, o la barbilla que se alzaba en un gesto poco natural, prepotente.

—Así que éste era el marido de doña Amelia...

—Sí. Es un poco extraño que ella mandara el retrato al desván después de su muerte, ¿verdad?

—Bueno, depende de cómo se llevaran...

—Según mi tía, dormían en habitaciones separadas.

—Entonces no se llevaban bien.

Miren y él también dormían en cuartos diferentes mientras tramitaban el papeleo del divorcio.

—¿Puedo sacar una foto? —preguntó.

—Sí, claro.

Sacó el móvil e hizo varias tomas desde distintos ángulos.

—Hay otro de doña Meli en su cuarto.

Bajaron a la habitación y Edurne señaló el retrato que colgaba de la pared, enfrente de la cama. Era más pequeño que el de su marido, e incluso el marco era sencillo y plano, nada que ver con la abigarrada moldura dorada de aquél. Representaba a una mujer en su cincuentena, quizá más por los mechones blancos que asomaban en sus sienes que por la piel, todavía joven, sin arrugas. Llevaba una blusa azul malva y un colgante como única joya.

También le sacó varias fotos, aunque pensó que era absurdo, puesto que aquellos dos retratos no lo iban a ayudar a averiguar el paradero de Miguel Aurra, pero le apetecía tenerlos para añadirlos al dossier, para poner cara a dos de los protagonistas de su investigación. Sacó la foto que guardaba entre las páginas de la libreta de notas, en la que ella estaba con Pepe Aurra y los otros dos, e intentó encontrar algún parecido entre la joven alegre de sonrisa desinhibida, y la mujer madura cuya mirada rehuía al pintor. No parecían la misma persona.

—¿De dónde has sacado esa foto? No recuerdo haberla visto en el álbum...

Edurne alargó la cabeza por encima de su hombro, le rozó la mejilla, y él tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la calma.

—Me la ha prestado Fernanda.

—¿Quién es Fernanda?

—La hermana de doña Amelia. Mira —señaló en la foto—: ésta es ella, esta otra Fernanda, su padre y su madre.

—No sabía que tuviera una hermana...

—¿Tu tía tampoco?

—No lo sé; nunca me ha dicho nada.

Al descender a la planta baja, encontraron a Felisa en la cocina, merendando un café con leche con galletas.

¿Es que nunca va a acabar esta tortura? ¿Por qué nos han traído a las rapadas a la capilla sin tan siquiera dejarnos beber el aguachirri de achicoria que nos dan para desayunar? Tengo frío, me duelen las rodillas, y el cura no hace más que hablar de iglesias quemadas y monjas violadas y asesinadas. ¿A qué viene eso? En Vitoria no ha pasado nada parecido...

Ahora nos acusa de ser culpables por olvidar que el lugar de la mujer es el hogar, no las algaradas callejeras, y por haber parido cachorros de lobo con los enemigos de la Iglesia. Yo nunca he estado en una algarada, y mi niño no es un animal. Aquí los lobos son él y las monjas; nosotras sólo somos unas pobres ovejas... Me mira a mí, sé que me está mirando aunque tengo la cabeza gacha, siempre la tengo, es la única forma de que no se me note el miedo que siento en todo momento. Puede que me hagan algo malo si les miro a la cara.

¡Rezad, rezad! ¡Pedid perdón por vuestros pecados! Hace tiempo que no rezo, y ahora menos. Ya recé suficiente en este mismo lugar cuando era una niña. Me sabía el catecismo de memoria. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Amarás a tu prójimo... ¿Acaso nosotras no somos «prójimo»? No, no lo somos. No al menos para este hombre y para nuestras guardianas, que hablan del amor divino como única tabla de salvación que nos libraré del infierno y de toda una eternidad de sufrimiento. ¿De qué nos valdrá? Ya estamos en el infierno...

¿Por qué nos meten ahora en una habitación en lugar de llevarnos con las demás presas? ¿Y quiénes son esas mujeres? ¡Concha! Es la primera cara amiga que veo desde que me encerraron, pero... ¿por qué me mira como si no me conociera? ¿Y por qué me ordena que beba aceite de ricino? ¿Qué le pasa? No puedo beber eso, me dan arcadas...

Nos llevan a fusilar, no puede ser otra cosa. ¿Por qué si no vamos en fila de dos en dos, vigiladas y rodeadas por milicianos civiles con escopetas? Y ese tambor que repica a muerte... Pero no vamos hacia el cementerio... Estamos pasando por la calle de La Florida. Ahí está la ferretería del tío Anselmo, pero parece que está cerrada. A lo peor también lo han detenido...

Me duelen las encías. ¿Por qué Concha me ha tirado al suelo y me ha obligado a beber el ricino con un embudo?

Parecemos brujas, cada una con una escoba... ¿Que barramos? ¿Nos

están diciendo que barramos la calle Dato? Mi estómago hace ruidos y algo viscoso resbala por mis piernas... Qué vergüenza, Señor, qué vergüenza...

Barre Meli, barre. No levantes la vista. Así no verás las caras de quienes os insultan, aunque sólo sean unos pocos. Algunos también se burlan, pero la mayoría nos mira con lástima. ¡No lo soporto! ¡Quiero morirme aquí mismo! Los escopeteros me dispararán si echo a correr y, con un poco de suerte, mi agonía habrá acabado. Estaré muerta, tirada en medio de la calle, con los ojos abiertos mirando al cielo, sangrando y oliendo a mierda... Sigue barriendo, Meli, no les des ese gusto. Piensa en tu niño, piensa en tu hombre... pero ¿cómo? No puedo. Los retortijones y la vergüenza no me dejan pensar...

Concha no me quita los ojos de encima. No sé qué ha podido pasar para que una chica amable se haya transformado en una hiena sin entrañas. No recuerdo haber dicho o hecho algo que la ofendiera, algo tan grave para que ahora sonría mientras me maltrata...

El tambor vuelve a sonar. Vamos de vuelta a nuestro encierro...

No tengo fuerzas ni para mantener la escoba. Victorina se tambalea, las demás también parece que van a caerse en cualquier momento...

Las monjas ponen cara de asco, olemos mal. Ahora a limpiarnos en los lavabos y a lavar nuestras ropas en agua fría... y al dormitorio, con el hatillo de ropa mojada en las manos mientras las otras presas nos ven pasar. Estamos desnudas, pero ¿qué más da? También nos han robado el pudor.

Felisa sonrió al verlos entrar en la cocina; llevaba puesta una bata de pirineo de color turquesa y el cabello más blanco que gris recogido en un moño. Se la veía descansada, y Jon esperaba que pudiera responder a las muchas preguntas que le rondaban por la cabeza.

—¿Queréis un café con leche? —les preguntó.

Hizo una seña a la cuidadora sin esperar respuesta y les alargó el plato de las galletas. A él no le apetecía en absoluto ni lo uno ni las otras, pero no dijo nada y cogió una. Desde el inicio de sus desavenencias con Miren, había observado que sufría insomnio si tomaba café a partir de media tarde, y evitaba hacerlo pese a lo mucho que le gustaba. Sin embargo, estaba dispuesto a pasar la noche en vela a cambio de algo de información.

—Felisa, ¿cuándo conoció usted a doña Amelia?

El descanso y la medicina habían surtido efecto, y la mujer parecía algo más espabilada que la otra vez.

—Al poco de instalarse en esta casa. Necesitaba servicio y llegué recomendada por una señora pudiente para la que mi madre había trabajado. Yo tenía diecisiete años, unos diez menos que ella, y puede decirse que me adoptó.

—¿Y cómo era?

Felisa miró por la ventana, y él temió que hubiera vuelto a perder la cabeza, pero no.

—Era una mujer muy especial —respondió al cabo de unos instantes—, muy retraída, melancólica. Hablaba poco, pero era el colmo de la amabilidad.

—¿Y su marido?

—¿Don Evaristo? Era todo lo contrario, fanfarrón y sobón. Murió ya hace tiempo, pero todavía me acuerdo de cómo metía mano a las criadas, jóvenes y menos jóvenes. A mí no, tal vez porque era la doncella personal de la señora. Era un tipo vulgar que siempre estaba diciendo ordinarieces y que no dejaba de fumar sus apestosos puros.

—¿Es cierto que tenía amantes?

—Sí, siempre andaba con mujeres, y no lo entiendo porque era un tipo muy desagradable. Sería por el dinero o porque era amigo de don Bruno, el jefe de la policía. Venía aquí a menudo y los dos hablaban, ahí en el saloncito. Luego había que ventilarlo porque apestaba a tabaco.

—¿Y de qué hablaban?

—¡Cómo voy a saberlo! ¡Nunca he escuchado detrás de las puertas! —protestó la mujer con un tono escandalizado que hizo sonreír a los dos jóvenes—. Aunque un día sí que los oí porque doña Meli me pidió que regara las rosas y la ventana del salón estaba abierta. Hablaban de los «milancianos».

—¿De quiénes?

—De las milicias ciudadanas, ya sabe usted, de los hombres que andaban vigilando por las calles. Los llamaban «milancianos» porque la mayoría tenían ya una edad. Don Evaristo era uno de ellos. Varias veces a la semana cogía la escopeta de caza y se iba a patrullar. A veces volvía muy satisfecho porque habían detenido a un «maldito hijo de puta», con perdón, pero así se

lo contaba a doña Meli durante la cena.

—¿Y ella qué decía?

—Nada, no decía nada. En realidad, apenas hablaba con él y, en cuanto podía, se iba a su habitación. ¿Qué hora es? El programa de la tele estará a punto de empezar...

Jon miró a Edurne, y ésta le hizo un gesto como diciéndole que debía dejarlo ya.

—Una cosa más, Felisa. ¿Sabe usted por qué doña Amelia no tenía relación con su madre y su hermana?

—No, nunca hablaba de su familia, pero hace unos meses estábamos las dos en el salón y cogió uno de los álbumes de fotos, el que se llevó usted el otro día. Vi que lloraba al pasar las hojas. ¿Qué hora es?

Dejaron a la mujer y a la cuidadora en el salón, viendo la televisión, y se disponían a salir de la casa cuando apareció Salvador en el recibidor seguido por el pastor belga.

—¿Por qué no nos dejas en paz? —preguntó clavando en Jon una mirada dura.

No tuvo tiempo de responder, el hombre dio media vuelta y fue a sentarse junto a Felisa.

—Es bastante antipático, ¿no?

—Siempre ha sido un poco raro —respondió Edurne con una sonrisa al tiempo que cerraba la puerta—. Y con la edad, ya sabes, dicen que los defectos aumentan...

—Voy a visitar a Fernanda, la hermana de doña Amelia. A ver si llego a tiempo antes de que empiecen a cenar... ¿Quieres venir conmigo?

Lo había dicho por decir, pero Edurne se asió de su brazo y ambos echaron a andar hacia la residencia. Ya no nevaba, aunque el frío era intenso, y en algunos tramos sus piernas se hundían en la nieve hasta media pantorrilla, pero a él no le habría importado caminar un kilómetro más con tal de sentirla pegada a su cuerpo. Al llegar, la joven saludó al recepcionista, quien resultó ser un viejo conocido, y poco después llamaban a la puerta de la habitación de Fernanda Zabaleta, en el segundo piso del edificio. La anciana estaba escuchando la radio, pero la apagó en cuanto ellos entraron y, por la sonrisa que iluminó su rostro, supieron que se alegraba de volver a «ver» a

Jon, como ella misma afirmó a pesar de la ceguera, y de conocer a su novia. Ambos se miraron, aunque no la sacaron de su error, e instantes más tarde se encontraban sentados en dos coquetos sillones frente a un hermoso ventanal desde el que podía verse un amplio jardín, ahora completamente blanco.

—Tiene que estar todo muy bonito —dijo la mujer al comentar ellos que por lo menos había medio metro de nieve—. Cuando era una niña, nevaba más que ahora, y Meli y yo solíamos hacer batallas de bolas...

No había tristeza en su tono de voz, en todo caso añoranza por un recuerdo feliz.

La habitación tampoco era como Jon imaginaba que sería la de una residencia de ancianos. Era amplia y acogedora, y estaba claro que había sido decorada a gusto de su ocupante y que, con toda seguridad, los muebles también eran de ella. Las butacas, los cuadros en las paredes, una mesa camilla con un mantel de ganchillo, un escritorio repleto de fotografías enmarcadas y una cama con una colcha de flores. También le llamó la atención una pequeña biblioteca, si bien no se atrevió a inquirir a su dueña por qué guardaba unos libros que no podía leer; quizás, pensó, se los leía alguien.

—¿Ha encontrado usted a mi sobrino? —le preguntó ella, distrayendo su atención.

—No. No hay manera... ¡Vaya usted a saber dónde está!

—Seguro que acabará por encontrarlo; no puede andar muy lejos. De lo contrario mi hermana no lo habría nombrado heredero, y usted mismo me dijo que el testamento está fechado hace tan sólo un año.

—Eso mismo opino yo, pero puede que haya cambiado de nombre, que viva en algún otro país, no sé... ¿Por qué doña Amelia no habló con nadie acerca de él, ni siquiera con su propia hija? Si ella y Miguel mantenían relación, él tendría que haber sabido que había fallecido, no sé... Debería haber acudido al funeral, dar alguna señal de vida.

—Puede que no quiera dar señales de vida —intervino Edurne—; puede que sí asistiera al funeral como uno más.

—Pero lo lógico en unas circunstancias como éstas es presentarse y decir quién es.

—O no. No sabemos nada de él desde que doña Meli se lo llevó de casa

de sus padres. Ahora tendrá...

—Setenta y dos. Tenía catorce cuando él nació y ahora tengo ochenta y cinco —añadió Fernanda orgullosa de su buena memoria—. Encima del escritorio hay una foto en la que estamos los dos. Es la del niño vestido de marinero.

En efecto, encima del mueble, entre otras muchas, había un pequeño marco de metal amarilleado con una foto en blanco y negro, algo estropeada, en la que podía verse a una joven sonriente con un niño de unos cuatro o cinco años vestido de marinero.

—Es la única que tengo.

Esta vez, Jon discernió un matiz entristecido en la voz de la anciana.

—¿Cómo era aquella Vitoria que usted conoció? —dijo para cambiar de tema—. Tengo que reconocer que sé muy poco, por no decir nada.

La sonrisa volvió a los labios de Fernanda y, durante mucho rato, sólo habló ella. Antes de «aquello», Vitoria era lo que en Madrid llamaban una ciudad de provincias; no tenía la gran industria que había hecho muy ricas a unas cuantas familias de Bilbao, ni una preciosa playa como la de San Sebastián, a la que ellas iban con sus padres, aunque tenía su encanto. No es que todo el mundo se conociera, afirmó, pero casi. La vida transcurría sin mayores sobresaltos, con personajes curiosos como una pareja a quien llamaban «el cucú y la mariposa», que todos los domingos compraban una bandeja de dulces en la pastelería de Hueto y se paseaban con ella por la plaza de la Virgen Blanca. También había escándalos por asuntos de amores adúlteros que daban que hablar durante semanas. Y cafés, como «La Unión», en la plaza de los Arcos, en el que se reunían grupos de hombres para hablar de política. Y ultramarinos, ferreterías, comercios de ropa y...

—¿Y la tienda de su madre? —la interrumpió para volver al tema que le interesaba.

—¿«Fémina»? Era una mercería, ya sabe usted, allí se vendía un poco de todo: hilos, lanas, puntillas, botones y ropa interior femenina. Además, había un taller de costura en la parte de atrás.

—Donde se reunían los subversivos...

Lo había dicho en tono de guasa, pero Edurne y él se miraron sorprendidos al observar que las mejillas sonrosadas de la anciana perdían el

color y miraba a derecha e izquierda como si pudiera ver, como si temiera que alguien pudiera estar escuchándolos.

—Bueno... no éramos subversivos —dijo al fin bajando la voz—, sino personas que creíamos que las cosas podían cambiarse. La mayoría éramos mujeres, aunque mi padre y algún otro también se reunían con nosotras. Sólo hablábamos, nos informábamos sobre lo que ocurría y preparábamos paquetes para llevar a la cárcel, ropa sobre todo. En ocasiones, metíamos cartas bajo los forros de las chaquetas y en los dobladillos de los pantalones, pero no sé si los guardianes las encontraban o si ellos se enteraban... Cada una de nosotras teníamos un preso adoptado, el mío era un asturiano. Le escribía mensajes cortos, pero espero que los recibiera porque, según se decía en las reuniones, agradecían que alguien se acordara de ellos. Me habría gustado conocerlo después de aquello, pero no podíamos poner nuestros nombres en los mensajes, por seguridad.

—¿Y nunca les pillaron? Quiero decir si no descubrieron lo que hacían...
Eduarne seguía la conversación con enorme interés.

—Es que en realidad no hacíamos nada malo. De todos modos, la tienda tenía forma de L y, en la esquina, había unos armarios con espejos y veíamos quién entraba en el local. Cuando aparecía él, y lo hacía muy a menudo, los hombres salían por la puerta trasera que daba al callejón, y las mujeres se ponían a coser.

—¿Él?

—Sí, él.

—¿Quién?

—El zapatero; el hijo de mala madre, un asesino a quien debió de engendrar el propio Satanás y a quien, después de tanto tiempo, todavía recuerdo con sus gafas oscuras, vigilante como una urraca. Todo el mundo lo llamaba don Bruno, nosotros en casa lo llamábamos «el Carnicero». Presumía de haber asesinado a más de cien hombres, entre ellos al alcalde, el bueno de don Teodoro González de Zárate, pero acudía a diario a San Pedro y ayudaba al cura en la misa. Espero que esté ardiendo en el Infierno. Una mala bestia como él no puede estar en el Cielo porque, si es así, yo me doy de baja y dejo de ir a la capilla ahora mismo.

Los dos jóvenes no pudieron evitar una risa al escuchar sus palabras, y

Fernanda rió con ellos.

—¿Y qué fue de él?

—Nada; vivió la mar de bien hasta que se murió de viejo. Y como él otros muchos que nos metieron el miedo en el cuerpo y luego se paseaban por la calle Dato como si nada hubiera ocurrido. Es algo que nunca he entendido.

—¿Qué?

—Pues eso, que la gente siguiera igual que antes, aunque, claro, era preciso vivir...

Eran más o menos las mismas palabras que había dicho Genaro Zipriano al referirse a Concha Garcíaran. La habitación se hallaba casi en penumbras, y Jon miró su reloj. Tenían que despedirse porque pronto sería la hora de cenar y no quería vérselas con la monja de la otra vez. El tiempo había transcurrido muy rápido, demasiado.

—Tenemos que marcharnos, Fernanda, pero antes una última pregunta: ¿conoció usted o supo algo acerca de Evaristo Rojas, el marido de su hermana?

—No lo conocí personalmente, pero sí oí hablar de él. Era otro Bruno, un desharrapado que se hizo muy rico con aquello. Según me contaron, provenía de algún pueblo de Burgos, no me acuerdo, donde se quedó con las casas y las tierras de los «paseados».

—¿Qué «paseados»?

—Los ejecutados, hijo, los pobres desgraciados a los que sacaban de noche y los mataban en las cunetas. Nunca entendí por qué Meli se casó con un tipo así...

Se abrió la puerta de la habitación y en el umbral apareció la religiosa que venía para acompañar a la anciana al comedor; encendió la luz y se les quedó mirando como a chiquillos pillados en falta.

—¿Volveréis otro día? —preguntó doña Fernanda.

—Puede estar segura de ello —respondió él dándole un beso—. Es usted un encanto.

—Un verdadero encanto —repitió Edurne dándole ella también un beso.

Ambos recogieron sus abrigos y bufandas y salieron a toda prisa por delante de la monja, que no perdía ojo.

La helada empezaba a caer, no había un alma en el paseo de

Mendizorrotza, ni se escuchaba sonido alguno excepto sus pisadas sobre la nieve. Se apresuraron a volver cuanto antes al centro de la ciudad. Era de noche cuando llegaron, y tampoco se veía gente por las calles. Continuaron a paso rápido con las manos en los bolsillos y espirando un vaho denso que a Jon le recordó que llevaba horas sin fumar y, lo más sorprendente, que no había sentido necesidad de hacerlo. Se dejaba guiar por su acompañante sin que previamente se hubieran puesto de acuerdo y, al llegar a un portal del último tramo de la calle Postas, ella se detuvo.

—Vivo aquí —dijo—. ¿Quieres subir y tomar algo caliente?

No hizo falta que insistiera, empezaba a no sentir los dedos de sus pies, el bocadillo del mediodía era sólo un recuerdo, no tenía ninguna gana de volver a su desangelado piso y menos aún de separarse de ella. Al rato tenía un tazón de caldo en las manos y aspiraba el apetitoso aroma de unas pechugas de pollo al vino blanco y de una fritada de patatas. Mientras bebía el caldo a sorbitos, echó un vistazo a su alrededor. El piso era antiguo pero, tal vez por dicho motivo o porque la cocina y el pequeño salón ocupaban el mismo espacio, las paredes aparecían repletas de baldas con libros y objetos de artesanía y los muebles viejos estaban pintados de blanco roto y azul, el ambiente era acogedor y emanaba la paz de la que él tan necesitado se hallaba. Para cuando se ofreció a echar una mano, la cena estaba dispuesta y su única aportación a una velada inesperada fue descorchar la botella de *txakoli* que Edurne sacó de la nevera. No había comido caliente desde la víspera y aquellas pechugas en salsa acompañadas de patatas fritas le parecieron un banquete de reyes.

La nieve volvía a caer y veía los copos a través de los cristales de las ventanas cuyas cortinas estaban corridas, iluminados por la luz blanquecina de una farola. Le recordó una escena de una película navideña, aunque no eran villancicos lo que escuchaban sino unas baladas de folk escocés, según le informó su anfitriona.

—Me relaja —dijo con una sonrisa.

Él era más de rock, pero tuvo que reconocer que allí, y en aquel momento, no había nada más adecuado que la voz melancólica del solista cuyas palabras no entendía, pero que, estaba seguro, narraba historias de amores desafortunados y batallas perdidas. Alargó la mano con la palma

hacia arriba, como el mendigo que pide unas monedas para comer, y ella la cubrió con la suya.

Aquella noche no regresó a su piso de La Herrería. Dejó que ella lo desvistiera e hizo lo mismo a su vez, sin prisas, deseoso de prolongar al máximo su descubrimiento, de darse tiempo para acariciar el cuerpo que se le ofrecía, temeroso asimismo de ser incapaz de satisfacer el deseo que notaba en ella, y el suyo propio. Recuperó la ilusión entre los brazos de la mujer que había aparecido de pronto en su vida para rescatarlo de su gris existencia y se sintió dichoso por primera vez en mucho tiempo.

No siento la sangre en las venas, se me ha helado. No pienso rezar para que ganen esos que me han metido aquí por mucho que el cura y las monjas nos digan que tenemos que hacerlo. Debería rezar por la decena de vitorianos que ayer fueron asesinados, pero no sé cómo, ni a quién. Además, ¿de qué valdría? Tendrían que rezar los que han dado la orden y los que les han disparado... ¡Asesinos! Menos mal que algunas presas pueden recibir visitas, y así nos enteramos de lo que pasa afuera... Seis veces, ¡seis!, en un mes dicen que los vecinos de Santa Isabel han escuchado descargas de fusiles en la parte trasera del cementerio, y parece que sólo es el comienzo...

Me quema la carta que tengo en el bolsillo de la bata. No sé ni cómo ha podido dárme la esa chica del grupo de las «buenas» que está aquí con su hermana. Sería porque las guardianas estaban ocupadas inspeccionando los paquetes y quedándose con los chorizos y los bizcochos. Se quedan con lo mejor y dejan las sobras para las presas que tienen la suerte de recibir un envío...

¡Por fin se ha acabado el rosario! A ver si puedo escabullirme a la letrina y leer la carta...

Esa bombilla amarillenta apenas da luz, pero no puedo arriesgarme a leerla en el dormitorio. Es de la madre. El niño está bien, y también Fernanda y ella, pero al padre lo han encerrado en el convento de los carmelitas junto a otros funcionarios del Ayuntamiento... Ni una palabra de él. ¿Y si lo han matado? No pienses en algo así, Meli. Seguro que está vivo y a salvo. Un día de éstos acabará la guerra, y él volverá, vendrá a buscarte, te lo prometió, y olvidaréis esta pesadilla que se repite una y otra vez...

Están tocando la campana, tengo que romper este papel y tirarlo por el

váter, y salir de la letrina ahora mismo, o vendrán a por mí.

Tengo frío. No consigo entrar en calor y tengo frío, a pesar de que todavía no ha llegado el invierno... Siempre es invierno en este lugar. Están Victo y las demás, pero echo en falta a Columba. ¿Adónde la habrán llevado? A otra cárcel, seguro. Tal vez a La Paz, o a la plaza de toros, o a otro convento... ¿Cómo pueden frailes y monjas prestarse a semejante barbaridad? ¿Cómo han podido convertirse en carceleros? Se supone que creen en el amor entre los seres humanos...

Este mal sueño no puede durar. Ninguna de las que estamos aquí, ninguna, hemos hecho daño alguno. ¿Por qué estamos entonces encerradas, sin apenas comida, sin higiene, tratadas como apestadas y humilladas día tras día? Estoy aterrorizada. Tengo miedo, me tiembla el cuerpo cada vez que ellos aparecen para llevarse a una de nosotras, no duermo bien, no logro dejar de pensar...

A Victorina le han dicho que pronto irá a juicio; a mí todavía nada. ¿Y si desaparezco lo mismo que Columba? Cuando pienso en mi hijo, huérfano sin haber vivido, se me saltan las lágrimas. ¿Y él? Apenas sabemos nada de lo que ocurre en el otro lado, sólo lo que dice el capellán durante los sermones, que Dios apoya a los suyos, y las pocas noticias que llegan a través de los familiares de las otras presas. Yo no he recibido ninguna visita desde que me metieron aquí; ninguna de las de mi grupo las recibe.

Pobres los que fusilaron ayer, y pobres sus familias... ¿Y si uno de ellos era mi padre? No quiero ni pensarlo. Además, no sé... me habría enterado...

Tras la nieve llegó la lluvia, una lluvia constante que transformó las calles de Vitoria-Gasteiz en barrizales intransitables. Al día siguiente de su primera noche juntos, Jon corrió a su casa, recogió el ordenador, los apuntes, las fotografías, un par de pantalones, otro de calzoncillos y un jersey y regresó a la calle Postas. Edurne le había dicho que podía quedarse allí, y no se lo hizo repetir. Durante un instante pensó que quizás estaba yendo demasiado deprisa, que se estaba precipitando, pero dicho pensamiento duró eso, un instante. Necesitaba querer y sentirse querido. Pasaron el fin de semana encerrados en el cálido refugio mientras las gotas de lluvia resbalaban por los cristales de las ventanas, poniendo en limpio los apuntes, examinando todas y cada una de las fotografías del álbum, intentando, sin conseguirlo, descubrir en alguna de ellas una pista que los llevara a comprender el extraño comportamiento de Amelia Zabaleta a lo largo de casi toda su vida. Y también se amaron hasta caer rendidos. En ello estaban cuando, el domingo por la tarde, sonó el teléfono fijo.

—No respondas —le dijo él rodeándola con sus brazos.

—Tengo que hacerlo; son mis padres.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque son los únicos que llaman a este número —respondió ella al tiempo que se deshacía de su abrazo y se levantaba del sofá.

La contempló, ensimismado, sin llegar a creer en su suerte, y decidió que, en cuanto pasara el mal tiempo, volvería al gimnasio para bajar la grasa que empezaba a deformar su cintura. No escuchó lo que decía y tampoco notó el cambio de tono en su voz al asegurar que enseguida iba para allí.

—Vístete —le dijo tras colgar el teléfono—; tenemos que salir a toda prisa.

—¿A dónde?

—Al chalé. Parece ser que han entrado ladrones, y la tía está histérica.

En menos de veinte minutos llamaban a la puerta y les abría la madre de Edurne, que lo miró con curiosidad, si bien no hizo ninguna pregunta y se puso a hablar con su hija, ignorando su presencia. Su marido conversaba con Salvador y con Elvira frente al ventanal del salón mientras el hijo de esta última, «el Patillas», curioseaba los objetos que había en la habitación.

Ninguno le prestó atención. Felisa, por su parte, estaba sentada en el sofá y su cuidadora se empeñaba en hacerle beber una taza de tila que la mujer se negaba a aceptar. Para completar el cuadro, el perro, impertérrito, miraba a unos y a otros tumbado en el sillón que había sido de su dueña. Desde la puerta, Jon observó la escena como si se tratara de una obra teatral en la que él fuera el único espectador. Todas aquellas personas habían conocido a doña Amelia y eran las únicas que, sabiéndolo o quizás sin saberlo, podían proporcionarle la información que precisaba para encontrar a Miguel Aurra Zabaleta y, también, para descubrir las razones que habían llevado a su madre a aislarse incluso de su propia familia.

Al parecer, dos hombres habían entrado en la casa justo después de que Salvador hubiera salido con el perro a dar su paseo diario, algo obligatorio hiciera frío o calor. Allí únicamente se encontraban Felisa y la cuidadora, puesto que la chica de servicio y la cocinera libraban los domingos. Las dos mujeres estaban viendo la televisión en el salón y no se percataron de que alguien más andaba dentro por el alto volumen del aparato debido a la sordera de la anciana. Fue al ir a preparar la merienda cuando la cuidadora se dio de bruces con los dos ladrones, que bajaban del piso superior, y comenzó a gritar mientras ellos salían a toda prisa por la puerta. Sus gritos asustaron a la pobre mujer, quien también se puso a gritar como una posesa y no dejó de hacerlo hasta que llegó Salvador y logró calmarla. El hombre comprobó que el dormitorio de doña Amelia estaba patas arriba y llamó a Elvira, y también a los sobrinos de Felisa.

—¿Por qué no han llamado a la Policía? —preguntó Jon a Luisito Pérez de Inoso en un momento en que éste pasó por su lado.

—¿Para qué? No ha ocurrido nada.

—Hombre...

—Sólo han revuelto el cuarto de la abuela. Seguro que buscaban sus joyas, pero las tiene mi madre a buen recaudo.

—Aun así. Han entrado en una propiedad privada y...

«El Patillas» lo dejó con la palabra en la boca. Sabía que siempre andaba corto de dinero, y era conocida su costumbre de quedarse fuera del bar cuando le tocaba a él pagar la ronda, razón por la que hasta sus propios amigos lo evitaban en dichas ocasiones. Que él supiera tampoco trabajaba,

pero, no obstante, su aspecto de señorito de buena familia y los círculos en que se movía le abrían puertas que a él, Jontxu «el del kiosko», le estaban vedadas. Lo observó examinar con atención un cuadro aparentemente antiguo que colgaba encima de la chimenea y no le cupo la menor duda de que estaba pensando en quedarse con él.

Decidió darse una vuelta por la casa, visto que nadie le prestaba atención y que Edurne parecía haberse olvidado de él. Subió al primer piso y abrió varias puertas hasta dar con la habitación de doña Amelia, digna de un hotel de cinco estrellas, amplia, luminosa, con muebles caros. El armario estaba abierto y la ropa por los suelos, así como los cajones de la cómoda y los de las mesillas a ambos lados de la cama. Los ladrones habían desplazado incluso el colchón. Estaba claro que buscaban algo, si bien no estaba seguro de que anduvieran tras las joyas, puesto que encima de la cómoda había un anillo y una pulsera de oro. Quedaba la duda de saber si, en efecto, habían encontrado lo que andaban buscando. Salió al escuchar voces en la escalera, cerró la puerta, temeroso de que lo pillaran *in fraganti* curioseando la habitación de la difunta, y subió al desván a toda prisa. Casi era de noche, pese a que no habían dado las siete de la tarde, y encendió el interruptor que encontró al lado de la puerta. No parecía que los atracadores hubieran pasado por allí, ya que todo estaba como él lo recordaba. La vez anterior sólo se había centrado en los cuadros que le mostraba Edurne, pero ahora echó un vistazo más atento y, de nuevo, tuvo la impresión de que no se trataba de un desván al uso, donde se dejan amontonados muebles y objetos viejos. El lugar era más bien una especie de estudio, o de cuarto de trabajo, en el que, aparte de los cuadros contra una pared, podían verse pilas de libros bien alineadas, así como dos arcones que intentó abrir pero no pudo, y media docena de baldas repletas de figurillas y chirimbolos varios, además de una máquina de coser «Alfa» de las de pedal y una mecedora con una pata rota. Le llamó la atención una pequeña mesa, colocada al lado de la ventana, en la que se apreciaba una fina capa de polvo. Encima había una lámpara de cristales de colores y dos muñecas antiguas, una negra y otra rubia con trenzas. También había un pequeño portarretratos con una foto en la que se veía a doña Amelia a una edad madura en compañía de un joven barbudo que la asía por el brazo; los dos sonreían. No se lo pensó y metió el portarretratos

en el bolsillo de su chamarra. A continuación, se sentó en una silla algo desvencijada y abrió uno de los dos cajones de la mesa.

Dentro encontró útiles de escritura, lápices, plumas, un tintero y folios en blanco. Probó después con el otro, pero estaba cerrado. Un sexto sentido le decía que tal vez allí encontraría una pista del asunto que tenía entre manos y, ni corto ni perezoso, sacó la ganzúa casera que él mismo se había fabricado y que siempre llevaba encima, y abrió el cajón. Estaba vacío y volvió a cerrarlo, pero no logró encajarlo del todo porque algo se lo impedía; lo sacó y metió la mano. Palpó el hueco a la búsqueda de lo que fuera que impedía cerrar y lo halló justo en la mitad de la mesa. Lo que él creyó que era la tabla que hacía de separación entre los dos cajones estaba desplazada y no era tal, sino un compartimento. Había visto uno parecido siendo todavía un chaval en una tienda de muebles antiguos de la calle de La Correría. El dueño, amigo de sus padres, le informó sobre aquellos escondrijos habituales en los muebles de época asegurándole que muchos de sus dueños ignoraban su existencia. Extrajo el compartimento y, durante unos segundos, permaneció mudo al descubrir un cuaderno forrado de tela en la que estaba bordado a punto de cruz el nombre de su dueña, *Amelia*. Sintió que estaba ultrajando la intimidad de la difunta y que no tenía derecho a inmiscuirse en su vida privada, pero los años que llevaba investigando asuntos de adulterio lo habían vuelto inmune a secretos ajenos y, sobre todo, rápido a la hora de tomar una decisión. Al igual que había hecho con la fotografía, cogió el cuaderno y lo metió en el bolsillo sin tan siquiera echarle una ojeada, encajó el escondite secreto y cerró el cajón. En buena hora. Edurne asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con un ligero deje de reproche.

—Entretenerme. Ahí abajo no parece que yo haga mucha falta —respondió él en el mismo tono.

—Mis padres, Elvira y su hijo ya se han marchado. Creía que tú también te habías ido...

—Pues no, ya lo ves. Me gusta este sitio, no parece un desván.

—Doña Meli solía venir aquí a menudo. Me traía cuando yo era pequeña y me dejaba jugar con esas muñecas... Decía que se las había regalado su padre y que les tenía mucho cariño. También dibujábamos, y ella me contaba historias de países lejanos en los que nunca había estado. Luego crecí y ya no

volví aquí con ella. ¿Nos vamos?

—¿Y qué pasa con la habitación? ¿No se va a ordenar para ver si falta algo?

—Elvira ha echado un vistazo y ha dicho que no falta nada. Mañana volverá, cuando esté la chica. Tiene intención de deshacerse de las ropas de su madre.

—¿Y qué va a hacer con ellas?

—No tengo ni idea. Las mandará a una ONG o a un rastrillo, de esos donde venden ropa de segunda mano. Anda, vamos, que mañana tengo clase.

Antes de salir de la casa, pasaron por la cocina donde Felisa sorbía una sopa de fideos y garbanzos haciendo ruido. Parecía que se había calmado, impresión corroborada por la sonrisa que les dirigió la cuidadora.

—Adiós, tía —le dijo Edurne dándole un beso en la frente—. Mañana volveré a verte.

—Han sido ellos —respondió la anciana mirando a Jon.

—¿Quiénes?

—Ellos. Ni muerta la dejan en paz.

—¿Y por qué no la dejan en paz?

—Porque lo sabe.

—¿Qué?

La anciana calló y volvió a sorber la sopa. Edurne asió a Jon por la manga y lo llevó hacia la puerta. En el salón, Salvador estaba sentado en el sillón de doña Meli con el perro encima de sus rodillas. Tenía la mirada perdida y apretaba las mandíbulas con fuerza. No respondió a su despedida.

—¿Estás segura de que no han robado nada? —preguntó él cuando ya estaban en la cama.

—Elvira ha asegurado que no —respondió la joven adormilada.

—Es muy extraño.

—Sí que lo es...

—De todos modos, no entiendo por qué razón no han llamado a la Policía.

Esta vez ella no respondió; su respiración acompasada revelaba que se había quedado dormida. La besó en el hombro desnudo e intentó dormir él también, pero tardó en hacerlo. Se sentía culpable por no haberle confesado

que se había llevado algo que no le pertenecía, y ésta era una mala señal. Siempre había creído que, más allá del sexo, una relación de pareja no podía mantenerse sin confianza mutua. La suya con Miren empezó a naufragar en el momento en que ella le confesó que sabía que no podía tener hijos desde antes de la boda. Ignoraba cómo habría reaccionado de haberlo sabido entonces, aunque probablemente tampoco le habría importado demasiado, pero le molestó que ella hubiera ocultado una información que a ambos incumbía y, poco a poco, dejaron de hablar, de confiar el uno en la otra. Sin embargo, esto era diferente; tenía que ver con su trabajo, se justificó, y no estaba obligado a dar más explicaciones de las necesarias.

A la mañana siguiente, Edurne salió temprano a dar sus clases, y él se ocupó de hacer la cama y de fregar los platos de la víspera. Fue asimismo a la plaza de Abastos y compró lo necesario para hacer una crema de verduras y un par de entrecots a la pimienta. Sus conocimientos culinarios no iban mucho más allá, pero sentía la necesidad de compensarla de alguna manera. También compró pan y un *biskotxa*, un pastel vasco que sabía que a ella le gustaba, así como un pequeño ramo de margaritas de todos los colores, un gesto totalmente inhabitual en él. De hecho, las metió en una bolsa para no tener que dar explicaciones en caso de encontrarse con algún conocido. De vuelta al piso, cocinó las verduras y dejó la carne preparada antes de disponerse a leer el cuaderno de Amelia, que seguía en el bolsillo de su chamarra. Pero no lo abrió; lo guardó en el forro de la funda de su portátil, junto a la foto, y salió otra vez a la calle.

Había dejado de llover y no parecía que fuera a hacerlo de nuevo, vistos los claros que aparecían entre las nubes. Incluso la temperatura había subido unos grados. Se dirigió al Casablanca esperando encontrar a Genaro Zipriano, pero el mozo le informó de que el anciano llevaba días sin aparecer por allí, así que decidió presentarse en su casa. En un principio, la mujer de cierta edad que le abrió la puerta se negó a dejarlo entrar aduciendo que el señor no recibía visitas de desconocidos. Tuvo que convencerla de que no era un desconocido, tampoco un vendedor o algo por el estilo, y hasta le mostró su carné de identidad, que ella examinó detenidamente para comprobar que la foto correspondía bien al individuo que tenía delante.

—¿No serás tú el hijo de Rosa Otadui, la del quiosco de la Zapatería? —

preguntó por fin sin todavía permitirle la entrada.

—Pues sí...

—¿Cómo se llamaba tu abuela materna?

—Celerina.

¿A cuento de qué venía semejante interrogatorio? Estaba a punto de darse media vuelta y largarse de allí cuando la mujer esbozó una sonrisa y se hizo a un lado.

—Hay que tener mucho cuidado hoy en día —dijo al tiempo que cerraba la puerta con doble llave—. Nunca se sabe quién puede aparecer cuando una menos se lo espera. A la vecina del 2.º-D le entraron el otro día y le robaron el televisor. Todavía no se ha recuperado del susto.

Instantes después se hallaba mano a mano con su amigo, ambos sentados en sendos sillones de piel ajada, pero muy confortables, y con una copa de vino en la mano.

—El anís lo tomo en el bar. En casa sólo bebo vino de Rioja, alavesa —aclaró—. Bien, ¿cómo van tus pesquisas?

—Pues... ahí sigo. Espero que no le moleste que haya venido a verlo para preguntarle un par de cosas...

—¡Qué dices! Estoy encantado de tener con quien hablar. He pasado una pequeña gripe y Fermina me tiene encerrado bajo candado. Además, mis amigos ya no están, mis hermanos tampoco, y con mis sobrinos apenas me trato. Vienen por aquí muy de tarde en tarde para comprobar si sigo vivo, porque tengo algunos ahorrillos, pero ¡están listos si piensan que van a heredar!

Don Genaro se echó a reír y bebió un trago a modo de brindis por él mismo. Jon también rió y lo acompañó en el gesto. No sabía nada acerca del anciano, de su vida, de su trabajo, y sintió curiosidad.

—Usted... ¿no se casó?

—Pues no, no habría podido hacerlo... Con veinte años de edad, me di cuenta de que las mujeres no eran lo mío, ya me entiendes, aunque había que disimular porque nos incluyeron en la llamada «Ley de Vagos y Maleantes» junto con rufianes y proxenetas. Si te pillaban, te metían en la cárcel o en un manicomio para rehabilitarte y, claro, no era cuestión de arriesgarse. Salía con chicas e incluso me gané mi buena fama de donjuán, pero en realidad

sólo era un disfraz que me quitaba durante un mes al año, cuando mi amigo y yo nos íbamos de vacaciones a Italia, hasta que él murió... Los prejuicios de cualquier tipo son el verdadero cáncer de nuestra sociedad. También hoy en día pero, en aquellos tiempos, no te puedes hacer ni idea. La política y el sexo eran las dos obsesiones de los gobernantes. Y de la Iglesia, por supuesto.

Jon estaba sorprendido; él no tenía prejuicios de ningún tipo. Sin embargo, se le hacía extraño que un hombre tan mayor fuera homosexual. Aunque, pensándolo mejor, tampoco se imaginaba a sus padres en la cama. Ni a una joven, setenta y dos años atrás, encerrada, rapada y obligada a beber ricino y a barrer las calles por la envidia perversa de otra que se decía su amiga.

—He andado leyendo cosas en Internet...

—¿Eso que funciona con el ordenador?

—Sí.

—No tengo ni idea porque me jubilé más o menos cuando esos chismes empezaban y, de todos modos, nunca me han interesado demasiado.

—Pues debería probar porque estoy seguro de que le iba a gustar.

—Déjalo, ya estoy viejo para aventuras. ¿Y qué es lo que has estado leyendo?

—Hay una relación de personas asesinadas en Vitoria por aquel entonces, y me llama mucho la atención que haya también cinco mujeres. A lo mejor usted puede decirme algo sobre ellas, ya que estuvieron encerradas en el Sagrado Corazón.

—¿Cinco mujeres asesinadas? ¿En Vitoria?

—Sí. Mire, aquí tiene la lista...

Jon sacó su libreta de notas y don Genaro la lupa para leer los nombres.

—Sólo conozco el caso de Columba Fernández. Pobre mujer. Se la llevaron a otra cárcel, y desapareció en el camino... De las otras no sé nada. Los dos primeros años de aquello fueron terribles y, según se supo, hubo órdenes para dar un escarmiento que dejara huella, y lo lograron —el anciano bebió un sorbo de vino antes de proseguir—. Ten en cuenta que yo entonces era un chaval muerto de miedo, y muerto de miedo seguí por si averiguaban lo mío. Podría haberme interesado después, pero... Todo el mundo quería olvidar, necesitaba olvidar para seguir viviendo. Se hablaba de algunas

mujeres que habían sido encerradas por no estar casadas como Dios manda, que se decía. De hecho, los matrimonios civiles fueron anulados y también los divorcios, lo que provocó situaciones muy complicadas. Parejas que llevaban tiempo juntas y con hijos tuvieron que volver a casarse, esta vez ante un cura. Pero lo de los divorciados fue todavía más grave porque muchos se habían casado por la Iglesia, se habían divorciado, y se habían vuelto a casar por lo civil. De la noche a la mañana, se encontraron casados de nuevo con sus antiguas parejas, cuando no acusados por bigamia.

—¡Qué absurdo!

—Ahora lo parece, pero entonces era un asunto muy serio que podía llevarte a la cárcel. Había personas que se dedicaban a espiar a sus vecinos para luego denunciarlos.

—Hace unos días, Fernanda Zabaleta habló de un tal don Bruno.

—Déjalo en Bruno a secas, un personaje siniestro, asesino político y fanático religioso hasta la náusea. En realidad, un desgraciado mediocre que se valió de la guerra para medrar y llegar a ser jefe de la Policía en Vitoria, una posición a la que jamás habría llegado de otra manera. Su sola presencia aterrorizaba al más pintado, incluso cuando ya estaba jubilado. Y eso que, en apariencia, intentaba ser un tipo amable.

—¿Tiene usted recortes de periódico o algo por el estilo de aquella época?

—Pues sí, los tengo. Pero no sé dónde...

En ese momento, Fermina asomó la cabeza por la puerta sin decir nada y volvió a desaparecer.

—Vuelve mañana o pasado. Es la hora del rancho, y mi sargento chusquera no permite dilaciones.

Con una sonrisa, don Genaro levantó de nuevo la copa y ambos brindaron una vez más antes de despedirse. También le regaló una botella del vino que tanto apreciaba y que, según le informó, era de una bodega de Laguardia en la que tenía participación.

—¡Es el mejor de todos! —exclamó orgulloso.

De vuelta en el piso, Jon calentó la crema de verduras, preparó la mesa y colocó en su centro el pequeño ramo de margaritas de colores. Después se sentó a esperar. Se sentía extraño, como si no fuera el de siempre. Las dos

últimas semanas habían trastocado por completo su existencia, y no podía decir que le desagradara, más bien al contrario, pero temía el fin de aquella situación novedosa y apasionante, encontrara o no al hijo de doña Amelia. En los dos casos, Elvira Rojas prescindiría de sus servicios, y él tendría que volver a investigar adulterios y asuntos de poca monta para pagar el alquiler de su vivienda. Incluso Edurne podría desaparecer de su vida una vez finalizado el motivo que los había unido. De alguna forma, él era como una de aquellas flores teñidas, inexistentes en la Naturaleza, sin olor, creadas de forma artificial para agrandar a la vista, aunque, en su caso, tenía que reconocer que dejaba bastante que desear. Ciertamente que no seguía las modas y que no prestaba demasiado atención a la ropa que se ponía, pero la cosa había ido a peor desde el divorcio. Tan era así que, la víspera de Navidad, una mujer le dio cincuenta céntimos de limosna mientras esperaba a su madre a la puerta de una tienda. La cosa le hizo gracia, aceptó la moneda y la guardó como recuerdo. No obstante, procuró poner algo más de atención desde entonces, aunque no estaba seguro de haberlo conseguido del todo.

Dejó de pensar en sí mismo al ver entrar a la joven con el gorro de lana calado hasta las cejas, la bufanda a juego y un enorme bolso de tela donde llevaba libros y demás, que a él le recordó el saco de cachivaches de la bruja buena cuyo cuento había leído de pequeño y no había olvidado. La rodeó con los brazos, antes incluso de que se hubiera quitado el abrigo, y la besó con tal ímpetu que a punto estuvieron de caer al suelo.

—¡Estás loco! —rió ella.

—Tú me vuelves loco.

Era lo más cercano a una declaración de amor que había hecho nunca.

—Tengo algo que confesarte...

Habían comido, bebido el vino de Genaro Zipriano, tomado el café; se habían mirado a los ojos, y él habría deseado que el tiempo se detuviera en aquel instante, pero era hora ya de volver a la realidad. Le explicó cómo había encontrado el cuaderno de Amelia Zabaleta y que lo había tomado... prestado, pero juró por su vida que no lo había abierto y que lo devolvería a su sitio si ella se lo pedía, al igual que la foto. Edurne frunció el ceño y tardó unos minutos en responder. Su primer impulso fue de rechazo. ¿Cómo se había atrevido a llevarse algo que no le pertenecía de la casa en la que ella lo

había introducido? ¿Y por qué había tardado tantas horas en decírselo? Sin embargo, le creyó cuando afirmó que no había leído el contenido y que estaba dispuesto a devolverlo. Odiaba el engaño, pero tenía que reconocer que no había habido tal, más bien sólo un... un «ocultamiento de información». Por otra parte, ella también estaba muy interesada en conocer la vida de la mujer a quien había conocido desde niña y cuya historia ignoraba por completo. Quizás la lectura de su diario, si es que era tal, les diera algunas pistas para encontrar a su hijo.

—No vuelvas a hacerlo —le advirtió—. Al menos en lo que se refiere a doña Meli.

Al instante estaban los dos sentados en el sofá con el cuaderno en las manos. Ella pasó los dedos por las letras bordadas en punto de cruz y lo abrió por la primera página. Estaba en blanco. Se miraron sorprendidos; todas las hojas estaban en blanco.

—No lo entiendo... ¿Por qué iba alguien a esconder un cuaderno vacío?

Un examen más atento descubrió que un buen número de hojas habían sido cuidadosamente cortadas del cuadernillo.

¿Que la ley no es para el justo, sino para los transgresores y los desobedientes? ¿De qué habla este hombre? Dijo lo mismo hace un mes, cuando se llevaron a Isabel Corral y a Teresa Goicoechea. No las trasladaron a otra cárcel como creíamos, sino a la tapia del cementerio. Todavía se me pone la piel de gallina cuando me acuerdo de que una de las guardianas nos dijo que las habían llevado al cementerio y de que después vinimos a la capilla a rogar por sus almas... Que se habían confesado y arrepentido de sus pecados y que Dios las había perdonado. ¿También perdonará a sus verdugos? Espero que no, que ardan en el Infierno. Si me llevan a matar, juro que no me confesaré ni pediré perdón por algo que no he hecho.

Abraza mi cuerpo desnudo y susúrrame al oído lo mucho que me amas y me necesitas; me humedezco los labios para sentir tus besos y aprieto los muslos cuando te adentras en mí...

¿Qué cara pondrían el cura y las monjas si supieran que mis pensamientos están tan lejos de esta tétrica capilla de dolor y miedo? Es una pobre venganza, pero es la única que tengo a mi alcance.

*¿Por qué habla ahora de la muerte? ¡Podría dejarnos en paz de una vez!
Victo se ha puesto pálida... No me extraña, con semejante sermón.
Seguro que está pensando en su condena, pobre... Me gustaría apretarle la
mano, pero la bruja que nos vigila armaría jaleo. Un juicio tan rápido... Que
repartía propaganda y asistía a reuniones subversivas... Pero, bueno, eso fue
hace unas cuantas semanas y no ha pasado nada. Lo mismo le conmutan la
pena por más años de encierro como a otras que sabemos... Además, es
joven y es mujer. ¡No se atreverán! No hablamos de ello, pero ¿cómo olvidar
a Columba, a Isabel y a Teresa? También ellas eran mujeres y jóvenes...*

*Por fin se ha acabado, y voy a poder dibujar un rato. Menos mal que no
hay máquinas suficientes y que a mí se me da mal la costura y sólo me ocupo
de coser dobladillos. Total, no nos pagan y encima nos dicen que trabajamos
para nuestro mantenimiento, pero al menos así ocupamos el tiempo. En
buena hora se me ocurrió dibujar una imagen en el reverso de un patrón
desechado, que vio la jefa del taller. Ya no sé cuántas vírgenes he dibujado
desde entonces y tampoco sé lo que hacen con las láminas. Seguro que las
venden. Pero me han dado cartulinas y lápices de colores, y mientras dibujo
no pienso... Azul para el manto... crema para la túnica... rosa para los
labios...*

*¡Lo que daría por una barra de labios! Aunque... con la cabeza rapada y
lo que se me notan los huesos, iba a parecer un espantajo.*

*A ver si puedo enseñarle a Victo a dibujar, eso la distraerá un poco. Las
monjas están muy amables con ella últimamente y el capellán se empeña en
hablarle de los santos que erraron, se enmendaron y ahora gozan de la
felicidad eterna. Yo le digo que, al menos, no toca su tema favorito, el
fornicio, y las dos sonreímos.*

*Buenas noches, querida amiga, descansa, sueña. Todo esto pasará, ya lo
verás, y volveremos a reír...*

*¿Qué ocurre? ¿Por qué nos despiertan si todavía es de madrugada? ¿Y
por qué gritan el nombre de Victorina González de Larralde? ¿Y qué hace el
cura con esos hombres armados?*

Quieta, Victo, no te muevas...

*Vale, si tú te levantas, yo también me levanto, y que nos lleven a las dos.
Me flaquean las rodillas y siento que voy a derrumbarme en cualquier*

momento, pero tengo que mantenerme firme e intentar sonreír para darte ánimos.

¡No puedo! ¡No puedo!

¡Me falta el aire! ¡No puedo respirar!

Qué impotencia, ¡Dios!, qué impotencia...

Siento que ésta es una despedida, sin palabras, pero una despedida para siempre. Algo me dice que no volveremos a vernos y las lágrimas no me dejan verte con claridad.

¡Coge mi mano, Victorina! Atravesaremos los muros que nos retienen, correremos libres por las campos de Olaritzu, danzaremos al son del txistu y el tamboril, y veremos el atardecer desde la colina... ¡Cógela! ¡No te vayas! ¡No me dejes aquí sola! ¡Mírame antes de atravesar la puerta del dormitorio!

Adiós, adiós, querida, dulce Victo, mi único apoyo durante estos cinco meses de infierno.

No han transcurrido diez minutos, pero tengo la impresión de que ha sido toda una vida. Lloro y no hago nada para evitarlo a pesar del ceño de la guardiana. ¡Maldita sea! ¡Maldito también el cura! ¡Malditos todos los que en nombre de su dios asesinan a seres indefensos! Si algo me quedaba de la fe de mis mayores acaba de desaparecer para siempre. No pienso volver a dibujar vírgenes y flores para que las monjas se beneficien. Si quieren llevarme a la tapia, ¡que me lleven! Total, yo ya estoy muerta.

Llevo todo el día encerrada en este cuartucho, castigada sin comer ni beber hasta que empiece a dibujar otra vez. ¡Pues aquí me quedaré! Sólo tengo que cerrar los ojos para ver a mi amiga. Está pálida, como una aparecida, y parece sorprendida.

¿Qué haría yo si vinieran a buscarme, si supiera que no me quedaban más que unos instantes de vida y que no volvería a verlos, a él y a nuestro hijo, ni tampoco a mis padres y a mi hermana? No quiero ni pensarlo.

¿Quieren que dibuje? Vale, voy a dibujar una virgen de verdad, con la cabeza rapada, delante de la tapia del cementerio de Santa Isabel.

Edurne no tenía clase por la tarde y tampoco tenía ganas de traducir el «Pliego de Condiciones» del gobierno chino para empresas extranjeras que le habían pasado esa misma mañana y que no corría excesiva prisa, así que

decidieron centrarse en el apasionante asunto que se traían entre manos. Pusieron en orden las notas, revisaron una a una las fotos del álbum de doña Meli, en especial la que Jon había sustraído de la mesa del desván.

—Se me hace la cara conocida —señaló ella.

—Se parecerá a su madre...

—Tal vez, pero tiene algo, no sé, que me resulta conocido.

—Deberíamos volver al desván. Estoy convencido de que allí tiene que haber más cosas, no sé... documentos, algo...

—Pues vamos.

Nada más pisar la calle se toparon con Joserra Uriarte y no les quedó más remedio que aceptar su invitación para tomar un café en el pequeño local situado en frente del portal. El hombre miró con curiosidad a la joven, pero no hizo preguntas, sólo guiñó un ojo a su amigo, y los arrastró prácticamente hasta la cafetería.

—¿Cómo va el asunto aquel de la herencia de los Inoso? —preguntó a Jon.

—Pues ahí andamos...

—¿Has encontrado al pariente perdido?

—No.

—¿Te acuerdas de la foto que me enseñaste en el bar el otro día?

—Bueno, más bien me la quitaste de las manos...

—Luego me acordé del hombre que te dije que me parecía haber visto en alguna parte —prosiguió el otro sin darse por aludido ante el reproche—. Busqué en la caja de fotografías viejas que hay en casa de mis padres hasta que encontré ésta.

Joserra sacó de la cartera una instantánea en blanco y negro y se la tendió. En ella, junto a un Chevrolet que habría hecho las delicias de un coleccionista, aparecían Enrique Zabaleta, el padre de Amelia, un desconocido a quien su amigo señaló como su abuelo, y un tercero. Habría reconocido en cualquier parte al hombre con las mangas de la camisa recogidas y una enorme sonrisa que empequeñecía sus ojos y mostraba una buena dentadura.

—¡Éste es Pepe Aurra! —exclamó sorprendido.

—¿Lo conoces? Era primo de mi abuelo. Mi padre lo menciona a menudo

cuando empieza a contar sus batallitas.

—¿Podemos hablar con él?

—¿Con Pepe? Desapareció después de la guerra.

—No, con tu padre.

Veinte minutos más tarde se hallaban sentados en una salita de estar de Los Arquillos, cuyas ventanas traseras daban a la plaza del Machete, en compañía de Josemari Uriarte, un hombre jovial cercano a los setenta dispuesto a hablar del tema que más le apasionaba: la familia. Su hijo adujo una cita para abandonarlos poco después, si bien Jon sospechó de inmediato que intentaba escaquearse de una charla que ya había escuchado muchas veces. Y la madre de éste hizo otro tanto con la disculpa de la partidita de brisca a la que acudía todas las tardes. Solos al fin, el hombre les sirvió unas cervezas de lata, se acomodó en su butaca y empezó a hablar del pariente lejano a quien, por lo visto, tenía en gran aprecio pese a que más bien lo conocía de oídas.

—Mi padre y él no sólo eran primos, sino también excelentes amigos. Los dos, en compañía de otro amigo, cogieron las bicicletas y se marcharon a Otxandio cuando empezó la guerra. Estuvieron en el «Cinturón de Hierro» y acabaron en el penal del Dueso, en Santoña. Mi padre hablaba mucho de aquello, aunque procuraba no dar detalles escabrosos. Era como si quisiera olvidar el miedo que seguramente tuvo que sentir cuando algunas madrugadas escuchaban abrirse la puerta de la celda y los guardias sacaban a uno, o más, de ellos y no lo volvían a ver. Pasaron allí cinco años. Mi padre regresó a Vitoria, pero de Pepe ya nunca más se supo.

—¿Lo sacaron a él también?

—No, que yo sepa. Ambos salieron en libertad con algunos días de diferencia, primero Pepe. Aunque también puede estar en cualquier cuneta; era algo habitual. Se les hacía firmar el papel de salida para enseñar a las familias y después los hacían desaparecer. Mi padre esperaba encontrarlo aquí, pero no volvió a verlo. Decía que él era su primo favorito y me contaba anécdotas de cuando eran jóvenes e iban a las romerías detrás de las mozas hasta que se echaron novias y entonces perdieron un poco el contacto, aunque luego lo recuperaron. Cinco años juntos en una celda dan para mucho.

—¿Y también hablaba de la novia de su primo? —intervino Edurne que

no había abierto la boca desde las presentaciones.

—¿De Meli? Sí, claro. Decía que era una joven muy guapa y alegre, con unos grandes ojos castaños, siempre con la sonrisa pronta y la risa en los labios. Ella y Pepe se casaron por lo civil y tuvieron un hijo justo antes de empezar la guerra.

Se miraron, sorprendidos de que supiera lo del hijo, algo que incluso la tía Felisa desconocía, pero el hombre era hablador por naturaleza y continuó soltando antes de que pudieran siquiera plantearle una pregunta al respecto.

—Una historia muy triste. Según mi padre, nunca conoció a una pareja que se amara tanto; se adoraban y siempre estaban juntos. Ella lo esperaba todos los días a la puerta de la escuela, y él dejó de ir de bares con los amigos. Quizás tenían la premonición de que su felicidad duraría poco, apenas dos años desde que empezaron a salir juntos, y deseaban apurar el tiempo al máximo. En el Dueso, Pepe sólo pensaba en Meli y hablaba de ella continuamente. Así supo mi padre lo de la boda y lo del hijo porque, al parecer, lo mantuvieron bastante en secreto, aunque no sé cómo porque en Vitoria todo se sabía. El caso es que él debía pasarse las horas muertas escribiendo poesías de amor o algo por el estilo y, además, se volvió triste y retraído. Al salir de la cárcel y comprobar que su primo no aparecía por Vitoria, mi padre intentó ponerse en contacto con ella, pero también había desaparecido. Era muy amigo del padre de Meli, y compartían su pasión por el deporte, aunque Enrique Zabaleta era mayor que él, pero había fallecido unos meses antes, y doña Julia, su mujer, le dijo que no sabía nada de su hija desde que había aparecido por su casa y se había llevado al niño.

—A lo mejor estaban juntos... —apuntó Edurne.

—No lo creo. Poco después, ella volvió casada con un tipo de quien se rumoreaba que había hecho una fortuna con el estraperlo y los trapicheos propios de los hombres sin moral que, en tiempos de penuria, se aprovechan de sus congéneres. Mi padre quiso hablar con ella en una ocasión; fue a su casa, pero le cerraron literalmente la puerta en las narices, y no volvió a intentarlo.

Había oscurecido y la plaza del Machete aparecía iluminada por la luz de unas pocas farolas. El lugar se llenaba de gente con el buen tiempo, pero el frío ahuyentaba a los pocos parroquianos de los bares, y ahora estaba

desierta. Antes de despedirse, a Jon se le ocurrió hacer una pregunta.

—¿Pepe Aurra era de Vitoria-Gasteiz?

—No, mi padre y él eran del mismo pueblo, Ozaeta. Vinieron a la ciudad cuando eran jóvenes, pero ambos tenían familia allí. De hecho, yo sigo teniéndola aunque hace mucho que perdí el contacto con ella.

—¿Y quedará allí algún pariente que pueda decirnos algo acerca de él? Tal vez volvió a Ozaeta después de salir del penal.

—Pues no lo sé. Tendréis que ir y preguntar. Os agradecería que me informaseis si averiguáis algo nuevo; me interesaría mucho saberlo. Ah, y si encontráis a alguno de mis parientes, saludadlo de mi parte.

Lo prometieron y bajaron la cuesta de El Resbaladero a paso rápido, deseosos de encontrarse de nuevo en su cálido refugio. Quedaba bastante de la crema de verduras del mediodía, que apuraron acompañándose del rioja hasta terminar lo que restaba de la botella, y se dispusieron a trabajar sobre el caso y a añadir a sus apuntes la información recibida, aunque todo quedó en un amago. Puede que fuera debido al vino, a saberse a salvo, lejos de guerras, cárcel y muerte, o a la historia de amor de aquellos dos seres desafortunados a quienes separaron los acontecimientos de una época que ellos no habían vivido, ni podían siquiera imaginar. Se amaron como si no existiera un mañana, sin proyectos ni promesas, sin exigirse nada salvo una entrega plena que duraría lo que durara su mutua necesidad.

Cogieron el pequeño utilitario de Eburne a primera hora de la mañana siguiente y partieron hacia Ozaeta. Ella tenía una clase por la tarde, pero supusieron que no les llevaría mucho averiguar si aún quedaba vivo algún pariente de Pepe Aurra. En todo caso, siempre podrían volver, se dijeron; la localidad sólo quedaba a veinte minutos de Vitoria-Gasteiz. A Jon se le hacía raro ir de copiloto, pero no era su coche; Miren se había quedado con el suyo aduciendo lo mismo que con lo del piso, que ella también había colaborado a la hora de pagar las facturas y además, añadió, lo necesitaba para ir a trabajar, y él no. El cielo estaba completamente despejado, el frío se metía hasta el tuétano, y La Barrundia mostraba un aspecto esplendoroso. Olvidaron el motivo de su viaje y contemplaron ensimismados los campos aún cubiertos por la nieve que aguardaban su despertar tras el letargo invernal. La sierra de Elgea aparecía completamente blanca, y la luz del sol del mes del lobo

reverberaba en sus alturas provocando reflejos brillantes, como si hubieran aflorado los tesoros ocultos por los gigantes que en tiempos antiguos habitaron sus montes y bosques. Al llegar al pueblo, se dirigieron al primer bar que encontraron y preguntaron por la familia Aurra. La cara del propietario mostraba claramente que no tenía ni idea de a quién se referían, y estaban a punto de salir y preguntar en alguna otra parte cuando un hombre, sentado al extremo de la barra, les indicó que lo siguieran a la calle y les mostró un caserío rodeado de huertas.

—Preguntad por Maritxu Uriarte; su madre era una Aurra.

El hombre volvió a entrar en el bar sin darles tiempo siquiera a agradecerle la ayuda, y ellos se encaminaron a la casa indicada. La mujer mayor de pelo cano que les abrió la puerta se los quedó mirando con curiosidad, a la vez que con guasa, como si esperara que fueran vendedores que venían a ofrecerle algún producto que, desde luego, no pensaba comprar. Su gesto cambió al decirle ellos que intentaban averiguar algo sobre un tal José Aurra Egoña, maestro y natural de Ozaeta, quien, al parecer, se había trasladado a Vitoria en los años treinta.

—¿Para qué queréis saberlo? —preguntó.

Jon sonrió al recordar que su padre siempre decía que los alaveses solían responder a una pregunta con otra y le explicó de manera somera que, en realidad, buscaban a un hombre con los mismos apellidos por motivo de una herencia.

—Era el único hermano de mi madre.

—¿Y qué fue de él?

—¿Y ya qué más da? Hay que dejar en paz a los muertos.

La mujer no los había invitado a entrar en la casa, y les dio la impresión de que les iba a cerrar la puerta en cualquier momento. Edurne tenía los pies helados y pateó el suelo para entrar en calor.

—Hace frío, ¿eh?

—Pues sí...

—¿Queréis entrar?

Instantes después estaban sentados a la mesa de la cocina con un tazón de caldo delante. Su anfitriona revolvió el contenido de un puchero y echó leña al fuego de la cocina económica.

—El marido quería quitar la cocina económica, pero yo me negué. Me gusta el olor a leña quemada, me recuerda a mi infancia.

—Mi madre también tiene una —dijo Jon—, y tampoco quiere quitarla.

Como si una información tan trivial fuera de gran importancia y eliminara barreras, Maritxu esbozó una gran sonrisa y se sentó a su lado.

—Y ahora contadme la verdadera razón de vuestra visita. Lo de la herencia no cuela.

—Pues es cierto —protestó Jon.

—Pero hay algo más...

Le contó lo que, hasta el momento, sabían y le mostró la copia del certificado de nacimiento de Miguel Aurra Zabaleta, de quien no quedaban señales por ninguna parte. El primer motivo de la búsqueda había sido el encargo de encontrarlo, puesto que su clienta no podría recibir su parte de la herencia hasta que no apareciera el otro heredero. No obstante, confesó, su amiga y él se habían sentido personalmente interesados a medida que descubrían retazos de la vida de Amelia, y ésa era la principal razón de su presencia en Ozaeta, saber qué les había ocurrido a ella y a Pepe Aurra.

—Según lo que hemos sabido, los dos se amaban con locura —concluyó.

—No lo amaría lo suficiente si volvió a casarse...

—O sí —añadió Edurne—. Usted ha dicho que Pepe había muerto.

—Imagino que lo estará a estas alturas; ahora tendría noventa o por ahí y en nuestra familia los hombres nunca han llegado a los ochenta... Tienen un corazón débil, de tanto amar —añadió.

—Usted sabe lo que le ocurrió a su tío.

No fue una pregunta, sino una afirmación por parte de Edurne.

—No del todo, sólo una parte.

Definitivamente, Maritxu Uriarte no era habladora. Jon alzó las cejas desalentado y miró a la joven, gesto que no pasó desapercibido a la mujer. Se levantó sin decir nada y desapareció escaleras arriba dejando perpleja a la pareja. Reapareció al poco con una foto en la mano que dejó encima de la mesa y empujó hacia ellos con los dedos. Se trataba de una instantánea antigua en tonos ocre claro y en la que podía verse a un grupo de hombres, mujeres y niños delante de la puerta del mismo caserío en el que se hallaban. Era una estampa bonita de ver, una familia de agricultores alaveses, todos

muy serios, como correspondía al momento, ellos con sus trajes de faena y ellas más acicaladas.

—Yo soy la niña con los lazos en el pelo; ahí tendría siete u ocho años. El hombre que está detrás de mí, con gorra, es mi tío Pepe.

Jon examinó la foto con atención; aquél no era el joven sonriente y aparentemente feliz que aparecía en las otras que había visto. De hecho había que fijarse bien para encontrarle un parecido. El que le miraba desde aquella vieja fotografía era un campesino, un hombre curtido, de mirada grave, incluso triste. Le dio la vuelta de manera instintiva; sólo estaba escrita la fecha de un año: 1944. Así pues, el padre de su amigo Joserra tenía razón; a Pepe Aurra no lo habían paseado; había salido del penal de Santoña con vida, pero ¿por qué no había vuelto a Vitoria en busca de Meli y de su hijo?

—¿Qué pasó después? ¿Se marchó?

—Sí, y le rompió el corazón a su madre. Es la señora mayor que aparece sentada en la foto con mi hermano pequeño en el regazo.

Martixu señaló a una mujer vestida de negro y peinada con un moño hueco, que aparentemente parecía orgullosa de posar para el fotógrafo rodeada de su numerosa familia, si bien era visible la tristeza que velaba su mirada.

—¿Por qué dice que le rompió el corazón?

—Mi abuela sufrió lo indecible mientras él estuvo preso; creyó que no volvería a verlo. Su hijo mayor había sido fusilado, otros dos murieron en el frente, dos sobrinos corrieron la misma suerte, su marido y sus hermanos estaban en la cárcel... Como muchas otras mujeres, se quitó el pan de la boca para dárselo a sus nietos, trabajó en la huerta de sol a sol y soportó con entereza todo tipo de penalidades a la espera de que las cosas cambiaran. Pepe era el más joven de sus hijos, el único varón que le quedaba con vida, y su regreso fue el bálsamo que alivió su tristeza en parte. Cuando él decidió marcharse, supo que no lo vería de nuevo, que su vida nunca sería la que fue, que ya no había esperanza para ella, y su corazón no lo soportó; murió pocos meses después de su marcha. Nadie sabía adónde había ido, así que no se le pudo avisar. Mi madre nunca lo perdonó, y en esta casa no volvió a hablarse de él, hasta hoy.

La mujer se pasó la mano por los labios; la larga parrafada parecía

haberla dejado exhausta.

—¿Sabía la familia que él se había casado y que tenía un hijo? — preguntó Edurne.

—No.

—¿Y no le gustaría conocer a su primo, al hijo de Pepe, si es que logramos dar con su paradero?

—¿Para qué? Tengo parientes un poco por toda Álava, y ni los conozco ni me interesa conocerlos.

Jon hizo un último intento.

—¿Y no hay alguien por aquí que pueda contarnos alguna otra cosa?

—No. El único que queda de los viejos es mi tío Jesús, un hermano de mi padre, y ha perdido la cabeza. Los demás están todos muertos.

Había resquemor en sus palabras y, de alguna manera, daba por concluida la conversación. Le agradecieron las molestias y se despidieron de ella.

—También queda, o quedaba, un primo de padre, Telesforo Uriarte; es sacerdote —añadió la mujer antes de cerrar la puerta.

—¿Y dónde podríamos encontrarlo?

—Ni idea. Lo último que supe de él es que estaba en una residencia de curas en Vitoria.

Hicieron el viaje de regreso en silencio. El sol del mediodía templaba el ambiente, y la nieve comenzaba a derretirse en algunos tramos a ambos lados de la carretera, pero esta vez no prestaron atención a la belleza del paisaje. Ambos tenían la mente puesta en las palabras de la mujer e intentaban imaginar lo que pudo ser la existencia de aquella familia, destrozada de la noche a la mañana. La Historia habla de batallas, de victorias y derrotas, de incontables soldados muertos, de cifras, de conquistas, de genocidas, de pueblos sometidos, de líderes buenos y malos, pero no menciona a las verdaderas víctimas de las guerras, hombres y mujeres, ancianos y niños, represaliados, vapuleados, humillados, obligados a aceptar las imposiciones de los vencedores cuando no asesinados con impunidad. La abuela de Maritxu, una sencilla mujer de un pequeño pueblo rural cuyo nombre no habían llegado a saber, era la viva representación de las miserias de la guerra.

Jon permaneció en el piso durante la tarde mientras Edurne daba su clase y releyó una y otra vez los apuntes tratando de encauzar un asunto que no

había por dónde coger. Cuanta más información recababa, más complicado resultaba y el desaparecido seguía sin aparecer y sin visos de que fuera a hacerlo alguna vez. No había hablado con Elvira desde la vez que se presentó en su domicilio, y mejor, porque no tenía nada nuevo que contarle. Como si existiera una especie de telepatía entre ellos, en ese momento sonó el móvil. Su clienta quería saber cómo iban las pesquisas y le pidió que pasara por su casa porque tenía algo que tal vez ayudaría. Él respondió que en ello seguía, aunque sin novedades dignas de mención. Únicamente los separaban dos calles, así que salió a toda prisa y corrió al portal de General Álava. El portero levantó la cabeza del periódico que estaba leyendo, pero no se molestó en salir de la garita. Intercambiaron un gesto de saludo con la cabeza y él se metió en el ascensor ansioso por saber qué era aquello que la hija de Amelia quería entregarle. Al igual que en la ocasión anterior, la sirvienta lo hizo pasar a la salita de espera; unos segundos después entraba Elvira con un sobre en la mano.

—Estoy poniendo en orden los papeles de mi madre —le informó—, y he encontrado una vieja cartilla de ahorros con pagos sin justificar. Tal vez... También he encontrado... —A Jon le dio la impresión de que la voz de la mujer temblaba— un certificado de buena conducta emitido en 1939 a nombre de mi madre y firmado por el capellán de las carmelitas. Pone que... que estuvo presa durante tres años en el Sagrado Corazón...

Se la veía incómoda, y a Jon le dio un poco de pena.

—No fue la única —dijo por decir algo.

—¿Por qué nunca me habló de ello?

—Quizás quiso olvidar aquella parte de su vida.

—¿Qué has averiguado? —había vuelto a tutearlo.

—¿De verdad quiere usted saberlo?

Ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, y él le habló de una mujer que ella desconocía; de una joven casada con un maestro y madre de un hijo, encarcelada por la delación de una amiga, que compartió encierro con un centenar de mujeres algunas de las cuales, ella entre otras, fueron rapadas y obligadas a barrer la calle Dato, y cinco de las cuales fueron ejecutadas. También le contó que, según doña Fernanda, fue a recoger a su hijo cinco años después de haber sido encerrada y desapareció de la vida de

su familia para siempre, pues, pese a vivir en Vitoria-Gasteiz, las dos hermanas sólo se vieron en una ocasión, en el funeral de la madre de ambas. Omitió, no obstante, hablarle del gran amor que Amelia y Pepe Aurra se profesaron. Pero Elvira quería saber más.

—¿Y qué fue del maestro?

—Aparentemente desapareció. También estuvo preso, pero sus parientes no saben qué fue de él. De todos modos, ella volvió a ser soltera al ser derogada la ley del matrimonio civil —añadió para tranquilizarla por si estaba pensando en la boda de sus padres.

—Pero... según ese certificado, mi madre estuvo en la cár... en el Sagrado Corazón tres años, sin embargo tardó dos más antes de ir a buscar a su hijo... ¿Dónde estuvo durante ese tiempo?

—La verdad, no tengo ni idea.

—Pues habrá que averiguarlo, porque quizás estuvo buscando un lugar donde dejar al niño antes de casarse con mi padre. Se casaron en 1942, o sea tres años después de haber salido de... de las carmelitas. Yo fui una hija tardía —añadió para justificar la diferencia de edad con sus padres.

Estaba claro que le costaba pronunciar la palabra «cárcel».

—¿Puedo preguntarle de dónde era su padre?

—De un pueblo llamado Lezana, en el Valle de Mena, en Burgos. Nunca he estado allí.

—¿Y cómo se conocieron?

—Ahora que lo pienso, no recuerdo haberlos oído hablar nunca acerca de su noviazgo.

—¿Tampoco sabe usted dónde se casaron?

—Pues la verdad es que no. Seguiré buscando entre los papeles de mi madre a ver si encuentro el certificado de matrimonio. ¿Y para qué quieres saberlo?

—Se me ocurre que tal vez doña Amelia se fue a Burgos con su hijo y que allí conoció a su padre...

—Puede, pero sigo sin entender por qué razón nunca me habló del asunto.

—¿Quizás porque tampoco le dijo nada a su padre? Tengo entendido que estaba muy mal visto tener un hijo de soltera en aquella época, y su madre lo estaba a efectos de la Ley.

—Aun así. Aquello pasó hace mucho, mi padre murió, ella podría haberme dicho algo al respecto y ahora no estaríamos aquí hablando de sus asuntos personales. En fin, visto lo que hay, sigue buscando a ver si encuentras a ese supuesto medio hermano que tengo.

Su voz había recuperado el tono distante que Jon conocía, aunque entendió que estaba dispuesta a darle algo más de plazo antes de recurrir a los servicios de la empresa madrileña de la que le había hablado. Tuvo la certeza cuando ella le dio un cheque por mil euros visto que el asunto estaba resultando más complicado de lo que esperaban, según dijo, y que él tendría un extra de gastos para llevar a cabo su investigación. Después le tendió la mano y dio por concluido el encuentro. Jon estaba seguro de que ella habría querido saber más acerca de la relación de su madre con el padre de su hermano, al igual que les pasaba a Edurne y a él, pero no se había atrevido a preguntar.

Hacía un tiempo desangelado y había empezado a llover. Por un instante, pensó en volver al piso, pero cambió de opinión y subió la cuesta de El Resbaladero hasta llegar a los Arquillos. Por suerte, el padre de su amigo estaba en casa y lo recibió como si fueran viejos amigos; le dejó una toalla para que se secara el pelo y le puso en las manos un vaso de tinto.

—¿Cómo va la cosa? —le preguntó.

Le contó su viaje a Ozaeta y lo que habían averiguado acerca de Pepe Aurra, aunque mintió al decirle que la tal Marixu le había dado recuerdos para él. El hombre no tenía ni idea de si eran familia o simplemente coincidían en el apellido, muy común en la zona por otra parte, pero sonrió satisfecho. También le habló del pariente cura que, según ella, vivía o había vivido en una residencia en Vitoria-Gasteiz. Minutos más tarde, ambos salían bien pertrechados con sendos chubasqueros y paraguas y se dirigían a paso ligero hacia la única residencia sacerdotal que Josemari conocía. El conserje les miró extrañado cuando preguntaron por Telesforo Uriarte, pero los acompañó a su habitación, y Jon tuvo la impresión de que le habría gustado quedarse para saber quiénes diablos eran aquellos dos tipos que venían a ver a un anciano inválido que, farfulló, nunca recibía visitas.

Sentado en una silla de ruedas, frente a un escritorio, el sacerdote se hallaba leyendo un libro y mostró la misma extrañeza que el conserje al

verlos aparecer, pero su rostro se iluminó con una sonrisa en cuanto supo que uno de ellos era el hijo de su primo Policarpo.

¿Hace cuánto que espero? Por lo menos una hora, o más. A ver qué quieren ahora... Ésta será otra más, como la última vez, cuando me dijeron que todavía no mostraba suficiente arrepentimiento... ¿Arrepentimiento de qué? No lo sé...

Sólo quedamos la mitad; a las demás ya las han soltado, y ahora nos tratan algo mejor que al principio. Por lo menos, se come mejor.

Ahí sale Avelina; sonrío, eso quiere decir que le dejan irse. ¡Qué suerte! Lo que daría yo por que me dijeran que soy libre para ir a donde me plazca... Tres años desde que me encerraron en este agujero sin motivo; tres años sin una acusación, sin un juicio. Es como si no existiera, como si me hubieran encerrado y después hubieran tirado la llave...

Al menos ahora recibo la visita de mis padres de vez en cuando, pero no tengo nada que decirles, y ellos a mí tampoco, aparte de que Mikeltxo está bien y crece sano. No me conocerá si algún día salgo de aquí; para él seré sólo una extraña. Me he perdido verlo crecer, andar a gatas, ponerse en pie, decir sus primeras palabras...

Calma, Meli, ya sabes que te hace daño pensar en él, y no solucionas nada lamentándote.

Padre está muy desmejorado... No me ha dicho nada de su paso por El Carmen, pero se ve que ha sufrido. Tan escrupuloso como es, ha tenido que pasarlo muy mal, aunque no más que yo, pero, claro, yo soy más joven... ¡Qué miseria de consolación! Si tan sólo me hubieran dicho de qué me acusaban y por qué razón me encerraron..., pero nada.

A Benita no la sueltan... pobre... se le caen las lágrimas... Yo no les daré el gusto de verme llorar; se me secaron los ojos después de lo de Victo. Cuando se llevaron a Eulalia González de Zárate tampoco lloré; sólo me pregunté cuándo sería mi turno...

María sale contenta, me alegro por ella.

Me toca. Ahí están los tres sentados al otro lado de la mesa: el cura, la superiora y ese señor lleno de medallas... ¡Y Concha! ¿Qué hace ella aquí? No había vuelto a verla desde que dejaron de sacarnos a barrer la calle Dato, desde que nos volviera a crecer el pelo. Habrá venido a ver si sigo

viva... Me mira y sonrío. No sé si tengo alucinaciones o qué, pero creo que quiere que yo le devuelva la sonrisa. No tengo ya ganas de sonreír y no sé si volveré a hacerlo algún día...

Sí, me arrepiento de lo que hice.

Sí, sé que estuvo mal aunque no lo sabía entonces.

No, no volveré a ver a mi amante si es que un día aparece de nuevo.

Sí, estoy muy agradecida por cómo me han tratado las buenas religiosas durante todo este tiempo.

No, no guardo ningún rencor a nadie.

Sí, entiendo que todo ha sido por mi bien.

Sí, le doy las gracias a Dios por todas sus bondades.

Sí, haré lo que se me diga.

Siempre las mismas preguntas y siempre las mismas respuestas.

¿Que estoy libre? ¿Que me conceden la libertad condicional? ¿Que «doña» Concha es un alma caritativa y que ha intercedido por mí?

Procura que no te tiemble la mano al firmar el papel, Meli. Es una trampa, seguro que es una trampa. Te meterán en un camión y te sacarán como han hecho con otras. ¿Y qué más da?

Que tengo que ir a servir a la casa de una buena familia de Burgos... ¿De qué hablan? ¿Me dejan salir a cambio de hacer de criada? Y Concha sigue sonriendo, ¿o acaso se está riendo de mí? No entiendo nada. Que coja mi muda porque salgo de inmediato hacia Burgos. No me dejan visitar a mi familia, coger en brazos a mi hijo por primera vez en tres años... Sigo presa. ¡Me dan ganas de decirles que se metan su libertad por donde les quepa!

Calla, Meli. Quién sabe, una vez fuera podrás ponerte en contacto con tus padres, escapar.

Era increíble que un hombre a punto de cumplir un siglo tuviera la mente ágil y tan buena memoria. Ciertamente estaba inválido y bastante sordo, pero su mente era lúcida y todavía tenía vista suficiente para leer, cosa que hacía durante casi todas las horas del día, como bien les explicó. Su habitación era un almacén de libros; los había por todas partes, en las baldas, en la mesa, en el suelo. Jon advirtió que tenía una pequeña radio encima de la mesilla de noche, pero ni rastro de una televisión.

—A mi edad, ya no me interesa demasiado lo que pasa por ahí afuera. Es

más, no quiero saberlo. El mundo es un desastre, y con ese chisme te enteras de inmediato de lo que ocurre en la otra punta del planeta. La verdad, no sé ni cómo estamos todavía vivos —añadió con una sonrisa.

Él y Josemari Uriarte hablaron de la familia largo y tendido, de Ozaeta, de abuelos y tíos, de costumbres y tradiciones. No se conocían, nunca habían coincidido, pero cualquiera que los escuchara creería que habían pasado la vida juntos. Algo impaciente, Jon logró que la conversación girara en torno al tema que los había llevado allí.

—Pepe era más joven que yo —comenzó diciendo don Telesforo—, pero en los pueblos pequeños, y Ozaeta era muy pequeño en aquel entonces, puede decirse que todo el mundo tiene más o menos algún vínculo familiar. En nuestro caso, teníamos los mismos abuelos y nos criamos en el mismo caserío. Luego yo me vine al seminario y lo perdí de vista, pero retomamos el contacto cuando él se hizo maestro y fue destinado a la escuela de El Campillo, aquí también, en Vitoria. Era un hombre alegre, siempre sonriente, que gustaba mucho a las mujeres por su simpatía y buena planta. Luego ocurrió aquello, y ya nada volvió a ser igual. No supe de él hasta que un día me lo encontré por casualidad en la plaza de la Virgen Blanca. Había cambiado tanto que me costó reconocerlo... Quería seguir su camino, pero logré retenerlo y pasamos un par de horas en una cafetería. Prometió que volveríamos a vernos, pero no he vuelto a saber de él desde entonces.

—¿Y qué le dijo?

—¿Qué me dijo? Ha pasado tanto tiempo... Me habló de los años transcurridos en El Dueso, cinco creo que fueron; de la angustia, del miedo, de la muerte de algunos de sus amigos, de su mujer y de su hijo...

—¿De su mujer y de su hijo?

—Sí. No recuerdo sus nombres. Al parecer se casaron por lo civil... En fin —suspiró el sacerdote—, él nunca fue muy religioso. El caso es que había vuelto a buscarlos y no los encontró. No sabía dónde estaban, y la familia de ella tampoco. El hombre estaba desesperado... No podía ejercer de maestro y se ganaba la vida haciendo chapuzas, pero recuerdo claramente que me dijo que iba a buscar a su familia aunque fuera debajo de las piedras. Nunca he visto a alguien tan desesperado —repitió—. Una pena que no volviéramos a vernos... Quizás podría haberlo ayudado de alguna manera, aunque yo

tampoco estaba en muy buena situación...

—¿Por qué? —preguntó su primo.

—Bueno... Algunos curas éramos sospechosos... Durante aquello, a mí me enviaron a un pequeño pueblo de Castilla, una especie de exilio, y, a la vuelta, me asignaron tareas administrativas. En ello estaba cuando me encontré con Pepe.

—Y eso, ¿cuándo fue?

—Deja que piense... pues después de aquello, ya te digo. No sabría decirte exactamente el año; creo que fue el mismo en el que se casó mi hermana Engraci. Josemari, ¿te acuerdas de las morcillas de Ozaeta? ¡Ella hacía las mejores morcillas que he probado nunca!

Los dos parientes volvieron a enfrascarse en el tema familiar, y Jon aguantó estoico evocaciones que le eran ajenas y que no le interesaban en absoluto. Al igual que en la residencia de Armentia, la hora de la cena era sagrada y, poco antes de las ocho de la noche, se despidieron de don Telesforo con la promesa de que volverían a visitarlo, sobre todo su primo. Al ir a marcharse, el anciano sacó del cajón del escritorio un pequeño cuaderno ajado y se lo tendió a Jon.

—Tal vez esto pueda serte de alguna utilidad. Yo ya no lo necesito, me lo sé de memoria.

—¿Qué es?

—Me lo dio Pepe. Me dijo que se lo guardara, que volvería a buscarlo, pero...

Abrió el cuaderno, ya en el vestíbulo de la residencia. En cada hoja estaba escrito un poema.

—¡Mi padre tenía razón! —exclamó Josemari Uriarte muy satisfecho— Pepe escribía poesías. Si no te importa, me gustaría leerlo, pero primero hazlo tú. A ver si puedes encontrar algo que pueda ayudarte a encontrar a su hijo.

Edurne estaba ya en el piso cuando él llegó. Llevaba un jersey y unos vaqueros viejos, y el pelo suelto. Miren jamás se ponía ropa vieja y, al igual que Elvira Rojas pero con otro estilo, daba la impresión de estar siempre preparada para recibir visitas. Así vestida, tenía el aspecto de una veinteañera y estaba tremendamente atractiva. Olvidó que tenía unas cuantas novedades que contarle, la cogió por la cintura y la besó con tanta pasión que hasta él

mismo se sorprendió. Nunca había sido demasiado efusivo, pero con ella se sentía otro y le entró la risa al recordar unas palabras que a su padre le gustaba repetir: «el hombre tiene la edad de su compañera». En efecto, ella era joven y, a su lado, él volvía a serlo.

La lluvia no dejó de caer durante toda la noche, una lluvia persistente de gota gorda. Jon se despertó antes de que amaneciera y no pudo volver a dormirse. Achacó su insomnio a un canalón agujereado que soltaba un chorro de agua que iba a rebotar en el pavimento de la calle, pero él tenía el sueño profundo, y era raro que algún ruido lo desvelara. Permaneció largo rato con los ojos abiertos, escuchando la acompasada respiración de su pareja, aspirando el olor a la colonia «de abuela», una mezcla de lavanda, romero, bergamota y otras hierbas que ella misma elaboraba, y sin moverse para no despertarla. Finalmente, no aguantó más; se levantó procurando no hacer ruido, fue al sofá y encendió el ordenador para pasar a limpio los apuntes de una jornada rica en informaciones. Así pues, Pepe Aurra no había muerto en el penal; regresó a Vitoria en busca de su mujer y de su hijo y no los encontró. Por otra parte, Amelia debió de conocer a Evaristo Rojas en Burgos, o por ahí, pero su hija ignoraba esa parte de la historia. Debía preguntarle por el segundo apellido de su padre, así resultaría más fácil encontrar su rastro... Continuaba desvelado, por lo que se cubrió con la manta escocesa bajo la cual a Edurne le encantaba cobijarse y abrió el cuaderno de poemas que le había entregado Telesforo Uriarte.

No entendía nada de poesía y no recordaba cuándo había sido la última vez que había leído alguna; en el colegio, supuso. Pero lo enganchó el primer verso, la primera estrofa:

*Ignoro si estaré vivo mañana,
si habrá otro amanecer para nosotros,
si algo quedará de lo que fuimos,
si el destino que nos separó
y destruyó nuestras vidas
volverá a unirnos, quizás, un día.*

Leyó los poemas, escritos con una letra compacta, de trazo seguro, desgastada en ocasiones, pero perfectamente legible. Algunos ocupaban una hoja entera, otros sólo unas líneas.

*Búscame,
como busca el ave su nido.
Rotos nuestros sueños,
¿qué nos queda, amor mío?*

Y los leyó de nuevo. Edurne lo encontró a la mañana siguiente, dormido y con el cuaderno sobre su pecho.

No dejaba de llover, y no había ido a visitar a su madre desde que se había trasladado al piso de Postas, ni había vuelto a comer con ella los domingos, si bien la había llamado un par de veces por teléfono. Tenía que devolver el chubasquero y el paraguas prestados, así que decidió hacerlo aquella misma mañana mientras Edurne se enfrascaba en la traducción que le habían encargado.

Josemari Uriarte no estaba en casa, había ido a por perrechicos, le dijo su mujer, y él se alegró. El hombre era un encanto de persona, pero no quería entretenerse, cosa que haría si empezaban a hablar, y pasaría otro día sin ver a su madre. Entró en el quiosco, vacío de gente en aquel momento, con dos vasos de café con leche para llevar que había comprado en una de las cafeterías de la Virgen Blanca, le tendió uno y se sentó a su lado, tras el mostrador, como si acabaran de verse.

—¿Qué tal, hijo? —preguntó Rosa con una sonrisa— ¿Cómo va tu investigación?

—Más lenta de lo que yo quisiera... Muchos cabos sueltos que no acaban de encajar...

—El otro día me acordé de una cosa que no te dije cuando hablamos de Amelia Zabaleta —prosiguió la mujer—. Cuando regresó a Vitoria, ya casada con el otro, su padre había muerto, y ella no quiso tener relación con su madre y con su hermana. Doña Julia no entendía el motivo, no sabía a qué se debía semejante comportamiento y creía que era por el hecho de que entonces ella se había convertido en una mujer muy rica y de que se avergonzaba de tener una madre mercera. Pero, al parecer, había otra razón. Según oí comentar, ya no recuerdo a quién, su marido le había prohibido mantener contacto con su familia y sus amigos de antes de casarse.

—¡Qué imbecilidad!

—Más común de lo que crees, y más en aquel tiempo. Muchas familias se rompieron debido a aquello; padres e hijos, hermanos, primos... dejaron de tratarse, e incluso de hablarse. Un día, encontré a doña Julia hecha un mar de lágrimas con una carta en las manos. Supuse que tenía que ver con Amelia, pero no me atreví a preguntárselo.

—Qué triste...

—Mucho, hijo, mucho. Fueron tiempos muy duros, tiempos de desconfianza, de miedo... A veces, pienso que no acabarán hasta que hayamos desaparecido quienes los vivimos...

—¡Joder, ama, no digas esas cosas!

—Aquí no nos vamos a quedar, aunque algunos se crean inmortales.

Rosa soltó una risita y le palmeó el muslo.

—¿Por qué no has venido a comer estos últimos domingos? —preguntó cambiando de tema.

—Pues... es que...

—¿Estás con otra chica?

Se sintió como cuando era un chaval y llegaba tarde a casa. Dijera lo que dijera, su madre siempre sabía cuándo le estaba diciendo la verdad, así que afirmó con un gesto de cabeza.

—Se llama Edurne...

—¿Y te gusta?

—Mucho.

—Bueno, pues ya me la presentarás algún día...

Iba a responder, pero dos clientes entraron en la tienda, y ella se levantó para atenderlos. Jon le dio un beso en la mejilla y salió a la calle. No cogió el camino a Postas sino que se encaminó hacia La Senda bajo la lluvia, que había amainado un poco. Veinte minutos más tarde estaba sentado en la vieja butaca de la habitación de Fernanda Zabaleta. La visita a su madre le había recordado que no había vuelto a la residencia de Armentia desde que había estado allí en compañía de Edurne, un par de semanas atrás. Se sentía algo culpable, pero la alegría de la anciana lo hizo olvidar su amago de desazón, y más aún cuando observó su interés al contarle lo averiguado desde la última vez que se habían visto. Era una compensación, una especie de justificación por su ausencia.

—Así pues, Pepe no murió...

—¿No lo sabía? El sacerdote del que le he hablado asegura que él le dijo que había estado en la casa de sus padres.

—Habría con mi madre, y ella no me lo contó. No quería hablar de Meli, aunque yo sé lo mucho que sufrió con todo aquello.

—Don Telesforo dijo que él juró que buscaría a su mujer y al niño aunque fuera debajo de las piedras.

—¿Y si se enteró de que Meli se había casado con el otro?

Permanecieron en silencio, cada uno imaginando a su manera cuál podría haber sido la reacción de un hombre perdidamente enamorado que busca a la mujer amada y la encuentra con otro hombre.

—Puede que su hermana todavía no estuviera casada con Evaristo Rojas...

—Pero tuvo que enterarse antes o después.

—Cierto, pero no he llegado a ese punto. Hay una cosa que me gustaría saber, doña Fernanda. ¿Les escribió Meli alguna carta?

La anciana se quedó pensativa durante un rato, y Jon tuvo la impresión de que no intentaba recordar, de que recordaba perfectamente, pero que no esperaba la pregunta.

—Sí, una —respondió al cabo de unos instantes—. Nuestro padre ya había muerto, pero ignorábamos su paradero y no pudimos avisarle. Nos escribió como dos años después.

—¿Y sabe usted lo que decía?

—Que sentía no haber estado presente en el funeral, que lloraba por él y por nosotras tres, que nos quería y que nunca nos olvidaría, pero que no podía volver a vernos. Y lo más terrible de todo, que teníamos que pensar en ella como si también estuviera muerta. Nuestra madre lloró días enteros después de recibir aquella carta. Luego la quemó y sólo hablaba de Meli en pasado, como si en efecto también ella hubiera muerto.

A doña Fernanda se le habían humedecido los ojos.

—¿No decía por qué razón actuaba así?

—No.

—¿Y sabe usted desde dónde la escribió?

—El matasellos era de Burgos.

No volvieron a hablar de Amelia; Jon no quería incidir en el tema, al menos por el momento. Así que le habló de las historias que le contaba Genaro Zipriano, y la sonrisa volvió al rostro de la anciana; lo conocía de cuando jóvenes, dijo, si bien llevaba mucho sin verlo. Ella también se sabía unos cuantos chascarrillos que no venían a cuento en la investigación, pero que le hicieron reír imaginándose una Vitoria totalmente desconocida para él, una ciudad «de provincias», como decían en Madrid en tono despectivo, con sus dimes y diretes, sus pequeños escándalos, sus buenas gentes, sus hablillas y envidias. La monja que venía a buscar a Fernanda para acompañarla al comedor apareció a la una menos cuarto en punto, y tuvieron que dejar la conversación para otro día. Esta vez, sin embargo, Jon no apreció ningún gesto desabrido en la religiosa. Es más, incluso creyó percibir un conato de sonrisa en sus austeras facciones, como si se sintiera complacida de ver feliz a su hospedada.

A la vuelta, se fumó tres cigarrillos seguidos. Estaba dispuesto a dejar de fumar porque Edurne era una antitabaco militante y torcía el gesto cuando él sacaba la cajetilla, pero todavía no. Se prometió dejarlo en cuanto acabara la búsqueda, en cuanto encontrara por fin a Miguel Aurra. Ya no llovía, las nubes se movían raudas, empujadas por el viento, dejando asomar un rayo de sol de vez en cuando, y él se sentía a gusto. Había sido una mañana plena; había visitado a su madre y a doña Fernanda y, sobre todo, se había enterado de que Amelia había escrito una carta con matasellos de Burgos. Esto, unido a lo que le había dicho Elvira, no hacía sino reforzar la idea que le rondaba por la cabeza: tenía que ir al Valle de Mena en busca del rastro de Evaristo, convencido de que, si era capaz de encontrarlo, lo llevaría hasta ella y, quizás, hasta su hijo.

No fue difícil persuadir a su pareja. En tres días comenzarían las vacaciones de Semana Santa; ella ya no tendría clases y esperaba acabar la traducción para entonces. La idea de un viaje juntos resultaba muy atractiva para ambos, aunque sólo fuera a algo más de una hora desde Vitoria-Gasteiz. Recordó el que hizo a la India, solo, y pensó hasta qué punto era absurdo viajar al otro extremo del mundo cuando ni siquiera conocía lo que tenía cerca. Había estado con Miren en París, en Londres, en Roma, en Córcega... lugares ciertamente apasionantes, pero apenas conocía su provincia y las de

los alrededores, aparte de las capitales, y aquéllas habían sido excursiones de ida y vuelta. Fue a ver a don Genaro la víspera de la salida. El hombre continuaba encerrado bajo la atenta vigilancia de Fermina, quien no le permitía poner un pie en la calle mientras no acabara de curarse de la bronquitis, consecuencia de la gripe.

—¡Me tiene mártir! —exclamó, y añadió con humor—: ¡Menos mal que al menos me deja beber un vaso de vino de vez en cuando!

Y, aprovechando su visita, pidió a la mujer que le trajera una botella de su vino favorito y un par de copas para agasajar a su amigo.

—¿Y cómo vas con tu asunto? —preguntó una vez que ella los dejó solos.

De nuevo, e iba ya la cuarta en una semana, Jon explicó el alcance de sus pesquisas, que, aun resultando muy interesantes, no aportaban mucho a la finalidad de su búsqueda.

—Estamos en punto muerto —concluyó—. Sabemos que Pepe estaba vivo después de la guerra y que Amelia debía hallarse en algún lugar de Burgos cuando escribió a su madre, y poco más. Nos vamos mañana a la zona de las Merindades, a ver si logramos averiguar algo acerca de Evaristo Rojas.

—Conocí a un tipo que era de por allí, no sé exactamente de dónde, pero sí que era del Valle de Mena. Se apellidaba Zaballa. Un buen hombre, carpintero, muy trabajador; hizo algunos de los muebles que ves aquí. Al parecer, su madre era viuda y se vino a Vitoria cuando la cosa se puso fea; llegó con cuatro hijos, y él era el más pequeño. Me dijo que amaba su tierra de acogida, pero que volvería al pueblo de sus padres en cuanto se jubilara; tenía algo pendiente que quería resolver antes de que fuera demasiado tarde. Si acaso está todavía por allí, pregunta por Eugenio Zaballa y dale recuerdos de mi parte. Por cierto, he andado ojeando en mis papeles...

Don Genaro se levantó con cierta dificultad, revolvió entre un montón de carpetas que se apilaban en un rincón de su salón biblioteca y volvió a la butaca con una en la mano; se sentó fatigado, como si en lugar de haber dado diez pasos hubiera hecho una larga travesía, y le tendió la carpeta. En su interior había un buen número de recortes viejos de periódico.

—Me dio por recortar los «ecos de sociedad» durante algún tiempo —

dijo todavía jadeante—, pero dejé de hacerlo hace mucho. Noticias de bodas, bautizos, presentaciones de jovencitas en el Círculo Vitoriano, eventos, funerales, homenajes... ¿y a quién le importan ahora? En su momento, quizás, tenían cierto interés, pero hace mucho que me di cuenta de lo efímera que es la vida y de lo rápido que somos olvidados una vez que estamos muertos. En fin, soy hombre de guardar... hay un montón como ésa. Las he estado revisando estos días. Fíjate en el primer recorte, el que he marcado con una aspa en rojo.

Se trataba de una esquela.



Todas las misas que se celebrarán hoy, día 7 de Septiembre, de nueve a doce, en la catedral de Santa María (capilla de Santiago) y en la iglesia de San Miguel Arcángel (altar Mayor), serán aplicadas en sufragio del alma de

**Don Evaristo Rojas Rojas
que falleció ayer, 6 de septiembre de 1956,
en la ciudad de Vitoria
habiendo recibido los Santos Sacramentos
y la Bendición Apostólica
(E. P. D.)**

Sus desconsolados esposa Amelia Zabaleta Gómez de Segura, hija Elvira, hermanos y hermanas políticos (presentes y ausentes), sobrinos, primos y demás parientes, y el Consejo de Administración y empleados de la empresa **Rojas y Rojas S. L.**, al recordar a sus amigos y conocidos tan sensible pérdida, suplican lo tengan presente en sus oraciones y se sirvan asistir a alguna de dichas misas, por lo que les quedarán agradecidos.

No se invita particularmente

Jon sonrió. Gracias a don Genaro sabía ahora la fecha del fallecimiento del marido de Amelia y, más importante, su segundo apellido. No tendría por tanto que llamar a Elvira, lo cual era ciertamente un alivio.

—Se habló de él entonces como siempre se suele hacer en estos casos — prosiguió el hombre—. Ya sabes..., que si era un ciudadano ilustre, que si la ciudad le debía mucho, que si era una enorme pérdida... Y a quien tenía una opinión diferente más le valía cerrar la boca, pues los poderosos se apoyan aun después de muertos.

—¿Y usted? ¿Tenía una opinión diferente acerca de él?

—¡Por supuesto! Yo, y muchos otros también. El tipo era un malnacido, un hideputa, como se decía en tiempos antiguos. Según se supo, había matado, o ayudado a matar, a vecinos de su pueblo de cuyos bienes se apropió y luego vendió. Después marchó a Burgos capital a hacer fortuna, cosa que debió de salirle bien porque cuando llegó a Vitoria estaba montado en el dólar, bueno, en la peseta... o sea, que no llegó con lo puesto como muchos otros que tuvieron que abandonar sus casas debido al hambre y al miedo. Una vez aquí tampoco tuvo problemas; la chatarra hizo muy ricos a algunos, pocos, porque resultaba difícil conseguir los permisos necesarios para montar el negocio. Él no encontró pegas, tenía buenas aldabas. No sólo se dedicó a la chatarra; también montó una panificadora, especuló con propiedades expropiadas por la fuerza y, peor aún, se dedicó a abonar contribuciones, impagadas por ignorancia o por simple dejadez, y se quedó con un buen número de caseríos y tierras en la zona de la Montaña Alavesa. Fue un tipo sin escrúpulos, como muchos otros, que se enriqueció a costa del pueblo. Nunca entendí cómo una mujer como Meli pudo casarse con semejante personaje...

—¿Se casaron aquí o ya llegaron casados?

—Llegaron casados, que yo sepa.

—Así que tuvieron que encontrarse en Burgos...

—Probablemente, aunque tampoco sé qué hacía ella en aquel lugar.

—Tal vez buscaba a Pepe Aurra.

—Pues como no fuera en el penal... Hubo muchos hombres de aquí presos en Burgos; algunos nunca volvieron, un hermano de mi madre por ejem...

Un fuerte ataque de tos interrumpió la explicación, y Fermina apareció al instante; miró a Jon, y éste tuvo claro que había llegado el momento de marcharse, antes de que ella lo echara de malas maneras, pues ya le había advertido al llegar de que no debía fatigar al anciano.

—Tengo que irme, pero volveré a verlo después de Semana Santa y le contaré lo que haya averiguado en el Valle de Mena.

—¡A ver si todavía estoy aquí! —respondió don Genaro con humor antes de verse sacudido de nuevo por la tos.

Bueno, al menos éste no es un camión de sacas, espero. Aquí sólo hay patatas... Aunque vete tú a saber... Lo mismo el tipo que conduce para en un descampado, me viola y luego me mata... Pero ¿quién va a querer violarme con la pinta que tengo? ¿Quién va a querer hacerle algo así a un saco de huesos sin depilar? Tengo un aspecto horrible; parezco cuarenta años más vieja... ¿Por qué algunos hombres se creen más hombres si violan a una mujer?

También podría tirarme en una curva; el conductor ni se enteraría con el ruido del motor...

¿Y si me rompo una pierna, y me pillan?

Aguanta, Meli. Lo has hecho durante tres años, bien puedes hacerlo unas horas más. Siempre tendrás tiempo de acabar con tu vida si las cosas se ponen aún más feas.

¿Dónde estás? ¿Por qué no sé nada de ti desde que te marchaste? Puede que estés en alguna cárcel o muerto, como tantísimos otros que nunca aparecerán... Me duele el alma con sólo pensarlo. ¿Te acuerdas de que un día me dijiste que haríamos un viaje solos los dos, que iríamos a París o a Roma? Pues aquí estoy, viajando en un camión de patatas para ir a servir a unos desconocidos que vete tú a saber cómo me tratan...

¿Cómo era aquello que me decías? «Nunca te dejaré, nunca me separaré de ti porque tú eres mi otra mitad, la mejor». Entonces, ¿por qué te fuiste? Tú también eres mi otra mitad, y sin ti no estoy completa, es como si me faltara un brazo, una pierna, el corazón.

¿Cuándo volveré a tener a nuestro niño en mis brazos? Tal vez dentro de mucho tiempo y, entonces, ¿qué le diré? ¿Que su padre nos dejó y que a mí me metieron presa como si fuera una delincuente?

No estás muerto, no puedes estarlo, y te buscaré cuando todo esto acabe, cuando en verdad sea libre. A cada momento me alejo más y más de mi familia, de mis amigos, de la tierra que amo, de ti...

¿Y si no volvemos a encontrarnos?

¿Y si el destino nos niega una nueva oportunidad de ser felices?

Temprano por la mañana, el jueves de la Semana Santa, la pareja se montó en el utilitario y tomó la carretera en dirección a Amurrio, de allí a Artziniega y, seguido, hasta Villasana de Mena. A partir de este punto, se perdieron por carreteras vecinales que los llevaron a parajes de extraordinaria belleza que no esperaban encontrar. Pese al frío reinante, el cielo estaba limpio, y el sol iluminaba un valle de montañas y colinas, de prados y bosques, pequeñas poblaciones inmunes al paso del tiempo. Pensaban quedarse por allí durante todo el fin de semana, y Jon iba anotando los sitios que más les llamaban la atención, a fin de regresar a visitarlos con tranquilidad en cuanto hubieran encontrado un hotel o una casa rural donde hospedarse. Edurne, por su parte, intentaba divisar a alguna persona que pudiera indicarles el camino a seguir, algo que estaba resultando imposible puesto que no vieron un alma durante kilómetros. Se reía de su amiga Puri, que siempre andaba con su GPS a vueltas; a ella le molestaba estar escuchando una voz artificial mientras conducía, pero estaba claro que tendría que hacerse con uno para la próxima vez. Por fin, atisbaron una torre de importantes dimensiones, que se alzaba arrogante en medio de una pequeña localidad y, poco después, el cartel de carretera que los informaba de que habían llegado al lugar que buscaban. Se bajaron del coche y contemplaron la torre sin saber muy bien qué otra cosa hacer, puesto que no se veía a nadie por los alrededores.

—Es de propiedad privada, pero se puede visitar con el permiso del dueño, aunque no vive en Lezana, y hay que concertar la visita por teléfono.

Ni siquiera se habían dado cuenta de la presencia de la mujer que, a pocos pasos de ellos, los contemplaba con una sonrisa; parecía acostumbrada a abordar a los visitantes despistados, como ellos.

—Buenos días —la saludó Edurne—. ¿No habrá por aquí un bar donde poder tomarse un café?

—Hay dos, pero podéis tomarlo en mi casa si queréis. No recibimos muchas visitas...

—No quisiéramos molestar...

—¿De dónde venís?

—De Vitoria-Gasteiz, y hemos tardado más de lo previsto porque nos hemos perdido.

—¿De Vitoria? ¡Yo también soy de Vitoria! No se hable más, y venid conmigo.

Al rato estaban en la acogedora sala-cocina de la mujer, que dijo llamarse Celia, con sendos tazones de café con leche y un plato de sobaos delante. Antes de que pudieran preguntarle nada, les contó que era vitoriana hasta la médula, pero que su marido era originario de Lezana y que, al jubilarse, había decidido establecerse en el pueblo. Sin embargo los hijos, nueras y nietos se habían quedado en la ciudad, aunque ellos iban a menudo a verlos, sobre todo en invierno porque el lugar se quedaba bastante vacío. En verano se animaba un poco, ya que volvían muchos que trabajaban sobre todo en Álava y en Bizkaia. La mujer no les dejó meter baza durante un buen rato hasta que, al final, cuando ya se le había acabado el discurso, les preguntó si estaban de vacaciones.

—Intentamos saber algo de un tal Evaristo Rojas Rojas, quien al parecer nació aquí.

—No conozco a nadie con esos dos apellidos iguales. Conozco a un Ruiz Ruiz, pero no a un Rojas Rojas. Qué curioso eso de la repetición, ¿verdad? Probablemente sus padres eran primos; se da mucho en los pueblos.

Celia pasó revista a todos los habitantes del pueblo y también del Valle, e incluso a su propia familia. Jon dirigía a Edurne miradas de súplica para que pusiera una excusa a fin de salir de allí, pero la joven no se inmutaba; es más, parecía disfrutar y hacía preguntas que provocaban aún más la verborrea de la mujer. Por suerte para él, apareció el marido, Enio, un hombre de cabello cano y agradables modales, quien, tras las presentaciones de rigor, lo invitó a ver los dos ejemplares de vaca mochina que tenía en el establo y de las cuales estaba muy orgulloso. No le interesaban las vacas, pero menos el parloteo inútil de su anfitriona, así que no se lo hizo repetir y salió rápidamente. Los animales tenían en efecto muy buena planta, si bien él no tenía interés alguno en las explicaciones que escuchaba acerca de la lamentable disminución de ganaderos y agricultores en el Valle, hasta que el hombre dijo algo que encendió una señal en su cerebro:

—Antes de aquello, casi todos los meneses se dedicaban al campo y a los animales.

«Aquello» era la palabra clave. Su madre, Fernanda, don Genaro... todos

se referían a «aquello» como si quisieran ahuyentar el fantasma que los había acosado durante dos generaciones.

—¿También aquí llegó la guerra? —preguntó.

El hombre lo asió por un brazo y lo llevó a lo que había sido un antiguo horno de pan que todavía conservaba su estructura de pequeña cabaña de piedra. Una vez allí, lo invitó a sentarse sobre un banco, también de piedra, adosado al muro; sacó del bolsillo de su chamarra un saquito de tabaco y una cajetilla de papel de fumar y empezó a liar un cigarrillo, momento que Jon, agradecido, aprovechó para encender uno de los suyos.

—Sí, también llegó aquí, pero no como en otras zonas —comenzó diciendo, tras aspirar una larga calada de su pitillo—. En Lezana había en torno a cien habitantes, quizás menos, la mayoría unidos por lazos familiares. Algunos no se hablaban por asuntos de herencias y tierras, lo habitual en los pueblos pequeños, pero la cosa tampoco iba más allá de unas riñas y algún enfrentamiento de vez en cuando. Un año después de empezar aquello, se corrió el rumor de que iba a haber sacas en revancha por la quema de las iglesias y ermitas, cosa que desgraciadamente ocurrió en muchos lugares del Valle, y también por la muerte de algunos de los suyos. Pero no aquí; aquí no ocurrió nada. Nadie mató a nadie, ni se quemó la iglesia. Sin embargo, el miedo es libre y algunos laneros que tenían parientes en el otro lado decidieron marchar hacia Santander, mi familia entre otras.

—¿Laneros?

—Así es como llaman a los de Lezana.

El pitillo se había apagado, y Enio volvió a encenderlo con bastante parsimonia, como si estuviera meditando lo que iba a decir a continuación; dio una calada y continuó.

—El caso es que los laneros que huyeron se refugiaron en Arredondo, ya en Cantabria, y allí los pillaron los miembros de la centuria menesa, toda gente del Valle que los conocía muy bien. Mataron a unos cuantos, niños también, y a mi padre entre otros. Mi madre, mis hermanos y yo, que era un recién nacido, estábamos escondidos en un establo a las afueras, y no nos vieron. Permanecimos en aquel pueblo, adonde nunca he vuelto, hasta que aquello acabó, y luego nos fuimos a Amurrio, y más tarde a Vitoria. En fin.

—¿Te suena el apellido Rojas? —preguntó Jon muy impresionado por el

drama que acababa de escuchar.

—Mi madre se apellidaba así. No es tan común como otros; Ortiz, por ejemplo. Esa torre que ves ahí era de un Ortiz de Velasco que, con toda seguridad, dejó muchos hijos por aquí, y no todos legítimos —rió Enio.

—¿Evaristo Rojas Rojas?

El hombre se tomó su tiempo para liar un nuevo pitillo, visto que el otro se había consumido sin apenas haberlo fumado.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Por un asunto de herencias. Soy investigador privado.

Le explicó brevemente el asunto y la razón por la que buscaba al hijo de la mujer de Evaristo.

—Era uno de ellos y también un hermano de mi madre —dijo Enio tras un momento de silencio, como si le costara un gran esfuerzo—. Ya te he dicho que los de la centuria eran todos vecinos del Valle. Más tarde supimos que se había quedado con nuestra casa y con las tierras, que vendió, y se fue a la capital, donde hizo fortuna.

—¿Sabías que él también vivió en Vitoria-Gasteiz?

—Sí, pero nunca lo vi.

—¿No?

—No. Lo evité. Si lo hubiera visto en alguna parte, lo habría matado allí mismo, como hizo él con mi padre.

No había mucha más información que sonsacarle. A fin de cuentas, conocía la historia por su madre y su hermana mayor, y estaba claro que no se sentía cómodo hablando de aquel tipo que había asesinado a, por lo menos, un miembro de su propia familia.

Era la hora de comer y el matrimonio los invitó a compartir su mesa, pero sólo hablaron de la ciudad que les era común, de la sana vida que llevaban en aquel rincón apartado de las autopistas y de las vacas moquinas. Les recomendaron un hotel en Villasana y se despidieron de ellos a media tarde. Al pedirle a Enio su número de teléfono por si tenía alguna consulta que hacerle, Jon se quedó perplejo.

—¿Eugenio Zaballa? ¿No serás el carpintero?

—¿Cómo lo sabes?

—Don Genaro Zipriano me habló de ti y me dijo que te diera recuerdos

de su parte.

—Ah, el bueno de Genaro... maja gente. ¿Cómo está?

—Mayor.

—Pues dale también un fuerte abrazo de mi parte.

—¿Y tú? ¿Has resuelto lo que viniste a hacer?

—Sí. Compré de nuevo la casa y las tierras de mi familia, y —el hombre soltó una carcajada— me cercioré de que todos aquellos bastardos estaban ya bien muertos.

El sol de finales de marzo iluminaba la torre de los Velasco cuando por fin partieron tras prometer que volverían a visitarlos. Ambos iban en silencio; ella procurando seguir las indicaciones de Celia para no perderse de nuevo, y él intentando imaginar una guerra en un paraje tan apacible. Le costaba entender la sinrazón que lleva a asesinar a otros seres humanos, sean quienes sean, piensen lo que piensen. Y no podía quitarse de la cabeza lo que había asegurado Zaballa con tanta tranquilidad, que habría matado a su propio tío de habérselo encontrado cara a cara. Él no sería capaz de hacerlo, aunque también era cierto que nunca había vivido una situación semejante y no podía por tanto saber cuál sería su reacción llegado el momento. Dejó de pensar al entrar en el hotel; estaban cansados, cenaron, se metieron en la cama y al día siguiente se dedicaron a visitar el Valle de Mena hasta el anochecer.

De vez en cuando se encontraban con alguien y se detenían a hablar del tiempo, de una ermita, de una torre. Jon aprovechaba entonces la ocasión para insinuar algo sobre «aquello», pero si era joven no tenía idea, y, si era una persona mayor, esquivaba el tema. De nuevo en la habitación del hotel, se amaron como si estuvieran solos en el mundo, sin condiciones ni promesas, sin pensar en el mañana, sin declararse un amor que ninguno de los dos estaba todavía seguro de sentir. Durmieron envueltos en el silencio de los hermosos parajes devastados por las guerras a lo largo de su historia, camino de peregrinos, tierra de emigrantes en busca de una vida mejor, en los que las yeguas habían ocupado el lugar de las ovejas, y que ahora se había convertido en un paraíso para veraneantes y amantes de la Naturaleza.

Al día siguiente, decidieron continuar su periplo por Las Merindades y llegar hasta Espinosa de los Monteros, donde Edurne tenía una amiga de la Universidad, Olalla Ortiz. Los gritos de sorpresa de la una, las risas y abrazos

de ambas al encontrarse, hicieron sonreír a Jon. A él también le gustaría poder expresarse con tanta efusión, pero un abrazo o un palmoteo en la espalda era todo lo que se le ocurría cuando topaba con algún amigo a quien no había visto en mucho tiempo. Olalla se empeñó en llevarlos a conocer la villa, mostrándoles torres, palacios y casonas en número excepcional para una localidad de dos mil habitantes. Y no sólo eso; asimismo les dio una extraordinaria clase de historia. Cántabros, romanos, visigodos, árabes, navarros, castellanos, franceses... guerras, victorias, derrotas, repoblaciones... pasaron ante sus ojos a través de su improvisada guía.

—Es que soy una enamorada de mi pueblo —respondió a un comentario de Jon sobre lo mucho que sabía.

Él no podría enseñarle Vitoria-Gasteiz de la misma manera, ya que apenas conocía su historia; sólo cuatro cosas, como todo el mundo. Las clases en el colegio y en el instituto siempre le habían parecido muy aburridas, nombres, fechas, batallas que no había manera de retener en la memoria, pero resultaba muy atractiva contada con tanto entusiasmo, y se prometió aprender algo más acerca de su ciudad.

Por supuesto, tuvieron que quedarse a comer.

—¡De eso nada! —exclamó Olalla cuando le ofrecieron invitarla en algún restaurante o fonda de la localidad—. ¡Vais a comer las mejores alubias con morcilla que hayáis probado nunca!

No sólo fueron alubias con morcilla, también truchas a la espinosiega, chuletón con patatas, queso y membrillo, hojaldres y una quesada que se derretía en el paladar. Y no estuvieron solos. La casa, una antigua casona restaurada, se llenó de parientes y amigos que venían a celebrar el centenario de la abuela Cándida, quien sólo comió las alubias, su plato preferido, y un trozo de quesada; la carne la dejó para los que tenían dientes, dijo mostrando una dentadura a la que le faltaban varias piezas. Edurne se sentó entre su amiga y la madre de ésta, en una mesa para más de veinte comensales colocada en un patio cerrado donde unos leños ardían en una gran chimenea. A Jon le tocó en el otro extremo, junto a un hombre enjuto y poco hablador que sólo respondía con monosílabos cada vez que se dirigía a él, así que optó por limitarse a disfrutar de la comida y a escuchar las conversaciones de sus vecinos de mesa. Le picaba la curiosidad; todas aquellas personas, en especial

las mayores, tenían que saber algo de lo ocurrido durante la guerra, seguro. Pero no se atrevió a preguntar; era un invitado, y no habría sido cortés tocar un tema tan peliagudo durante la fiesta de cumpleaños de la matriarca de la familia.

—Dice Olalla que hables del tema de la guerra con Agustino, el hombre que tenías sentado a tu lado durante la comida —le dijo Edurne cuando algunos invitados empezaban a despedirse, mientras que los que se quedaban se sentaban alrededor de la enorme chimenea para continuar charlando y, de paso, catar un licor que a Jon le recordó al pacharán de toda la vida.

—Ya he intentado hablar con él, pero no hay manera.

—Es porque está sordo.

—¿Y cómo vamos a entendernos si está sordo?

—Dice Olalla que le hables al oído izquierdo, que todavía oye algo por ése. A ti no te oía porque estabas a su derecha.

No las tenía todas consigo, pero, no obstante, se aproximó al tal Agustino, un hombre mayor, aunque de edad indeterminada, y se sentó a su lado, teniendo buen cuidado de situarse a la izquierda.

—Está bueno este licor —le dijo acercando la boca a su oído.

El hombre le miró sorprendido y, a continuación, esbozó una amplia sonrisa.

—Lo hago yo —respondió muy orgulloso—; cultivo mis propias endrinas en una pequeña parcela que tengo a las afueras del pueblo. También cultivo hortalizas, en cada época las que corresponden, que eso de comer tomates en febrero no es normal. ¿Se ha fijado usted en que son todos iguales? Mismo tamaño, misma forma... como de fábrica.

Pasó luego a hablarle del mejor momento para la siembra, del tipo de tierra, del abono. Jon aguantaba asintiendo con la cabeza como si el tema le interesara, cuando no era así. Él era un urbanita, amante del asfalto más que del campo, aunque a Miren sí le gustaban las plantas y tenían la casa llena de tiestos y jardineras por todas partes. Fue una de las cosas que no echó en falta cuando se separaron. No sabía cómo entrar en el tema que le interesaba hasta que se le ocurrió una pregunta.

—Con tanto como sabe de plantas, no pasaría hambre durante la guerra, ¿verdad?

—No. Yo estaba en la capital, adonde me llevó un tío cura. Era un crío de pantalón corto y mis padres creyeron que me llevaba para aprender números y letras. ¡Lo mismo se imaginaron que iba acabar de canónigo de la catedral! —Agustino soltó una risita—. Pero no, me puso de aprendiz de jardinero en una casa rica y se olvidó de mí. Al principio lo pasé muy mal, pero luego me acostumbré y, además, allí nunca faltaba comida, lo cual era de agradecer cuando casi todo el mundo necesitaba la cartilla de racionamiento. Malos tiempos aquéllos... —concluyó pensativo antes de proseguir—. Aquí mataron a unos cuantos vecinos, así sin más. Hace poco han encontrado una fosa, aunque todo el mundo sabía que los restos estaban ahí, y los familiares les llevaban flores. Fíjese usted si lo sabrían que nadie pisaba la parcela donde estaban enterrados, y muchos tiraban piedras.

—¿Tiraban piedras?

—Sí, para que no creciera la hierba, y no se llevaran allí a las ovejas. Una pena, ya le digo, sobre todo la mujer embarazada a la que fusilaron porque su marido se había escapado del penal. ¿Y qué culpa tenían de eso la pobre Amelia y su hijo no nacido?

A Jon le dio un vuelco el corazón.

—¿Amelia?

—Sí, se llamaba así. Es curioso, en la casa de Burgos había una criada con el mismo nombre, una chica extraña que no decía una palabra. Oí decir a la cocinera que era una presa en libertad condicional, una de las que llamaban «caídas», ya sabe usted, una mujer de mala vida. Nunca supe de dónde era, pero sí que no era burgalesa. La dejaban salir unas horas por la tarde, un domingo al mes. Una vez la seguí, por curiosidad, yo tampoco conocía a nadie —añadió como disculpándose—, y la vi sentarse en un banco en la plaza de la catedral. Allí estuvo, sentada, sin moverse hasta que se levantó para volver a la casa. También la seguí otra vez y, entonces, me atreví a acercarme a ella y a sentarme a su lado. No hablaba mucho, ya le digo a usted, pero me preguntó si sabía dónde estaba el penal. Supongo que tendría allí a algún familiar encerrado... En mi familia, por suerte, no hubo muertos ni presos por ninguna de las dos partes, algo poco habitual porque no se sabe hasta dónde pueden llegar las cosas cuando algo así ocurre. La gente pierde la cabeza y además...

Agustino, quien había resultado ser muy locuaz, continuó hablando de los males de la guerra, de venganzas, reyertas vecinales, envidias, miserias; de quienes siempre sacaban provecho en aguas revueltas y se beneficiaban de la situación. Jon ya no lo escuchaba; intentaba pensar. Aquella Amelia a la que el hombre se había referido no podía ser otra que la «suya», o tal vez no, pero era mucha casualidad que fuera una expresa y que no fuera de Burgos. ¿Y a quién quería visitar en el penal? ¿A Pepe Aurra? No era posible. Él había estado preso en Santoña y luego había salido, lo sabía por Josemari y Maritxu Uriarte, y por don Telesforo. Y en todo caso, si lo habían vuelto a coger, ¿cómo habría podido enterarse ella de que estaba allí?

—Y de la familia con quien estuvo usted, ¿queda alguien vivo? — preguntó interrumpiendo el monólogo del hombre.

—No. Eran el matrimonio y un hijo, y los tres murieron. El hijo en el frente, y ellos en un accidente de coche, un par de años después de acabar la guerra. La casa se vendió, y los del servicio nos quedamos en la calle. Yo tenía ya dieciocho y me volví a Espinosa. No he vuelto a salir de aquí desde entonces, ni pienso hacerlo.

—¿Y Amelia?

—No lo sé; fue despedida como todos nosotros. Supongo que también volvería a su pueblo. Después de aquello, las cosas se fueron tranquilizando poco a poco. ¡Y qué remedio! El país estaba hecho un desastre, y había que volver a ponerlo en pie.

—A lo mejor se echó novio en Burgos y se casó — insistió.

—Todo pudo ser... Había un hombre que venía a menudo a la casa, un amigo de los señores a quien ellos parecían tener en mucho aprecio. Siempre la andaba rondando, aunque no creo que fuera para hacerla su novia, en todo caso su amante. Ellos hacían lo que querían con las mujeres de los otros, ¡y a ver quién era el guapo que se atrevía a plantarles cara! A mí me parecía un tipo muy desagradable, dando órdenes como si fuera él el amo y tratándonos peor que a los perros. Me acuerdo bien de él porque en una ocasión me soltó una bofetada por no haberme quitado la gorra cuando vino a por unas flores al invernadero. Son cosas que uno no olvida...

Olalla insistió en que se quedaran a dormir en la casona aquella noche. Tendrían que buscar un alojamiento de todos modos, así que aceptaron, si

bien cada uno ocupó una habitación distinta. Su madre no veía con buenos ojos que una pareja soltera se acostara en la misma cama bajo su techo, les susurró la joven con una sonrisa cómplice. No les importó demasiado. Edurne y su amiga tenían mucho que contarse y no se retiraron hasta casi la madrugada, y a Jon le bullía la cabeza debido a las copas de licor de endrinas que había bebido en compañía de su confidente y a la información que había recibido por parte de éste. Se quedó dormido nada más acostarse. Al levantarse, se encontró con un desayuno de chocolate con churros que, según le informaron, era tradicional en aquella casa el Domingo de Pascua, antes de ir a la misa mayor. A Edurne le entró la risa al ver la cara de susto que ponía ante la posibilidad de que también los invitaran a acudir a la iglesia, y se apresuró a comunicarles que debían salir cuanto antes porque su familia los esperaba para comer.

—Necesito ir a Burgos hoy mismo —le dijo Jon ya en el coche.

—¿Para qué?

Brevemente, le contó su conversación de la víspera y le aseguró que casi estaba seguro de poder encontrar la pista de Amelia Zabaleta en aquella ciudad.

—Pero hoy es domingo y mañana también es fiesta. ¿Qué vas a hacer allí? Estará todo cerrado... Además mis padres nos esperan.

Tenía razón, y regresaron a Vitoria-Gasteiz. Habían, en efecto, quedado con la familia de Edurne y fueron directamente a su casa sin pasar por el piso. A él no le apetecía en absoluto; era una especie de compromiso, y no quería comprometerse, al menos por el momento. Su experiencia con los padres de Miren había sido desastrosa desde el primer día. Para ellos él era un mal partido, un hombre sin preparación y sin futuro, poca cosa para una hija con carrera y un buen puesto en la Administración. No dejaban de decirlo, o al menos de insinuarlo, cada vez que se veían; insistían en saber en qué estaba trabajando, si no tenía alguna otra perspectiva que la de andar husmeando en las vidas privadas de personas a quien no conocía... Llegó un momento, cuando su relación empezaba a deteriorarse, en que optó por no acudir a aquellos obligados encuentros de los que siempre salía irritado. Pero Edurne no le dio opción; simplemente le informó de que iban a comer con sus padres y sus dos hermanos, y él no supo negarse.

Lo recibieron como a uno más, no le hicieron preguntas inquisitivas, tampoco se mostraron demasiado solícitos y, al poco de llegar, se sentía como si los conociera de toda la vida. Por si fuera poco, también estaba allí la tía Felisa, quien parecía más despierta que de costumbre. La comida, croquetas variadas, jamón del bueno, *foie gras* y langostinos con mayonesa, seguidos de un tierno cordero asado con lechuga fresca y, después, una compota de frutas al vino tinto y canela, resultó un banquete digno de un restaurante de no de una, sino de tres estrellas Michelin, como aseguró el padre de Edurne dirigiendo una mirada de cariño a su mujer. Jon sintió envidia de ellos por seguir queriéndose así después de tantos años. Felisa, por su parte, achispada por el vino blanco que no dejaba de beber a sorbitos, no paraba de hablar y de recordar tiempos pasados y anécdotas de Vitoria, como la de aquel conocido vitoriano que estaba casado y tenía una amante a la que dejó y que lo esperó un día en La Florida con una pistola.

—Ella le disparó un tiro, pero no le dio, y él salió corriendo. Luego dijo por ahí que el segundo disparo lo había escuchado en París.

Fueron muchas y variadas las historias, algunas subidas de tono, las que les contó provocando las risas de todos.

—Don Evaristo también iba a locales de alterne —continuó animada por la buena acogida que recibían sus palabras—. Decía que iba a la Adoración Nocturna, pero, en realidad, visitaba a una querida que tenía entonces, una andaluza a la que llamaban «la pechugona» y que vivía en la Nueva Dentro. Solía volver a casa bastante bebido y con marcas de carmín en la cara. Un día le abrí yo la puerta, y llevaba puesto un ligero en lugar de la corbata.

—¿Y qué decía doña Amelia? —preguntó Jon dispuesto a no dejar pasar la oportunidad.

—¿Doña Meli? No decía nada; le daba igual. No dormían juntos desde hacía tiempo.

—¿Y por qué seguía con él?

—¡Hombre! ¿A dónde iba a ir si no? No existía el divorcio, y una mujer que abandonaba al marido lo tenía crudo. De todos modos, no le vino mal porque él murió de una enfermedad de ésas, ya sabes, de las que se cogen por andar en malas compañías, aunque se dijo que había sido un ataque al corazón, y la dejó por fin tranquila.

—¿No quería a su marido?

—Claro que no. ¿Quién iba a querer a un puerco que se había hecho rico robando y aprovechándose de los demás?

—¿Y por qué se casó con él?

—Mire, eso es un misterio. Nunca me lo dijo. De hecho, casi nunca decía nada.

—¿Alguien quiere jugar una partidita de cartas?

La pregunta de la madre de Edurne interrumpió la conversación, y ya no hubo manera de retomarla para decepción de Jon, que esperaba aprovechar la buena disposición de la anciana y sonsacarle todo lo que pudiera. Al rato estaba jugando al julepe, mientras Felisa dormitaba en un sillón. Luego él ya no pudo conseguir nada más; al despertar, volvió a ser la que conocía, la mujer a la que poco a poco se le iban borrando los recuerdos.

Al entrar en el piso, ya pasadas las diez de la noche, con la mente puesta en una velada tranquila después de tanto movimiento y tanta comida, se encontraron con la desagradable sorpresa de que alguien había entrado y había puesto la vivienda patas arriba. Edurne no tenía objetos ni muebles de valor, y tanto el aparato de televisión como la cadena de música y la pantalla del ordenador seguían en su sitio, pero habían robado el disco duro. Llamaron a la Policía y, poco después, aparecían dos ertzainas que levantaron un atestado y les comentaron que los ladrones aprovechaban las vacaciones o los puentes para entrar a robar en las casas. A la pregunta de Jon sobre si no les parecía extraño que no se hubieran llevado, por ejemplo, la cadena de música, el más veterano de los dos le respondió que el mercado negro estaba lleno de televisores y cadenas de música, pero que los discos duros podían limpiarse y venderse como nuevos. Por otra parte, si guardaban documentos importantes...

—¿A quién se le ocurriría robar una maldita traducción del chino mandarín? —explotó Edurne.

Estaba desesperada. Dos semanas de trabajo tirados por la ventana.

—¿A la competencia, tal vez?

—No, ¡qué va! Es un «Pliego de Condiciones» del gobierno chino. ¿Y cómo se lo voy a explicar a la persona que me ha encargado la traducción?

—Aparte de que tendrá usted que repetirla, aquí tiene el justificante del

robo para que pueda presentarlo a su cliente.

Le entregó un papel firmado y ambos ertzainas se marcharon, dejándolos en medio del desorden.

—¿Recogemos? —preguntó Jon.

—¡A la porra! ¡Me voy a la cama!

—¿Para quién era la traducción?

—Para un tal Francisco Durana, dueño de un pequeño taller de tuercas.

—No me digas...

—¿Lo conoces?

—Pues sí. Mañana iré a verlo y le contaré lo ocurrido, no te preocupes; es un buen tipo.

¿Cuánto llevo aquí? He perdido la cuenta. Todos los días me parecen iguales, aunque esto es mejor que la cárcel. Al menos puedo lavarme y duermo en una cama con sábanas limpias en un cuarto del desván, sola. Y poco más. Para los dueños de la casa no existo. ¡Menudo discurso me soltó la señora nada más llegar! Que tenía que estar agradecida por haber sido acogida en un hogar cristiano y decente..., que cumpliera con mi deber, que nada de hombres y que esperaba verme en la iglesia todos los domingos y fiestas de guardar...

Los demás sirvientes me miran con recelo. Será porque la señora les ha dicho que soy una madre soltera descarriada, a la que ella y su marido ayudan por caridad en memoria de su querido hijo, muerto en el frente. No me ha llamado puta porque la gente bien no dice esas cosas. Al menos sigo viva...

No sé qué hacer esta tarde, ni a dónde ir. Es la primera vez que me dejan salir sola a la calle después de tantos meses, y me muero de ganas. Por fin, aunque sea durante tres horas, voy a creer que soy libre...

Sí, señora, a las ocho en punto de la tarde de vuelta.

Sí, señora, ya sé que les debo mucho y les estoy muy agradecida.

No, señora, no haré nada que pueda ponerla a usted y a su señor marido en un compromiso.

Gracias, señora, por los cincuenta céntimos para tomar un refresco.

Sí, señora, en el local del Auxilio Social que está en el portal de enfrente, y en ningún otro...

¡Por fin! Es la primera vez en casi cuatro años que ando sola por la calle... No sé si reír o llorar de emoción... El aire huele distinto cuando una puede moverse sin tener que pedir permiso. Tengo ganas de echar a correr, como cuando era niña y jugaba en Las Escobachas, cuando creía que la vida era sólo jugar y reír.

Cuidado, Meli; puede que te estén vigilando... Hay grupos de hombres armados por todas partes. ¿Qué le estarán preguntando a esa mujer? ¿Y por qué le estarán registrando el bolso? La pobre tiene una cara de susto...

Camina tranquila, no mires, no tiembles. Tal vez es porque quizás llueva, pero, no sé... ¡sólo veo caras tristes a mi alrededor! ¿Serán todos perdedores como yo y por eso no levantan la vista del suelo?

Por ahí vienen unas señoritas bien vestidas y con zapatos de tacón; a éstas sí se las ve alegres. Mejor me bajo de la acera para dejarlas pasar, no vaya a ser que me digan algo y se fijen en mí los de los fusiles.

Los escaparates de las tiendas están vacíos, y no se ven niños jugando en la calle. Qué pena... qué pena... Voy a sentarme en ese banco. ¡Aquí hace tanto frío como en Vitoria! Pero no pienso volver hasta las ocho, aunque me congele. Si empieza a llover me meto en la catedral, espero que no. Ya entro ahí todos los domingos con los demás del servicio. La verdad es que es muy impresionante, pero... No siento nada, nada, cuando estoy dentro, aparte de asombro por su belleza. ¿La construirían por devoción, o por orgullo? ¿Acaso Dios necesita palacios para que los fieles y los pobres crean en él?

Esa anciana lleva pidiendo limosna desde antes de llegar yo, y nadie le da un céntimo...

¿Y si echo a andar y salgo por esa puerta de piedra que debe de dar al campo? No, no podría. Parece que los de los fusiles piden la documentación a los que entran o salen, y yo no tengo papeles, sólo el nombre de los señores y su dirección. Será por eso que me han dejado salir, porque saben que no puedo ir a ninguna parte...

Pobre vieja... Los que entran en la catedral ni la miran. «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»... Luego rezarán por los pecados de los demás y se irán a sus casas con la conciencia tranquila mientras tanta gente está en la calle y no tiene para comer. Es el sino de los vencidos mendigar a los vencedores.

Todavía tengo una hora, pero voy a volver, me estoy quedando helada aquí sentada y no tengo ganas de andar por unas calles tristes y vacías. Me meteré en mi cuartito y pensaré en él y en nuestro niño. Tal vez me anime y empiece a dibujar de nuevo en el papel de estraza que utiliza la cocinera para envolver el pescado... Hace mucho que no lo hago, desde lo de Victo... Fue una buena idea dibujar una virgen rapada delante de la tapia del cementerio. Me dejaron en paz, aunque me quitaron las cartulinas y los lápices.

Tome, buena mujer, sólo son cincuenta céntimos, pero le darán para un tazón de sopa caliente o algo parecido.

No me dé las gracias.

Yo también soy una vencida.

Lo primero que hizo Jon, nada más dar las diez de la mañana, fue ir a una tienda de informática, comprar un disco duro y conectionarlo al ordenador de Edurne. La joven se lo agradeció con un beso que despertó en él el deseo de hacerle el amor allí mismo, pero ambos tenían trabajo. A eso del mediodía, él y Paco Durana se encontraban en un rincón de una pequeña taberna del barrio de Gamarra, y pedían el menú del día. El asunto de la traducción quedó solventado en los primeros cinco minutos.

—Lo de China no es para mañana —comentó el hombre—; más bien era por curiosidad, para saber las condiciones que ponen los chinos si quiero venderles mis tuercas. Ya sabes, ¡hay que innovar! Así que dile a tu moza que no se preocupe, que no corre prisa.

—Díselo tú.

Marcó el número de móvil de Edurne y le pasó a su cliente, quien le reafirmó que no debía preocuparse y que se tomara su tiempo.

—Lo que me llama la atención es que sólo se llevaran el disco duro, qué raro... —dijo éste al devolverle el aparato.

—Le he estado dando vueltas y he llegado a la conclusión de que hay algo más detrás, algo que no cuadra.

En pocas palabras, Jon pasó a explicarle cómo iba la búsqueda del paradero de Miguel Aurra y cómo, un par de semanas antes, también habían entrado en la casa de Amelia Zabaleta y, aparentemente, no se habían llevado nada, ni cuadros ni joyas, lo cual daba qué pensar porque allí sí que había

objetos de valor que habrían alegrado a más de un mangante. Entonces pensó que no les habría dado tiempo de afanar nada debido a la aparición de la cuidadora de los dos viejos sirvientes, pero ahora se lo estaba replanteando. Quizás, sólo quizás, buscaban... información sobre el caso. Durante el fin de semana se había llevado el portátil y la documentación, ¿y si lo que buscaban eran sus notas? Pero... ¿por qué? ¿A quién podrían interesar?

—A alguien que quiere saber cómo va el asunto. O que teme que salga a la luz algo que le incumbe.

Durana había acabado con la ración de patatas con chorizo, que a él se le habían quedado frías en el plato.

—Pues no veo qué puede ser...

—Vete tú a saber. Anda, dame más detalles, a ver si descubro algo que a ti se te escapa. Soy un lector acérrimo del género policiaco, y esta historia tiene mucho de novela negra.

Esta vez, Jon se tomó su tiempo; dejó que se llevaran las patatas, le hincó el diente al chuletón que compartía con su compañero y fue enumerando los pasos dados hasta entonces. Al finalizar, estaban en el postre.

—Te has centrado en Amelia y en Pepe, algo también en Evaristo Rojas, pero has dejado de lado a otros protagonistas de este relato...

—¿A quiénes?

—A Concha Garciaran y a Bruno «el Carnicero».

—Pero si los dos están muertos...

—Pero no sus descendientes, o los hijos de quienes los ayudaron a perpetrar sus crímenes. ¿A quién le gustaría que saliera a la luz que su padre o su madre fueron unos vulgares verdugos sin escrúpulos? Desde luego, a mí no. Te habrás dado cuenta de que el discurso oficial es que hay que olvidar el pasado; el de algunos, claro. En cuanto se mencionan los crímenes de unos, se sacan a relucir los de los otros, sin añadir que ni por asomo son comparables. Aquello fue un atentado de proporciones monstruosas que todavía colea porque se quiso hacer borrón y cuenta nueva sin exigir responsabilidades.

—Aun así...

—Concha Garciaran tiene dos hijos muy bien situados en las altas esferas, y los nietos de Bruno «el Carnicero» se mueven entre gente guapa y

adinerada.

—Aun así —repitió Jon—, hijos y nietos no tienen la culpa de lo que hicieran sus padres y abuelos.

—Pero se han aprovechado. Viven a todo tren con lo que robaron a los muertos y a otros que no murieron pero que perdieron todo lo que tenían. A la gente de sus círculos no le agrada que se aireen los trapos sucios de sus conmlitones.

—¿Sus qué?

—Sus conmlitones, sus *coleguis*.

—¿Y cómo iban a saber que les estoy investigando, lo cual tampoco es cierto porque yo sólo quiero encontrar al hijo de Amelia y Pepe.

—Pues, quizás, deberías interesarte un poco más por ellos, porque, al parecer, a alguien sí que le preocupa que averigües algo que pueda resultar incómodo...

—Lo pensaré.

—Y yo te ayudaré si quieres. ¡No sólo soy un fabrica-tuercas! —rió Durana—. También soy «potero», socio de dos *txokos*, canto en un coro y... juego al golf. ¡No sabes la cantidad de cosas de las que se entera uno en un club de golf!

Jon sonrió. Lo del poteo, los *txokos* y el canto lo entendía; el hombre, solterón y buen vividor, daba el perfil. Pero nunca se lo habría imaginado jugando al golf.

—¿Y te pones pantalones a cuadritos?

—Ser golfista no significa ser gilipollas, aunque tengo que reconocer que conozco a unos cuantos.

Su risa espontánea y su buen humor tuvieron en el más joven un efecto calmante tras el malestar sentido por la vulneración de la intimidad de su pareja, y de la suya propia, si en verdad era cierto lo que opinaba sobre que los ladrones pudieran estar buscando la información recabada durante las últimas semanas, una imbecilidad, puesto que él no tenía problema alguno en hablar acerca de ello. No obstante, mientras caminaba de vuelta al centro, no dejó de pensar en quién podría andar detrás del asunto. Edurne tenía clase por la tarde, y a él no le apetecía estar solo en el piso, así que se metió en una cafetería de la plaza de los Arcos, se sentó en un rincón, pidió un café con

leche y una copa de pacharán, y sacó el portátil. Después de lo ocurrido, ni por asomo se le ocurriría dejarlo fuera de su vista, entre otras cosas porque no tenía dinero para comprarse otro. Leyó lo que había ido escribiendo, repasó una a una las fotos escaneadas e intentó pensar mientras contemplaba a unos críos que jugaban y corrían por encima del banco de piedra corrido que rodea la plaza. Sonrió. ¿Cuántas veces no había hecho él lo mismo?

Buscó una instantánea de Amelia y de su hermana Fernanda en aquel mismo lugar, dos niñas modositas, con tirabuzones y vestidos oscuros con un gran lazo blanco, quizás las batas del colegio. No le hacía ninguna falta, pero le había gustado y la había metido en su archivo. La pequeña sonreía contenta, la mayor, sin embargo, aparecía seria. Ahora que se daba cuenta..., ella siempre aparecía seria en las fotos, si acaso con una sonrisa educada, excepto en aquellas en las que estaba con Pepe Aurra. En éstas, la joven reservada se transformaba en una persona alegre y llena de vida, como si quisiera que el mundo supiera lo feliz que era, o, tal vez, le daba igual y únicamente mostraba su verdadero ser. Buscó la foto que había hecho al cuadro encontrado en el desván de la casa de Fray Francisco. En efecto, también aparecía seria en el retrato. Se le ocurrió ampliarla y recorrer la pintura despacio, deteniéndose en los detalles de la misma. La primera impresión era falsa, Amelia sonreía, ¡sus ojos sonreían! ¿A quién o a qué? Porque estaba claro que su mirada se dirigía hacia algo o hacia alguien... Continuó examinando la pintura y se centró en el medallón que colgaba de su cuello. No era experto en joyas; de hecho era incapaz de distinguir las imitaciones.

En una ocasión, le había regalado a Miren una pulsera de eslabones que creyó de oro y resultó ser de latón, según le informó ella con el gesto torcido. Tendría que haberse dado cuenta porque había resultado muy barata para ser de oro, y porque la tienda era una de esas en cuyos escaparates relucen piezas extraordinariamente grandes, y falsas, pero ¡él qué sabía! De hecho, pensó que había conseguido una ganga. Miren, por supuesto, nunca se la puso.

El colgante del cuadro era ovalado y tenía pinta de antiguo, con turquesas, o lo que fueran, en la montura. En el centro parecía haber algo escrito, pero no logró distinguir las letras por mucho que amplió la imagen; cuanto más la ampliaba, más borrosa se volvía. Continuó con la inspección y

soltó una exclamación. En la esquina inferior derecha del cuadro aparecían dos iniciales: AZ. ¿Amelia Zabaleta? ¿Un autorretrato?

—¿Qué quieres decirme? —preguntó en voz alta.

—Siempre que te encuentro estás hablando solo.

Joserra Uriarte lo observaba con su habitual ironía.

—¿Puedo verlo?

Se sentó a su lado sin esperar respuesta y abrió la imagen.

—Una mujer muy guapa —comentó—. ¿Quién es?

—Era... La abuela de Luisito Inoso.

—¡Joder! Pues él no se parece en nada. Y su madre tampoco.

—Ya... A Luisito le encuentro un cierto parecido con su abuelo... —Jon abrió la foto del cuadro de Evaristo Rojas—. ¿No te parece?

—¡Clavado! ¡Será clavado a él en cuanto tenga más años! Los dos tienen el mismo aire de perdonavidas. ¿Sabías que se ha quedado con el negocio familiar?

No lo sabía, y tampoco le importaba, pero su amigo no se dio por aludido cuando él alzó los hombros en un ademán de indiferencia. Al parecer, la empresa Rojas y Rojas la había fundado el abuelo, el del retrato, que se hizo rico a base de chanchullos. Se asoció con otros dos tipos de su misma calaña, uno, a quien llamaban «el Tuerto», que presumía de haber perdido el ojo en la contienda, aunque todo el mundo en Vitoria sabía que ya era tuerto antes porque le saltó una chirla de metal en la fábrica donde trabajaba, y se lo tuvieron que extirpar. Además, también era de dominio común que andaba armado después de la guerra y que había matado por lo menos a un hombre en plena Senda. El otro, Perico Crispiñana, era un señorito que se había disparado un tiro en la rodilla con su escopeta de caza para no tener que ir al frente. No se alistó con los suyos con esa disculpa y se pasó toda la guerra metido en casa, pero, al acabar aquélla, presumía de haber sido herido e incluso cobraba una pensión. Estos tres elementos se habían unido y lo primero que hicieron fue abonar las contribuciones impagadas de muchos aldeanos y quedarse con sus tierras. Jon levantó una ceja; don Genaro le había hablado del asunto, pero no le había dicho que Rojas tuviera dos socios.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Siempre hay alguien que lo sabe, y lo cuenta —respondió Joserra

retomando el hilo de la historia.

Montaron una empresa que lo mismo chanchulleaba con la chatarra que construía manzanas de pisos baratos de protección oficial o invertía en negocios sucios como el estraperlo. Durante algún tiempo las cosas les fueron muy bien y ganaron una fortuna, pero, suele ocurrir, siempre hay uno más listo que los demás y, en este caso, Rojas fue el listo. Quiso dar un aire de respetabilidad al negocio dejando de embolsarse dinero con la misma facilidad que hasta entonces. De cara al mundo, los nuevos dueños de la situación exigían ciertas normas, al menos en apariencia, y la presencia de sus dos socios resultaba comprometedora. Crispiñana tenía buenas relaciones y todavía podía resultarle útil, pero «el Tuerto», grosero, poco más que analfabeto y asesino confeso, amenazó con pegarle un tiro si lo excluía de la bicoca que había transformado su vida de humilde obrero en la de un potentado. El caso es que, un año antes de morir Rojas, el tipo apareció envenenado en su propia casa, un palacete que se había comprado en la calle Castilla, y el asunto se cerró achacándose el asesinato a algún ladrón desalmado que había entrado a robar y a quien no se pudo echar el guante.

—No estaba casado, pero tenía dos hijos con una fulana, que pidieron su parte del negocio —prosiguió Joserra—. El «honrado» Evaristo los despidió sin contemplaciones, aduciendo que no había papeles que demostraran que fueran socios. Lo que, por lo que se ve, era cierto. Y, si los había, ya se habría encargado él de hacerlos desaparecer.

—¿Y qué fue del otro, del señorito?

—Era un inútil, bueno para nada, que nunca había dado un palo al agua y siguió sin darlo. Se casó con una viuda de guerra que creía que emparentaba con una familia de ricos cuando, en realidad, éstos tenían más deudas que pulgas un perro callejero. Crispiñana siguió en el negocio, aunque sólo recibía las migajas que Rojas quería darle, lo cual, añadido a su pensión de falso mutilado de guerra y a la de la viuda, le permitía ir tirando y aparentar un nivel de vida engañoso. Tuvieron un hijo, a quien el padre logró colocar en la empresa, aunque puede que ya esté jubilado porque yo me lo suelo encontrar a media mañana, cuando salgo de la oficina a tomar un café, vestido con unos ridículos pantalones de cuadros.

—¿Juega al golf?

—No tengo ni idea.

—¿Y no sabrás por casualidad cómo se llamaba «el Tuerto»?

—No. Y volviendo a Inoso...

Su padre se hizo cargo de la empresa al morir el suegro, a la espera de que el hijo tuviera edad para tomar las riendas, tal y como era el sueño de Elvira, la heredera. Sin embargo, el baldragas de Luisito no fue capaz de acabar la carrera de Empresariales, aunque esto no había sido óbice para que los accionistas de Rojas y Rojas lo nombraran director, teniendo en cuenta que su madre era ahora la accionista mayoritaria. Lo primero que hizo fue echar a Crispiñana y a otros de la vieja guardia y colocar en su puesto a dos de sus hermanos y a algún amigo que otro.

—Va de empresario por la vida —concluyó Joserra Uriarte—, pero sólo es un mierda que acabará gastándose en putas el patrimonio familiar. Por cierto, a él también le gusta darle a la pelotita y ha ganado alguna copa...

Nada más marcharse su amigo, Jon llamó a Durana para pedirle que averiguara algo sobre un tal Crispiñana y, de paso, intentara sonsacarle algo a Luis Inoso; al parecer, a ambos les gustaba el golf. Antes de volver al piso, pasó por casa de don Genaro para ver si el anciano podía decirle algo más acerca de los socios de Evaristo Rojas, pero Fermina le informó de que dormía y de que no pensaba despertarlo porque había pasado un mal día.

—Volveré mañana. Si puede usted, pregúntele si conocía a un tipo al que llamaban «el Tuerto», que andaba en el estraperlo después de la guerra y...

—¿Agapito? —lo interrumpió ella.

—No sé...

—¿Agapito Olivar? —Fermina lo agarró por un brazo y lo hizo entrar en el recibidor—. ¿El desgraciado que embarazó dos veces a la tonta de mi hermana Filo? ¿El que se hizo rico de matute y vivía en un palacio como un marqués sin ni siquiera saber hacer la «o» con un canuto? ¿El cerdo a quien alguien mandó al otro barrio con veneno en las tripas?

—El mismo.

Jon intentaba no sonreír ante la vehemencia de la mujer que en tres frases acababa de describir al oscuro personaje.

—¿Tiene algo que ver con el asunto ese de la herencia?

—No... no creo. Era sólo por curiosidad...

—Iba con un parche, como los piratas de las películas, ¡y menudo pirata estaba él hecho! ¡Pero de los malos! —continuó embalada—. La lerdita de la Filo se dejó preñar dos veces por semejante engendro; decía que había prometido casarse con ella, pero era un braguetero de mucho cuidado y eso se lo decía a todas. Ella murió pronto, de tuberculosis, y mi madre cuidó de los niños hasta que el mayor emigró a la Argentina. El pequeño desapareció con veinte años o así; se largó sin decir ni adiós, y mejor, porque era calcado a su padre. No he vuelto a saber nada de ellos. Fin de la historia.

Y fin de la conversación. Fermina abrió la puerta y lo invitó a marcharse tras asegurarle que le diría a don Genaro que había ido a visitarlo.

Eduardo ya había vuelto de su clase, pero estaba enfrascado en la traducción. Un beso, un «¿qué tal te ha ido la jornada?», y cada uno a lo suyo. El piso continuaba desordenado, pero no parecía importarles a ninguno de los dos. Jon se sentó al otro lado de la mesa de trabajo, una mesa demasiado grande, de las de comedor antiguo, pero que estaba demostrando su utilidad pues ambos, ordenadores, diccionarios y papeles cabían cómodamente en ella. Durante unos momentos, contempló a la mujer que había hecho posible lo inverosímil, que él estuviera en casa a las siete de la tarde escuchando música instrumental china y que hubiera dejado de desahogar sus frustraciones en compañía de sus amigos, tomando vinos, hablando de fútbol y contando chistes machistas. Con Miren fue algo parecido al principio, pero enseguida empezó a aburrirse cuando se encontraba a solas con ella. ¿Y si llegaba a ocurrirle lo mismo ahora? En alguna revista había leído que la pasión no dura más allá de tres o cuatro años, y que una relación prolongada sólo era factible si, además del atractivo, existían una amistad y unas metas comunes en la vida. Esperaba que fuera así, que Eduardo y él fueran amigos, además de amantes. Como si intuyera que estaba pensando en ella, la joven levantó la cabeza y le sonrió, luego volvió a su tarea; él se decidió, por fin, a encender su ordenador.

El asunto se estaba complicando; demasiada información, ¡y el desaparecido seguía sin dar señales de vida! En su afán por esclarecer el misterio, la madeja se alargaba más y más tras cada nuevo descubrimiento, alejándolo del motivo de sus pesquisas: el paradero de Miguel Aura Zabaleta. No obstante, tenía que reconocer que el tema era apasionante,

incluso se le pasó por la mente escribir una novela negra, como había apuntado Durana. La historia de los protagonistas daba para eso y para más. Claro que tendría que cambiar los nombres y situar la trama en algún otro lugar... Además, no se veía llenando folios y folios, la escritura no iba con él. Olvidó sus quimeras literarias y se centró en lo que tenía delante: mucha documentación que no acababa de encajar, si bien ahora sabía, o suponía, cómo se habían conocido Amelia y Evaristo: en la casa de aquella gente rica de Burgos, donde, según el buen hombre de Espinosa de los Monteros, había estado algo más de dos años, hasta la muerte de los dueños. Haciendo cálculos, Amelia se había casado con Rojas unos meses después, pero ¿qué había hecho mientras tanto? ¿Y a dónde había llevado a su hijo?

Estaba cansado de elucubrar sin llegar a conclusión alguna y no le apetecía seguir, así que decidió hacer una tortilla de patatas para la cena; luego se repantingaría en el sofá y vería alguna serie cutre en la tele. La tortilla pasó a ser dos bocatas de jamón y queso calentados en el microondas, pues sólo quedaba un huevo en la nevera y no había patatas. Edurne también estaba cansada, apenas había pegado ojo la víspera por el asunto del robo, y no se hizo de rogar cuando él la invitó a acompañarlo; se taparon con la manta y comieron mientras veían por enésima vez *Titanic*, que ya iba por la mitad. Quizás la banda sonora de la película, el vinillo que acompañó a los bocadillos, el roce de sus cuerpos bajo la manta, pero, sobre todo, el deseo, hicieron que prescindieran de la desafortunada historia de los protagonistas del drama, que ya conocían de memoria, y se entregaran allí mismo al placer de sentirse amados.

—¿Sabes si a doña Amelia le gustaba pintar? —preguntó Jon cuando estaban a punto de quedarse dormidos.

—Le gustaba dibujar a plumilla... ¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad... Sólo por curiosidad...

¿Y ahora? Han pasado ya dos semanas y nadie me ha dicho nada. El administrador dice que nos busquemos la vida porque la casa se va a vender. Al menos me ha devuelto la cédula personal y el documento que me dieron al salir del encierro, además de cien pesetas y una carta de recomendación para que pueda encontrar otra casa donde servir. No sé cuántas veces la he leído, por si ponía algo sobre aquello... pero no pone nada raro, que soy

trabajadora, educada, disciplinada, que habría seguido al servicio de los señores si éstos no hubieran fallecido... Así que, en principio, soy libre, pero no quiero hacerme ilusiones. Con el dinero puedo comprar un billete de tren y volver a casa, ¡por fin!

Pero... ¿Y si cuando llego a Vitoria me detienen? Siguen deteniendo a gente por todas partes. ¿Cuándo se acabará esto? ¿Cuándo? No me dijeron cuánto tiempo tendría que estar de criada obligada y tampoco si sería libre después... Lo mismo me vuelven a encerrar o me mandan a otro lugar... Pero en este papel no pone nada... ¿Y si me voy a Logroño? ¿O a Miranda? Allí nadie me conoce, llamaría a mis padres, y ellos podrían venir a verme y traer al niño... ¿Y si los están vigilando? ¿Y si les quitan a Mikel? Mejor no les digo nada hasta estar segura. Además, tengo que averiguar si él está en el penal. El chaval que ayuda al jardinero dice que en esa cárcel hay montones de presos, muchos más de los que caben normalmente. ¿Y si él está ahí? No puedo marcharme sin saberlo... Ahora que tengo mi cédula personal podré salir... El penal está a las afueras... Mañana sin falta voy y pregunto si él está dentro.

Aquí llega de nuevo ese hombre que se empeña en que salga con él, y yo no quiero. No me gusta. Que tiene mucho dinero y me dará todo lo quiera... ¿Acaso quiere comprarme? ¿Por qué no me deja en paz? Sabe lo mío, que tengo marido, aunque dice que mi matrimonio no vale y que es como si siguiera soltera. ¿Qué sabrá él?

Me da igual que hayan cambiado las leyes. Nosotros estamos casados y bien casados. Si un día volvemos a encontrarnos nos casaremos de nuevo, por la Iglesia, o por donde haga falta. O no nos casaremos.

También sabe lo del niño. Que lo deje con mis padres o que lo dé en adopción dice... que, total, ni me conoce... ¿Y cómo puede decir semejante barbaridad? Mi hijo no me conoce porque ellos me han robado su infancia. Nunca, ¡nunca los perdonaré por esto! Tengo que decidir qué hacer sin esperar más... Ese hombre tiene amigos poderosos, de eso presume, se aprovecha de que pueden hacer daño a mi familia.

¿Qué habrá sido de mi padre? ¿Seguirá preso o le habrán dado el paseíllo? No quiero ni pensarlo. Tengo que marcharme de aquí cuanto antes.

Aguanta un día más, Meli. Mañana te vas con lo puesto hasta la cárcel,

te enteras de si él está allí encerrado, y luego ya te lo pensarás. Si lo está, te quedas, y si no, coges el primer tren que salga hacia el Norte y te vas a cualquier lugar, ¿qué más da cuál?

Jon se despertó con una idea en la cabeza: ir a Burgos, si bien, en el fondo, estaba convencido de que era una gestión bastante inútil. ¿Qué iba a averiguar allí? Aquello había ocurrido mucho antes de nacer él, no tenía ni idea de cómo adentrarse en los vericuetos de una investigación histórica y tampoco conocía a ningún experto que pudiera informarle, aunque haberlos los habría, pero... ¿qué iba a preguntarles? Pasó todo el día buscando información en Internet; leyó decenas de entradas, algunas muy largas, sobre cárceles, presos, sacas, juicios; se informó acerca de los archivos que podían consultarse, que no eran todos, pues muchos continuaban bajo secreto oficial, y llegó a la conclusión de que la tarea le llevaría meses de trabajo, tal vez para no encontrar nada. Por otra parte, tampoco era primordial saber si Pepe Aurra había estado detenido en el penal de Burgos, algo improbable puesto que ya sabía que había salido libre del de Santoña. Sin embargo, no dejaba de pensar en el asunto y, con mucho tiento, se lo expuso a Edurne, quien alzó la ceja derecha en un gesto típico en ella cuando algo le parecía absurdo, pero, a continuación, metió la mano en su bolso y sacó las llaves de su utilitario.

—Conduce con cuidado —fue todo lo que dijo.

Aquella noche le hizo el amor, apasionado y agradecido al mismo tiempo por ser como era, especial. Miren habría puesto el grito en el cielo, lo habría llamado negado, o algo peor, y no le habría dirigido la palabra en varios días. Eran tan diferentes que no entendía cómo había podido enamorarse de ambas.

Salió a media mañana del día siguiente. Antes había pedido a Edurne que llamara a su amiga Olalla para que ésta le diera el número de teléfono de Agustino. Habló con el jardinero durante un buen rato y soportó pacientemente una explicación detallada sobre bancales de semillas, puerros, coles, lechugas, nabos y calabacines, pero, al final, obtuvo la información que quería: el nombre de la familia rica a la que él y Amelia habían servido, y la dirección de la casa. Lograba aparcar hora y media más tarde en el centro de Burgos, cerca de la catedral, una proeza sin duda, y compró un callejero en una librería cercana. La casona de los Fernández-Olmillos y su jardín habían desaparecido y, en su lugar, se levantaba un inmueble de cinco pisos construido con la poca gracia de los años cincuenta. Preguntó al conserje si le sonaba el nombre de la familia, pero el hombre le contestó que era de un

pueblo de la provincia, que no llevaba mucho en la capital y que ignoraba por completo quiénes habían sido los dueños del solar puesto que el edificio ya estaba cuando él llegó. También preguntó a una señora que salía del portal de la casa de al lado, una con apariencia de más antigua, pero la mujer respondió con amabilidad que no podía conocer a los supuestos vecinos cuya vivienda había sido derruida hacía más de seis décadas, ya que todavía no había nacido. Se le ocurrió entonces acudir a las oficinas del catastro, pero la señorita que lo atendió le informó de que debía rellenar una instancia con los datos que buscaba y añadió que ya le avisarían cuando el documento estuviera a disposición, lo cual podría llevar semanas. Acabó comiendo un magnífico estofado de rabo de buey y una buena ración de leche frita en un pequeño restaurante situado frente a la catedral. Después, tenía intención de acercarse al tristemente famoso penal, aun a sabiendas de que no le permitirían la entrada y de que tampoco conseguiría nada. ¿Quién le iba a informar de si allí había estado preso Aurra cuando ni siquiera podía obtener información sobre la familia a la que había servido Amelia? Edurne tenía razón, el viaje había resultado de una total inutilidad. Y, además, hacía frío pese a estar ya en plena primavera.

A punto de montarse en el coche para hacer el camino de vuelta, recordó haber apuntado en su libreta la dirección electrónica de un tal Vicente D. R., quien tenía un *blog* en Internet sobre el tema de la memoria histórica y que, al parecer, era del mismo Burgos. Ya dentro del utilitario, le envió un mensaje explicando en dos líneas el motivo del mismo. Decidió esperar quince minutos y, mientras, se fumó un cigarrillo, teniendo buen cuidado de hacerlo con la cabeza fuera de la ventanilla para que no quedara olor dentro. En el fondo no esperaba respuesta, pero así tenía una disculpa para llenar sus pulmones de humo sin sentirse demasiado culpable. Para su sorpresa, la respuesta fue casi inmediata y, minutos más tarde, se hallaba sentado en una mesa de una cafetería, allí mismo, en la plaza, llena hasta los topes en verano y ahora casi vacía. Poco después, aparecía por la puerta un hombre algo mayor que él, con una gorra de cuadros y un jersey a rayas que no pegaban en absoluto. Jon era el único sin compañía en el local, y el de la gorra se dirigió a él con una sonrisa.

—¿Jon? —preguntó tendiéndole la mano.

—¿Vicente? —respondió él automáticamente, aun cuando estaba claro que no podía ser ningún otro.

Resultó ser una persona entrañable, dispuesta a echarle una mano. Mecánico en paro debido a la maldita crisis, le explicó, se las arreglaba gracias a un pequeño comercio, propiedad de sus suegros y regentado por su mujer. A la espera de tiempos mejores, ocupaba las horas ayudando en la tienda y en un tema tan difícil como era la recuperación de la memoria, ansiada por unos y denostada por otros.

—No se trata de venganza —afirmó con tranquilidad—; sólo de hacer justicia. Nací y crecí en un hogar donde el miedo se palpaba.

—¿Miedo a qué?

—A todo; a hablar, a pensar, a hacer, incluso a sentir. ¿Cómo se llama la persona que buscas?

—José Aurra Eginoa.

—¿Estuvo aquí, en el penal?

—No lo sé...

Vicente sacó de una cartera de piel ajada un taco de hojas con más de siete mil nombres; repasó los apellidos que empezaban por la letra «a» e hizo un gesto negativo.

—Están en orden alfabético, pero no todos; algunos se cuelan, así que tendremos que ir mirando uno por uno.

Le entregó la mitad de las hojas y, durante un rato, ambos permanecieron en silencio buscando el nombre de Aurra. No estaba, y Jon notó algo parecido al alivio, aunque, por otra parte, todo habría resultado más fácil de haberlo encontrado en aquella larga relación de nombres anónimos. Quizás Amelia había intentado averiguar lo mismo que él y por dicha razón había preguntado a Agustino dónde estaba el penal. Pero, en caso de haberse presentado allí, ¿qué había hecho después, al no encontrarlo?

—Hay muchas más fuentes de información que poco a poco van saliendo a la luz, listas de cárceles, campos de concentración, campos de trabajo, juicios, denuncias, represiones, desaparecidos... El nombre que buscas puede estar en cualquiera de ellas —intentó alentarle Vicente.

Por primera vez desde el comienzo de su investigación, se dio cuenta de que el drama de Amelia y Pepe sólo había sido uno más, de que era incapaz

de imaginar la tragedia que todo aquello provocó a un incontable número de seres humanos, y se sintió desconcertado.

—De todos modos —prosiguió el burgalés—, tengo tu dirección electrónica, así que tomo nota y ya te informaré si doy con él.

—Te lo agradecería, y también gracias por tu ayuda.

De pronto, necesitaba estar de nuevo junto a la mujer que había transformado su vacía existencia en una aventura, rodearla con sus brazos y apretarla contra su pecho para exorcizar los fantasmas de aquellos que vieron sus vidas destrozadas de manera súbita, muchos de los cuales no volvieron a encontrarse o tardaron años en hacerlo. Ahora estaba seguro de que lo que sentía por su pareja no era mero capricho, un cobijo para su soledad, una distracción pasajera, sino un sentimiento profundo que por nada del mundo quería perder. Tenía prisa por llegar y ni siquiera se detuvo para echar un cigarrillo a la altura de Pancorbo, como había hecho a la ida.

Eduardo no estaba en el piso, algo extraño dado que le había dicho que no pensaba salir en todo el día, pues tenía la intención de acabar de una vez con la traducción. Además, a ella no le gustaba andar de noche fuera de casa y eran cerca de las diez. Le vinieron a la mente imágenes de mujeres arrastradas fuera de sus casas, encarceladas, violadas, asesinadas, y un sudor frío cubrió su frente.

—¡Bobadas! —exclamó en voz alta—. ¡Este maldito asunto me está obsesionando!

Con mano nerviosa buscó el móvil en su bolsillo y marcó el número de la joven. Le respondió una voz llorosa. Estaba en el chalé; la tía Felisa había sufrido un ataque al corazón, y el médico de urgencias sólo había podido certificar su defunción. Salió de inmediato hacía la casa y la encontró en compañía de sus padres y de sus dos hermanos, los primeros muy compungidos, sentados en uno de los sofás del salón, mientras los jóvenes permanecían de pie. Elvira y su hijo Luis ocupaban el otro sofá, ambos con caras de circunstancias, aunque no le cupo la menor duda de que estaban echando cuentas; ahora sólo quedaba el viejo Salvador, quien, por cierto, estaba desaparecido, para hacerse con la propiedad y convertirla en un edificio de pisos lujosos, si es que él no lograba encontrar al otro heredero de doña Amelia... El perro pastor presidía la reunión desde el sillón de su

dueña.

—¿Quieres verla? —le preguntó Eburne.

No, no quería verla; no quería ver ningún cadáver. Ya tenía bastante con los que iba encontrándose a lo largo de la investigación. Además, los muertos le producían un extraño desasosiego desde el fallecimiento de su padre. La siguió, no obstante, cuando se levantó del sofá y le cogió de la mano. La anciana se hallaba tumbada sobre la cama del dormitorio principal.

—Ha sido idea de Salvador... —le susurró ella.

Parecía dormida y en paz, vestida con su mejor atuendo, medias y zapatos incluidos, y el cabello blanco suelto en lugar de peinado en un moño prieto como era habitual. A su lado, en una silla, la cuidadora no dejaba de llevarse un pañuelo a los ojos al tiempo que suspiraba de manera ruidosa. Se levantó al verlos entrar y se llevó a Eburne al pasillo porque tenía que preguntarle algo, según dijo en un tono apenas audible. Por un instante, Jon pensó en seguirlas. ¡Sólo le faltaba quedarse a solas con la difunta! Pero no se movió. Al otro lado de la cama, en la penumbra, junto al ventanal cuyas cortinas estaban descorridas, reconoció la silueta de Salvador. El hombre permanecía inmóvil, contemplando la noche.

—Le doy mi pésame —dijo acercándose a él.

—¿Por qué?

No supo qué responder.

—No era nada suyo, tampoco es usted nada mío —prosiguió el antiguo chófer—. Ignora si teníamos buena o mala relación, si la muerte es para mí castigo o liberación.

Era la primera vez que le escuchaba decir cuatro frases seguidas, y quedó sorprendido. Tenía una voz grave y, además, hablaba como una persona culta.

—¿Y qué es para usted? —se atrevió a preguntar.

—Lo último, una liberación. A mi edad no puede ser otra cosa. He perdido a la única persona que amaba, la única por quien la vida merecía la pena, por quien abría los ojos cada mañana esperando encontrarla a mi lado. Se ha ido y, aunque todavía respiro, sé que también estoy muerto. Sólo me queda esperar a que ella vuelva a por mí, confío en que sea pronto.

Jon permaneció callado. Se le hacía difícil imaginarlo con Felisa de la

misma manera que ellos, jóvenes, besándose, abrazándose, haciendo el amor o simplemente cogidos de la mano y riendo por una tontería. Sin embargo, así había tenido que ser pues percibía una aflicción sorda en el adusto anciano, quien en ningún momento había desviado la vista de la noche. ¿Sería él capaz de sentir algo parecido cuando tuviera su edad? No sabía responder, pero estaba claro que Salvador había amado a aquella mujer más allá de lo imaginable, lo cual, visto su carácter, era ciertamente asombroso. Y, ya que se mostraba más locuaz que de costumbre, estuvo a punto de preguntarle por la otra difunta, por doña Amelia. No lo hizo porque las dos mujeres entraron de nuevo en la habitación y rompieron el tenue lazo de comunicación que se había establecido entre los dos, aunque se prometió volver a intentarlo en otra ocasión.

No hubo manera de convencer a Edurne para que volvieran al piso. Allí no tenían nada que hacer, le dijo él, y a fin de cuentas la tía no se iba a enterar. Su respuesta fue una sentida mirada de reproche. Su familia no tenía intención de marcharse, y ella tampoco; él podía hacer lo que quisiera. Decidió quedarse, pese a que la perspectiva de pasar la noche dando cabezadas en un sillón no resultaba en absoluto agradable. En fin, sólo sería una, pues estaba previsto enterrarla al día siguiente. Dada su edad y sus achaques el médico había dictaminado que no sería precisa una autopsia. Los sobrinos y Salvador habían acordado no llevar el cadáver al tanatorio, muy a pesar de Elvira y de su hijo, sobre todo de la primera, quien opinaba que era del todo antihigiénico mantenerlo en la casa. Su madre también había permanecido allí un día y una noche, pero era su madre y la dueña, y Felisa sólo era una sirvienta. No se atrevió a insistir, pero tampoco se quedó al velatorio y se marchó junto a su hijo al poco de llegar Jon, no sin antes coger a éste en un aparte y preguntarle por «su» asunto.

—¿Cuándo piensas encontrar al «otro»?

—Sigo en ello.

—El tiempo corre...

—Lo sé, pero está resultando más complicado de lo que se suponía, aunque creo que podré decirle algo seguro dentro de poco.

—Pues apura. Salvador no tardará en seguir a Felisa, y a ver qué hacemos entonces con esta casa.

¡Lo sabía! Sabía que aquél era el único pensamiento que rondaba por la cabeza de la doña. No le importaba que hubiera muerto la «tata» que prácticamente la había criado, la fiel sirvienta de su madre, que había rechazado casarse y crear su propia familia a fin de quedarse a su lado; sólo le preocupaba la rica herencia, que tardaría diez años en recibir si no aparecía el otro heredero. A continuación, hizo un gesto con la mano a su hijo y los dos salieron de la casa. Luisito Inoso ni siquiera le dirigió un saludo.

La velada se preveía larga y tediosa. Jon no tenía intención alguna de volver a la habitación y mucho menos de acompañar en el velatorio de cuerpo presente a Edurne, a su familia y a un sacerdote amigo que acababa de llegar. No sería apropiado poner la tele, así que se metió en la cocina, registró los armarios y la nevera, y decidió preparar un par de tortillas de patatas, pues en algún momento todos sentirían hambre. De paso, puso a hervir agua con un puerro, una zanahoria y unos garbanzos de bote para la sopa de fideos que solía hacerse cuando vivía solo y no tenía nada mejor que llevarse a la boca. Y también llenó la cafetera, dispuesto a atiborrarse de café a fin de aguantar la vigilia con filosofía. En ello estaba cuando el sacerdote apareció por la cocina. Vestido con unos vaqueros y un jersey de cuello alto, tenía más aspecto de entrenador de fútbol que de religioso.

—Huele bien... —dijo a modo de saludo—. ¿Eres tú la pareja de Edurne?

—Pues sí —respondió tras un instante de vacilación.

El hombre sonrió, pero no hizo más comentarios, y Jon aprovechó para servirle un pincho de tortilla acompañado de un vaso de vino de una botella que había encontrado en el botellero.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy... soy investigador privado.

¿Por qué diablos le resultaba tan difícil hablar con él?

—¡Vaya! ¡Qué interesante! ¿Y qué investigas?

—Pues... lo que sale... No mucha cosa.

No tenía ganas de hablar con un desconocido acerca de sus asuntos, y menos con un cura, ni contarle que su escueta fuente de ingresos se basaba en descubrir casos de adulterio para agilizar los divorcios. Tampoco quería hablar del hijo de Amelia Zabaleta.

—¿No serás tú el que está buscando al hijo de Meli por el asunto de la

herencia? —preguntó de nuevo, al tiempo que alargaba el plato para que le sirviera otro pincho.

La pregunta lo dejó perplejo. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Cómo lo sabe usted?

—Me acabo de enterar. En un velatorio, además de rezar, también se habla —ironizó—. Por esa razón he bajado para hablar contigo. ¿Y qué tal la búsqueda?

—Por ahora nada; está desaparecido.

—Yo sé dónde está.

A Jon por poco se le cae el puchero de la sopa que acababa de retirar del fuego.

—¿Cómo que sabe dónde está?

—Bueno, no lo sé exactamente, pero creo tener una idea. Que yo sepa, mi madre era una de las pocas amigas que tenía Meli y, cuando ella falleció, me acostumbré a venir a visitarla como amigo, no como sacerdote, porque ella dejó de creer en Dios muy joven, desde que lo pasó tan mal...

Hizo una pausa para beber un traguito de vino, o quizás para meditar sobre su fracaso por no haber sido capaz de lograr que Amelia Zabaleta volviera a ser creyente.

—Me habló de su paso por la cárcel, de lo mucho que sufrió, de cómo tuvo que dar a su hijo en adopción para impedir que se lo quitaran...

—¿Que lo dio en adopción? —lo interrumpió Jon, atónito.

—Algo parecido. Me contó que llegó a un acuerdo con una pareja para que lo hicieran pasar por propio, pero que nunca hubo papeles de por medio. Al parecer, aquel matrimonio había perdido a un niño más o menos de la misma edad, así que él ocupó su lugar. Utilizó el nombre y los apellidos de sus protectores, pero legalmente siguió siendo su hijo, y ella nunca dejó de mantener contacto con él.

—¿Y dónde está?

—En algún pueblo de La Rioja; alavesa, naturalmente —puntualizó el sacerdote con una sonrisa, mientras señalaba la etiqueta de la botella.

—¿En Elciego?

—No lo sé, nunca me lo dijo, pero por esa zona. De hecho, todos los años, hasta su muerte, pasaba unas semanas en una casa que tenía por allí.

La cabeza le daba vueltas. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Elvira le había hablado de aquellos viajes de su madre; tendría que preguntarle en qué pueblo tenían la casa. Y también Felisa... Iría ahora mismo a hablar con Salvador y lo obligaría a decirle a dónde llevaba a doña Amelia, aunque tuviera que armar jaleo.

—¡Mira que soy tonto! —exclamó de pronto, golpeándose la frente con el dorso de la mano y dejando muy sorprendido al sacerdote—. ¡Pues claro!

Salió corriendo hacia el recibidor, donde había dejado la chamarra y la bolsa, cogió ésta y se metió en el salón. ¡Allí estaba la copia del testamento de Amelia Zabaleta!, en la carpeta donde guardaba sus apuntes y las fotografías en papel. Buscó el apartado en el que se especificaban los bienes legados por la difunta y estuvo a punto de dar saltos de alegría. La propiedad se hallaba ubicada en la localidad de Labastida. ¡Por fin tenía una pista segura! Quería decírselo a Edurne cuanto antes, pero en aquel momento bajaba asida del brazo de su padre, visiblemente apenado, seguidos por los demás. Salvador no apareció. Tal y como él suponía, todos tenían hambre y agradecieron aquella cena improvisada, pero no tuvo oportunidad de hablar a solas con ella, aunque al menos no se vio obligado a dormir en un sillón de mala manera; la casa disponía de suficientes habitaciones para todos, si bien sólo se acostaron él y los dos jóvenes. Ella y sus padres decidieron permanecer en vela. La cuidadora también; estaba acostumbrada a dormir sobre una silla.

No encontró el momento para hablar con Edurne. La acompañó a la misa que se celebró en San Vicente, parroquia de la familia, y después al cementerio, adonde, al igual que a la iglesia, únicamente habían acudido los parientes, que no eran muchos. Delante de la tumba abierta y el ataúd colocado sobre unos soportes de metal, esperaban la llegada de los enterradores. La escena era de lo más deprimente, y él se escurrió con discreción. No había vuelto al cementerio desde el entierro de su padre, y sintió de nuevo el mismo desasosiego de la víspera al encontrarse en un lugar de silencio y muerte, repleto de lápidas, sepulcros y mausoleos, algunos ciertamente estrambóticos; ángeles, figuras tenebrosas y cruces, muchas cruces de hierro y cemento por todas partes, que le ponían la carne de gallina. Algunas tumbas estaban cuidadas, sin hierbajos y con flores frescas, pero la

mayoría presentaban un aspecto desolador, cubiertas de líquenes, musgos y hiedras, sus ocupantes olvidados. Había oído decir que era un excelente ejemplo de camposanto decimonónico y que pensaban acondicionarlo para visitas turísticas. ¡Pues que no contaran con él! Había ido a París de viaje de novios con Miren, y ella se empeñó en visitar uno de los cementerios de aquella urbe, donde estaba enterrada mucha gente famosa; él la esperó fuera. Se acercó a la sencilla sepultura donde reposaban su padre y sus abuelos, tanto maternos como paternos, y la encontró bastante limpia, lo que indicaba que su madre y las tías se encargaban de quitar las hierbas de vez en cuando.

—Esas piedras están teñidas de sangre inocente.

Fue tal el susto que por poco suelta un grito al ver a su lado a un anciano pequeño y arrugado que señalaba con su bastón el muro trasero del cementerio.

—Allí mataron a mi padre y a otros muchos —prosiguió—. Mi madre, mis hermanos y yo nos quedábamos siempre aquí, sin acercarnos.

—¿Por qué? —fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Porque teníamos miedo. Yo todavía lo tengo.

Iba a preguntarle de qué tenía miedo, pero vio a Edurne hacerle señas; sonrió al anciano y se apresuró a acercarse a ella.

—¿Dónde te habías metido?

—Me he despistado...

—Pues podrías haberte ahorrado el viaje. Ya podemos irnos a casa.

Notó un deje de reproche en sus palabras, pero prefirió permanecer en silencio; giró la vista y vio al viejo parado entre las tumbas, como si él mismo fuera una de las fúnebres esculturas que, de algún modo, recordaban a los vivos que los estaban esperando.

No tenía que haberlo intentado... Tendría que haber sabido que él estaría vigilándome... ¿Cuánto he podido andar antes de que él apareciera? ¿Un kilómetro? Y aquí estoy, sentada a su lado, en este automóvil que parece el de un ministro. No sé si se lo ha creído, cuando le he dicho que iba a la cárcel para saber si un primo mío está allí... Creo que no, porque ha sonreído al decirle el nombre. Lo sabe, sabe su nombre y por eso se ha sonreído. Seguro que se ha informado bien porque ya sabía que yo estaba casada... Que el director es amigo suyo y que nos dirá si él está ahí... ¡Ojalá

que no esté! Este hombre es capaz de hacer que lo encierren para toda la vida o, peor aún... No quiero ni pensarlo.

No quiero entrar, que no, que no entro. Si entro, lo mismo no salgo. No sé si ahí dentro habrá mujeres... Que espere, que ya va él a preguntar. No sé si fiarme... pero no entro.

Calma, Meli, que va a notar que te has puesto nerviosa... No lo puedo remediar.

Esos hombres uniformados me miran y se ríen. ¿De qué se ríen? Seguro que piensan que soy su amante. ¿Por qué tarda tanto? Ya sale, pero viene acompañado. No me gusta. Que me baje del coche...

Sí, buscó a mi primo.

Sí, se llama así.

¿Que fue juzgado hace unos meses y ejecutado?

No puedo leer lo que pone en este papel, lo veo todo borroso... ¿qué pone...? Fallamos que debemos condenar y condenamos al procesado José Aurra Eginoa a la pena de muerte... ¡No puede ser! ¡No puede ser! Que lo siente, pero que así son las cosas...

Oh, querido, mi amor, mi vida, abrázame fuerte, dime que estoy teniendo un mal sueño, que no es verdad, que tú no estás muerto. Tanto sufrimiento, tanto dolor, para esto... Ya no volveré a verte, no volveré a sentirte dentro de mí, parte de mí, mi otra mitad. Estoy cansada, no aguanto más, no aguanto más...

¡Quiero morir yo también! Morir, descansar de una vez, reunirme contigo...

Piensa en tu niño, es lo único que te queda de él. Si tú desapareces, ¿quién le hablará de su padre? ¿Quién le contará lo felices que fuimos durante un suspiro, y que él es un hijo del amor?

¡No me toque usted! ¡No necesito su compasión! Sí, déjeme en la casa. Mañana hablaremos. Sí, ya sé que usted puede ayudar a mi familia... o destruirla. Los hombres como usted no se detienen cuando quieren algo. Hablaremos, sí, mañana... Adiós.

Ese tipo, el que está en la esquina, lo he visto antes... Está ahí desde que murieron los dueños. Se han saludado, estoy segura de que se han saludado. Así pues, ha mandado que me vigilen. Por eso sabía que me había marchado,

y por eso me han dejado salir por la puerta de piedra sin tan siquiera pedirme la cédula personal... Demasiado fácil.

Nunca seré libre, ¡nunca! Seguiré presa el resto de mi vida.

Prometiste que vendrías a buscarnos cuando todo esto acabara, y ahora sé que no volveré a verte. ¡Me duele el corazón! ¡Me falta el aire! Ni siquiera tengo ya lágrimas para llorarte. Te lloro desde hace tanto...

Al día siguiente del entierro de Felisa, Jon acompañó a Eburne a la casa del paseo de Fray Francisco a fin de recoger las escasas pertenencias de la anciana. La joven se mostraba esquiva con él desde su espantada en el cementerio y respondía a sus preguntas con monosílabos. Había ocurrido igual con Miren; un malentendido, silencios entre ellos y, finalmente, habían dejado de hablarse. No quería que esta vez ocurriera lo mismo; era diez años más viejo y no podía permitirse el lujo de perder a una mujer con quien se encontraba a gusto como nunca antes se había sentido con ninguna otra. La amaba, la necesitaba. Durante el trayecto habló él solo; le explicó su fobia por todo lo relacionado con la muerte, un temor quizás infantil, dada su edad, pero irreprimible desde que, siendo un crío, había estado a punto de caer dentro de la fosa familiar donde iban a enterrar a su abuela. Y, aunque pudiera parecerle extraño, su miedo se había acentuado en los últimos tiempos, al leer y escuchar relatos de ejecuciones, sacas y desapariciones. Ésta era la parte más difícil de su investigación sobre el paradero del hijo de Amelia, la que más le costaba, la que más le dolía. Antes de llegar al chalé, ella lo había cogido de la mano.

—Tan fuerte como pareces, tan seguro de ti mismo, y te asusta lo que no tiene remedio —dijo con una sonrisa.

Apenas tardaron media hora en recoger los efectos de la difunta: ropa, objetos de higiene personal, fotografías, una caja de cartón con unos cuantos papeles, y una amatista engarzada en un sencillo anillo que la anciana siempre había dicho que sería para su querida sobrina nieta y que ésta, emocionada, se colocó en el dedo. Ciertamente, Felisa había llevado una vida humilde, había pasado desapercibida y, pensó Jon, también se había llevado el secreto de su señora, pues estaba convencido de que, incluso presa de la terrible enfermedad del olvido, recordaba mucho más de lo que había dicho. Intentó encontrarse con Salvador, pero la cuidadora le informó de que, como

todos los días, había salido a pasear con el perro. Una lástima, ya que Edurne no tenía ahora motivos para visitar la casa, y a él le haría falta una buena disculpa para presentarse allí. Llevaron la ropa a un mercadillo solidario, compraron una pizza, volvieron al piso y curiosaron el contenido de la caja de cartón mientras se hacía la comida en el horno. No había nada especial dentro: documentos como el DNI, el certificado de nacimiento o el de la venta del piso de sus padres hacía ya más de sesenta años; la cartilla de la Caja de Ahorros con cerca de seis mil euros y algunas cartas. Ningún diario privado con algún terrible secreto, ninguna revelación inconfesable.

—¡Mira esto! —exclamó Edurne de pronto.

Jon estaba sacando la pizza del horno, la dejó encima del mostrador y se apresuró a volver a su lado. A pesar de su reticencia inicial a leer la correspondencia privada de su tía abuela, la joven no había podido evitar echarle una ojeada. Aparte de varias tarjetas de felicitación que ella misma le había entregado en sus cumpleaños, en la caja había una postal fechada en las últimas navidades, con un paisaje nevado pintado al óleo y una dedicatoria en el interior: «Para la más fiel compañera de mi madre, con todo mi cariño. Feliz Año Nuevo. Miguel».

—¡Ella lo sabía, sabía lo del hijo! ¡Tenía que saberlo después de haber vivido tanto tiempo con doña Amelia!

No acababa de decidir si debía maldecir a la mujer, justificarla debido a su enfermedad o admirarla por haber guardado el secreto de su señora y amiga.

—¿Por qué nunca me lo dijo? —preguntó ella molesta.

—¿Y por qué iba a hacerlo? No era asunto tuyo.

—Pero tenía momentos de lucidez y sabía que estábamos buscándolo...

—Hay promesas que no deben romperse y, tal vez, ella juró a doña Amelia que nunca diría nada acerca de su hijo. O simplemente lo borró de su mente.

Habían estado tan cerca... Si Felisa solamente hubiera mencionado un nombre, un lugar... Recordó lo que le había dicho el sacerdote amigo de la familia y se lo contó.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Lo intenté, pero estos dos últimos días has estado todo el tiempo

acompañando a tus padres, y no quería que pensaras que no tenía otra cosa en la cabeza, aunque... habrías tenido razón. Este asunto me tiene obsesionado. Ya no se trata sólo de encontrar al hermano desconocido de Elvira Rojas para que ésta pueda recibir su parte de la herencia. Hay más. Quiero reconstruir las vidas de Amelia y Pepe Aurra, saber si alguna vez llegaron a encontrarse de nuevo, averiguar dónde escondió a su hijo y por qué.

—¿Nos vamos entonces a Labastida este fin de semana?

La abrazó con todas sus fuerzas y besó sus labios, convencido de que acabaría por averiguar el secreto de Amelia Zabaleta. La pizza quedó olvidada encima de la mesa.

A media tarde, se dio cuenta de que tenía una llamada perdida de Paco Durana y lo llamó de inmediato.

—Tengo información para ti —le dijo el mecánico—, pero ahora estoy bastante liado. ¿Nos vemos a las siete en el Sagartoki?

Estaba puntualmente en el asador a la hora convenida. Durana tardó todavía veinte minutos en llegar.

—Tenía una reunión con unos clientes —se disculpó.

Pidió un pincho y una copa de *txakoli*, y ambos se sentaron en un extremo del mostrador.

—He hecho lo que me pediste y, en efecto, los dos tipos que te interesan son también socios del club.

—¿Luisito Inoso y Crispiñana?

—Sí. ¿Por cuál de los dos quieres que empiece?

No esperó a que Jon se decidiera y empezó hablando del primero. En efecto, Inoso se había hecho cargo hacía poco del negocio familiar con el apoyo de su madre, y su primera decisión había sido poner de patitas en la calle a los antiguos colaboradores de la empresa. Aparte de eso, no había mucho más que contar acerca de él. Era un vago y un oportunista, casado con la nieta de unos exiliados que habían hecho fortuna en México y que volvieron en cuanto pudieron hacerlo. La mujer era mona, pero tonta, y él le ponía los cuernos sin ningún recato, a la vista de todos. Incluso se le había visto con su última amante comprando ropa interior femenina en un comercio especializado.

—No entiendo a las mujeres —concluyó el hombre—, porque ¡mira que

es feo el tío!

—Algún encanto tendrá... —rió Jon.

—Como no sea el dinero de su mujer... porque, según me han dicho, el negocio va de capa caída. Y ahí es donde entra el otro, Crispiñana, Fede para los amigos. Ayer hice unos cuantos hoyos con él, y lo dejé ganar, porque es más inútil con los palos que yo con las agujas de hacer calceta. Después nos tomamos unos *gin-tonics*, y al tipo se le soltó la lengua... Puso a parir a Inoso, lo llamó de todo y acabó diciendo que no se podía esperar otra cosa del nieto de un sinvergüenza sin moral que se hizo rico robando a sus víctimas.

—Qué fuerte...

—Pues anda que su familia..., tal para cual. Luego la tomó con el abuelo de Inoso. Según había sabido por su padre, en un principio socio minoritario de Rojas y Rojas, pero luego simple empleado a sueldo, Evaristo se forró gracias a sus buenas aldabas en las altas esferas, algo muy común por otra parte en aquellos años. Debía de mantener buenas relaciones con otros de su misma escuela; los domingos a misa y el resto de la semana a hacer la puñeta al prójimo. Total, ¡para eso estaba entonces el confesonario! También tenía otro socio, el cual, al parecer, fue asesinado en su propia casa. No pillaron a los asesinos, pero Crispiñana está convencido de que el asesino fue alguien contratado por Rojas. Lo más extraño del caso es que éste, en lugar de buscar esposa entre la nueva élite, por ejemplo la hija de alguno de aquellos rufianes nuevos ricos, se casara con una chica corriente de aquí.

—Amelia Zabaleta...

—No me dijo su nombre, pero sí que Rojas la dejaba hacer lo que quería porque, al parecer, ella conocía sus secretos, aunque él no se privaba de tener apaños por su cuenta, pues, al parecer, vivían juntos, pero no como Dios manda, que solía decirse. Una de sus amantes se llamaba Consuelo Hijárate. Ahora tiene más de ochenta años y vive en las Cercas Bajas. ¡No me extraña que el inútil del nieto haya salido al abuelo!

Se despedían media hora después; Durana tenía ensayo con el coro, pero prometió comunicarle cualquier novedad que llegara a sus oídos.

El círculo se cerraba, si bien resultaba más complicado tras cada nueva información. ¿Qué había dicho Felisa la noche que entraron a robar en el

chalé? Que habían sido ellos, que no la dejaban en paz porque ella lo sabía... Sabía ¿qué? Algo importante debía de ser si, como había asegurado Durana, el repulsivo del marido le permitía hacer su vida.

Llegado el sábado, la pareja partió hacia Labastida después de pasar por el piso de los Inoso en busca de las llaves de la casa. Elvira se las había entregado, no sin reticencias; no veía la utilidad de la gestión, teniendo en cuenta que el nombre de su supuesto hermano no aparecía por ninguna parte en Álava. Además, en cuanto pudiera, tenía intención de deshacerse de aquella propiedad; sólo había estado allí en una ocasión y no guardaba un buen recuerdo. Su madre decía que los aires de Rioja Alavesa eran buenos para su salud, pero, en el fondo, ella estaba convencida de que sólo se trataba de una excusa para escapar de Vitoria. Jon tuvo que insinuarle que, quizás, allí encontrarían algún indicio sobre el paradero de Miguel Aurra, pero no le contó lo que el sacerdote había comentado respecto a la adopción simulada. Ya la pondría al corriente llegado el momento, si es que había algo que decir. El cielo estaba despejado y habían subido las temperaturas, por lo que la excursión resultó un placer añadido a la expectativa de encontrar, por fin, al heredero desaparecido. No tenían prisa, así que se tomaron su tiempo y, en lugar de la autopista, cogieron carreteras comarcales que los llevaron por parajes de rocas y labrantíos hasta adentrarse en los campos de vides y olivos, de un verde intenso que mutaría a ocre rojizo al llegar el otoño. No les costó dar con la vivienda, una casa de piedra del color de la tierra seca de la calle Mayor, pero apenas habían abierto la puerta cuando los abordó una mujer de mediana edad que salió precipitadamente de la vivienda de enfrente, secándose las manos con el delantal.

—Los señores no están —les informó a modo de saludo.

—Lo sabemos —respondió Edurne con una sonrisa—. Doña Amelia murió hace algo más de dos meses.

—¿Qué me dice! ¿Y su marido?

Durante un instante, ambos se miraron sorprendidos. Luego cayeron en la cuenta de que probablemente se refería a Salvador, si bien no se molestaron en aclarar que el hombre en cuestión sólo era el chófer y acompañante de la señora.

—Está bien, pero es ya muy mayor. Hemos venido a recoger algunos

efectos personales y a comprobar que la casa se halla en buenas condiciones.

—De eso me encargo yo —protestó la mujer—. Paso todas las semanas a ventilarla y a quitar el polvo. Y cuando ellos vienen, bueno... venían, me ocupaba de atenderlos. ¿Piensan venderla?

—No, por ahora.

Pareció aliviada al saber que no iban a vender la casa, por lo que llegaron a la conclusión de que recibía algún tipo de compensación económica por ocuparse de ella.

—Los acompaño. Hay que abrir las ventanas —dijo sin darles tiempo a reaccionar y entrando en la vivienda por delante de ellos.

Al contrario que su vetusto aspecto exterior, el interior estaba reformado, aunque mostraba un cierto aspecto decadente con sus suelos de baldosas desgastadas, unos muebles sencillos, cortinas y cojines descoloridos por la luz y algunos cuadros con flores y paisajes en las paredes. No obstante, se respiraba un ambiente acogedor, y Edurne notó el suave aroma a rosa y lavanda de doña Meli que tan bien conocía. Ella le había enseñado a hacer perfumes caseros durante aquellos largos inviernos en los que acudía a su casa después del colegio.

—Haz siempre tu propio perfume —le decía—, así olerás a ti misma.

Había seguido su consejo. El recuerdo la emocionó, y acarició un cojín bordado en punto de cruz, otra de las aficiones de la señora y de su añorada tía abuela.

—Tengo que dejarles un rato —oyó decir a la mujer—. El marido y los hijos volverán de las viñas en cualquier momento ¡y traerán hambre! Pero, si necesitan algo, no se priven. Estoy enfrente.

Por fin se quedaron solos y, algo decepcionados, recorrieron el lugar esperando encontrar una pista que los llevara a dar con el paradero de Miguel Aurra, porque estaba claro que allí no vivía ni había rastro de que hubiera estado alguna vez. La vivienda presentaba el aspecto de la típica casa de veraneo; muebles cubiertos con telas, la nevera vacía, las habitaciones con olor a cerrado... Abrieron armarios y cajones, pero sólo encontraron ropa de cama, manteles, recibos antiguos y poco más. No había nada que pudiera interesarles y decidieron comer en un bar cercano que habían visto al llegar. Estaban en los cafés cuando apareció de nuevo la mujer, que, según supieron

luego, se llamaba Ascen.

—Ya me imaginaba que ustedes andarían por aquí cerca... —dijo sentándose a la mesa—. ¿Y qué? ¿Han encontrado todo en orden?

—Sí, todo en orden —repitió Eburne.

—Qué pena lo de doña Amelia...

—Ya tenía muchos años...

—Aun así, da pena. Era una mujer muy educada y atenta, siempre me traía una caja de trufas.

—¿La conocía usted bien? —preguntó Jon.

—Sí, bueno... todo lo bien que se puede conocer a alguien a quien se ve de vez en cuando. Ella y su marido, y otra señora mayor, venían al pueblo un par de veces al año y solían andar por la zona, dando una vuelta por los alrededores, visitando las bodegas, ya saben ustedes... Ésta es una tierra muy saludable, buena comida, buen vino. Viene mucha gente de Vitoria. Compraron la casa cuando yo era una cría, y mi madre se ocupó de ella hasta que ya fue mayor y pasé a encargarme yo.

No había duda de que le gustaba hablar y de que no les costaría mucho sacarle alguna información que pudiera interesarles.

—¿Y su hijo?

—¿Hijo? No tenían hijos, que yo sepa. Un verano vinieron con una niña, más o menos de mi edad, no sé si era su hija o una sobrina, pero me acuerdo de que era muy envarada y antipática. No quiso jugar conmigo y con los chavales del pueblo, así que no le hicimos caso. No la he vuelto a ver.

—Oiga... Nos interesa mucho la historia de Labastida, ¿no sabrá usted de alguien que la conozca bien? —se le ocurrió preguntar a Jon.

—Don Saturnino, el antiguo maestro. Lo sabe todo del pueblo. Vive aquí al lado, si quieren les acompaño hasta su casa.

Minutos más tarde estaban sentados en un pequeño y cuidado jardín en compañía de un hombre que aparentaba bastante menos edad de la que en realidad tenía. Él y su esposa eran vitorianos, pero habían decidido quedarse en la localidad al llegarle a él la jubilación, entre otras cosas porque, además de gustarles el clima y la tranquilidad del campo, sus dos hijas se habían casado allí y no era cuestión de envejecer solos en la capital, lejos de ellas y de sus nietos. Tal y como había dicho Ascen, el hombre era una enciclopedia

andante, y no sólo en lo concerniente a la zona; lo mismo hablaba de historia que de política, de geografía, ciencias o naturaleza; era, en pocas palabras, un maestro de los de antes.

—Algo sobre la época de la guerra, aquí en Labastida —respondió Jon cuando les preguntó qué era lo que deseaban saber.

Frunció los labios como si el tema lo desagradara profundamente y, por un momento, temieron que fuera a despedirlos con cajas destempladas.

—Yo saqué el título en la antigua Escuela de Magisterio de Vitoria, que entonces estaba en el Casco Viejo, y llegué aquí al poco de acabar aquello —empezó diciendo—. Fue una especie de castigo porque mi padre y mis tíos habían pertenecido a un sindicato obrero. Era joven y esperaba un destino algo más... ambicioso, pero aquí acabé, y no me arrepiento. Soy maestro vocacional y he disfrutado enseñando a varias generaciones de bastidarras.

Había anochecido y empezaba a dejarse sentir un vientecillo fresco cuando se despidieron de sus amables anfitriones que, no contentos con responder a sus preguntas, los habían agasajado con jamón, chorizo, queso, pan y, por supuesto, vino. Los dos pequeños hoteles que había en la localidad estaban ocupados, así que no se lo pensaron y volvieron a la casa la calle Mayor. Por suerte para ellos, Ascen no apareció, y evitaron tener que darle explicaciones. No quisieron ocupar la habitación principal, la que supusieron era la de doña Amelia, les dio reparo, y se acomodaron en un dormitorio con dos camas separadas por una mesilla. Edurne se quedó rápidamente dormida, pero Jon permaneció despierto durante largo rato, pensando en lo que les había contado el viejo maestro.

—Al empezar aquello —había dicho utilizando el término que ya les era familiar para referirse a la Guerra Civil—, Labastida no llegaba a los mil habitantes, la mayoría agricultores. Mataron a diecinueve hombres, además de llevar a cabo numerosas detenciones y vejaciones, en especial a seis mujeres, que luego fueron trasladadas a la cárcel de Vitoria. Allí también fusilaron a un par vecinos del pueblo. Todo muy triste. Yo conocí a algunas de las mujeres, pero nunca quisieron hablar de lo que habían pasado, al menos conmigo. Aquí cerca, en Elciego, ocurrió otro tanto. Bruno «el Carnicero» y sus matones asesinaron a una docena de hombres después de torturarlos, y luego...

—¿Bruno «el Carnicero»? —lo había interrumpido él.

—Sí, supongo que habréis oído hablar de él. Anduvo por toda Rioja Alavesa haciendo de las suyas, aterrorizando, robando a manos llenas, torturando y matando gente. Era un Calígula perturbado sediento de sangre a quien aquello le vino de perlas para dar rienda suelta a su maldad, y no fue el único. Desgraciadamente, en ocasiones parecidas el ser humano hace buenas las palabras de Plauto en su «*Asinaria*»: *Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit*.

Sonrió al constatar que ninguno de los dos había entendido sus últimas palabras, y añadió:

—«Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro», aunque, en realidad, lo más terrible de una guerra civil es que el hombre sí conoce al otro, y a veces demasiado bien. Para más inri, aquel criminal no sólo fue premiado por sus atrocidades sino que, encima, murió viejo y tranquilamente en su cama. Lo cual me hace suponer dos cosas: que las personas normales no son proclives a la venganza, puesto que algunas de sus víctimas podrían haberse tomado la revancha, o que el miedo puede llegar a ser una especie de enfermedad difícil de erradicar, que se adentra en la mente y no desaparece hasta que uno muere.

Conocía a doña Amelia y a su «marido», pero no habían llegado a intimar, aparte de un cortés intercambio de frases al encontrarse en el paseo. Tampoco recordaba haberlos visto acompañados de un hombre más joven. En cuanto a si sabía de unos padres que, en aquella época, hubiera perdido un hijo de cuatro o cinco años de edad, no podía informarles. Había transcurrido mucho tiempo y, como ya les había comentado, él llegó a Labastida cuando todo acabó.

Así pues, seguían igual. Había aprendido cosas que ignoraba sobre una época de terror que él no vivió, pero no había avanzado un solo paso en la búsqueda de Miguel Aurra y, a estas alturas, dudaba mucho que fuera a averiguar su paradero. Apenas le quedaban trescientos euros de la suma adelantada por Elvira, e iba a tener que inventarse algo para retrasar el pago del alquiler de su piso. Un conocido le había pedido investigar a su mujer, de la cual sospechaba que tenía un amante, pero no quería volver a verse implicado en líos de cama y relaciones extramaritales; eran naderías

comparadas con el drama, tan fácilmente olvidado, que había vivido la generación de sus abuelos. De todos modos, no le quedaría más remedio que aceptar el trabajo; eso, o pedirle prestado a su madre.

Se levantaron tarde al día siguiente y fueron a despedirse de Ascen. De paso le comunicaron que habían dejado en la cocina de la casa el par de juegos de sábanas utilizado. La mujer no disimuló su sorpresa, no porque hubieran dormido en la casa, ya que tenían las llaves, sino porque hubieran utilizado dos camas en lugar de una, e hizo un comentario respecto a las, para ella, extrañas relaciones de los jóvenes modernos. A continuación desayunaron en el bar donde habían comido la víspera y, antes de marcharse de Labastida, subieron al mirador del Cerro de la Mota y contemplaron desde allí el mar de viñedos que se extendía a sus pies. No tenían ganas de regresar tan pronto, dado que era domingo y que el cielo continuaba completamente azul, así que decidieron acercarse a Laguardia. Daba la impresión de que eran fiestas, o de que había algún evento especial, porque las calles de la preciosa villa alavesa estaban a desbordar de gente.

—Es así todos los fines de semana desde que empieza el buen tiempo — les respondió un hombre a quien preguntaron a qué se debía el gentío.

Ambos conocían la localidad, pero volvieron a recorrerla e incluso se toparon con varios conocidos de Vitoria-Gasteiz. Al llegar a la plazuela de la iglesia de Santa María de los Reyes, Jon aprovechó para fumarse un cigarrillo mientras Edurne entraba una vez más a admirar el pórtico policromado, único en su estilo. Él se lo sabía de memoria, de cuando, antes de meterse a investigar infidelidades ajenas, había trabajado para una empresa turística que organizaba viajes por Álava. No le duró mucho aquel empleo; el negocio quebró un año más tarde y él se quedó con lo puesto y sin la última mensualidad. Observó que, en una de las esquinas de la plazuela, había varias personas con sus respectivos caballetes de pintura y se acercó a curiosear. Era bonito verlas trabajar, cómo iban reflejando, cada cual en su estilo, la calle principal repleta de viandantes que, por lo visto, era el tema elegido. Uno de los artistas, un joven con un *piercing* en su oreja derecha, le explicó que todos eran de la zona, y que se reunían de vez en cuando para pintar, intercambiar opiniones y aprender.

—Somos todos aficionados, menos el maestro —dijo señalando a un

hombre que lucía una poblada barba blanca y llevaba puesto un chándal viejo.

El mencionado iba de uno a otro, aconsejando, señalando matices o, incluso, retocando él mismo algunas de las obras de los menos hábiles.

—¿Es pintor profesional?

—No. Tiene una pequeña bodega, pero lleva pintando toda la vida.

—¿Y vende?

—De vez en cuando...

El joven esbozó una agradable sonrisa y volvió a centrarse en su pintura. Jon encendió otro cigarrillo. Envidiaba a las personas capaces de crear algo con las manos, lo que fuera, aunque tenía que reconocer que él era más bien nulo en lo que a la destreza manual se refería; de hecho, nunca le había interesado demasiado. Quizás se estaba haciendo viejo y ahora empezaba a ver las cosas con otros ojos. Echaba la vista atrás y no había nada interesante en su vida, y su futuro no era más halagüeño. Edurne lo sacó de su cavilación, y fueron a picar algo antes de volver a Vitoria. Había una exposición en el último de los tres bares en los que entraron, pinturas en pequeño formato de Laguardia y de Rioja Alavesa en general. Al salir del local, la joven le entregó una bolsa de plástico con algo dentro.

—¿Qué es? —preguntó él, divertido.

—Un regalo por nuestro aniversario.

—¿Qué aniversario?

—Hoy hace exactamente tres meses que nos conocimos.

Le entró la risa y le dio un beso. Ciertamente, ella era lo mejor que le había ocurrido nunca. Sacó el contenido de la bolsa; era uno de los cuadros que colgaban en la pared del bar, una pintura en la que dos siluetas, hombre y mujer, aparecían cogidos de la mano con la mole rocosa del Toloño al fondo y un cielo azul surcado por hilos de nubes.

Bueno, ya está hecho. ¡Dios! Años sin verlo ¡y sólo lo he tenido unas horas para mí sola! Menos mal que he retenido mis lágrimas para no asustarlo durante el viaje en este mismo autobús que ahora me lleva de vuelta. Se parece a su padre, o a mí, o a los dos. No quería ser mi amigo, no dejaba de preguntar por sus abuelos y por su tía... Está claro que es tu hijo, tiene tus mismos ojos, tu misma sonrisa...

Oh, mi amor... No volveré a verte y te añoraré el resto de mi vida, pero lo tendré a él, el más hermoso regalo que podrías haberme dado. Dicen que nadie muere mientras no es olvidado, y tú no lo serás mientras yo viva, mientras viva tu hijo.

¿He hecho bien dejándolo con María?

Les he quitado su nieto a mis padres... ¡Qué dolor verlos, a ellos y a Fernanda! ¡Qué dolor! Y no poder decirles que lo hago por ellos y por el niño, que el miedo no me abandona, que no puedo ponerlos en peligro, que no puedo permitir que él les haga daño. Lo ha dejado bien claro: o yo, o ellos. No sé si podré aguantar... Tengo que hacerlo, tengo que soportarlo.

¿Estará bien el niño con María? ¿Por qué no iba a estarlo? Fue mi consuelo cuando mataron a Victo, y Mikel será para ella el hijo que le han robado. Ha perdido a su hijo, yo no quiero perder al mío. Le prometí que nos veríamos cuando todo esto acabara, cuando las dos fuéramos libres. Ella lo es, yo nunca lo seré.

He entregado mi alma al diablo, si es que todavía la tengo. ¿Qué es el alma? ¿La vida? ¿Los sentimientos, las emociones, los pensamientos? ¿Y qué haces cuando un ladrón se apropia de ella?

Fue buena idea salir por la puerta del cantón y escapar de la vigilancia de su amigo, ese hombre siniestro con el que siempre está. Podríamos haber huido, coger otro autobús, ir a Francia... pero entonces... ¿qué les habría pasado a mis padres y a mi hermana? Espero que estén bien porque él ya sabrá a estas alturas que me he marchado. Tengo que regresar y aceptar mi destino.

Mi niño, mi hermoso niño... ¿Cuándo volveré a verte?

No, señora, no me pasa nada. Lloro porque estoy triste...

Sí, he perdido a alguien muy querido para mí.

Sí, ya sé que las penas acaban por pasar y que la criatura que espero me devolverá la alegría. Muchas gracias, señora.

¿Para qué voy a contarle que el ser que llevo dentro es fruto de la brutalidad de su padre? ¿Que desde la primera noche me ha violado para satisfacerse? ¿Que me trata peor que a una rata? No merece la pena.

Hijo mío... Vivirás con otro nombre, con otros padres, pero estarás a salvo, y yo vendré a verte, te lo prometo. Volveremos a estar juntos aunque él

me viole de nuevo, aunque me haga hacer lo que nunca te contaré, aunque me amenace con enviarme a la cárcel.

Estamos llegando...

Dame fuerzas, Dios de los indefensos, de los perseguidos, de los torturados. No sé ni cómo las tuve para decir que lo aceptaba por marido, en aquella iglesia de Burgos, ante un cura de los suyos... Sé que me arrepentiré, me arrepentí entonces, pero ya no tiene remedio.

El recuerdo del viejo maestro y de su mujer, sentados en su pequeño jardín, sonriéndose con la complicidad de dos buenos amigos, juntos hasta el final, le recordó a Jon que no había ido a ver a su madre desde hacía casi dos semanas; se sintió culpable y decidió darse una vuelta por el quiosco antes de que cerrara al acabar la jornada e invitarla a tomar algo. La había llamado varias veces por teléfono, aunque no era lo mismo. Ella estaba prácticamente sola desde la muerte de su marido y más aún desde su propia boda, pero nunca la había oído quejarse. Pensó en doña Amelia, sola durante su matrimonio, sola también después, manteniendo una relación superficial con su hija y con la única compañía de sus viejos sirvientes. Al menos su madre tenía dos hermanas con las que se llevaba bien y un grupo de buenas amigas con quienes se reunía a menudo. La pilló bajando la persiana de metal, pero únicamente para acompañarla hasta una cafetería donde había quedado con sus amigas, y éstas se empeñaron en invitarlo a un café, a una copa o a lo que quisiera. No pudo negarse, así que optó por una cerveza y tuvo que someterse a un interrogatorio a fondo acerca de su vida. Lo conocían desde que era un chaval, lo habían visto crecer, habían asistido a su boda con Miren y se consideraban sus segundas madres. Por un momento, se sintió cohibido allí, en medio de un grupo de mujeres bulliciosas y temiendo que apareciera algún conocido en cualquier momento. Fue sólo un santiamén. Comprobó que su madre se divertía con la cháchara de sus amigas, que se la veía feliz, y se le quitó un peso de encima. Al poco, entre risas, les contaba anécdotas de sus investigaciones sobre líos y adulterios, por supuesto sin mencionar los nombres de los implicados, y se vio sorprendido al constatar que ellas conocían muchos más, de antes de que él naciera, incluso algunas que lo hicieron enrojecer cual novicio desvirgado por meretriz.

—¿Esas cosas ocurrían en Vitoria? —preguntó atónito.

—Ésas ¡y muchas más! —respondió la mayor de todas con una voz chillona que atrajo las miradas de los demás clientes—. Mi suegra se las sabía todas. Ahora las relaciones son de otra manera y nadie les da importancia, pero antes las mujeres debían andarse con cuidado si no querían andar de boca en boca. Y también estaban las «querindongas» de los ricos que presumían de piadosos en misa y en las procesiones y luego pasaban la noche con ellas. Claro que algunas, pobres, no tenían otro medio para ganarse la vida...

La historia de aquellos terribles años y sus protagonistas lo perseguían allá adonde fuera. En alguna revista había leído que todos los seres del planeta estaban relacionados de una manera u otra, incluidos los que se hallaban en la otra punta del globo. Le había parecido algo exagerado, pero, sin llegar a tanto, estaba visto que el artículo tenía razón, al menos en lo concerniente a Vitoria.

—¿No conoceréis por casualidad a una tal Consuelo Hijárate?

De pronto le había a venido a la cabeza el nombre de la amante de Evaristo Rojas.

—¿«La Tacones»? —preguntó a su vez otra de las reunidas, y aclaró—: La llamaban así porque mientras las demás calzaban *topolinos*, ella iba con unos zapatos de aguja de vértigo, muy parecidos a esos que han vuelto a ponerse de moda.

Rosa y sus amigas rememoraron entre risas y aspavientos las modas de antaño, y Jon echó una rápida ojeada a su libreta, donde había apuntado la dirección proporcionada por Paco Durana. Se levantó y se despidió aduciendo que tenía algo que hacer. Tuvo que aguantar besuqueos y recomendaciones en cuanto a que ya era hora de que sentara la cabeza y tuviera una familia; prometió llamar a su madre y salió de la cafetería lo más deprisa que pudo. En cinco minutos estaba ante el portal de las Cercas Bajas y subía los cinco pisos sin ascensor que llevaban al ático. Con la respiración entrecortada y la promesa renovada de dejar el tabaco, llamó al timbre de la única puerta en un descansillo sin luz. Tuvo que esperar un rato, y ya estaba pensando en bajar las escaleras cuando escuchó el ruido de varias cerraduras al abrirse. Todavía transcurrieron unos instantes hasta que la puerta se entreabrió, y asomó un rostro por debajo de la cadena que impedía la entrada.

—¡Váyase! ¡O llamo a la Policía!

Mencionó todos los nombres que le vinieron a la mente: el de su abuela, el de su madre, el de la amiga de su madre, el de Fermina, la cuidadora de Zipriano, el del propio Genaro, para convencerla de que no quería venderle nada, y de que tampoco era un ladrón, sino alguien que deseaba hablar un rato con ella. Y mintió con total tranquilidad al afirmar que era periodista y que estaba preparando un reportaje sobre la Vitoria de los años cincuenta.

—¿Y por qué viene usted a hablar conmigo? —inquirió ella.

—Porque me han dicho que tiene usted muy buena memoria y, si quiere que le diga la verdad, no conozco a muchas personas mayores.

La respuesta pareció convencerla, cerró la puerta, volvió a abrirla después de quitar la cadena, lo invitó a entrar, lo condujo a un pequeño salón donde había una estufa de gas encendida, y apagó la televisión. El piso era minúsculo, si bien estaba cuidado y amueblado con un gusto que a él le recordó la casa de Fray Francisco, aunque mucho más modesto.

—Usted dirá...

Resultó ser una mujer con una memoria excelente para su edad, ochenta y dos, confesó orgullosa. Pese a las arrugas, el pelo teñido de rubio falso, las manos marcadas por venas y manchas, y una ligera vacilación al andar, conservaba el rastro de su pasada belleza, unos ojos claros sorprendentemente vivos y un cuerpo delgado enfundado en unos pantalones oscuros y un jersey de color malva por el que asomaba el cuello de una blusa de flores. Hablaron durante largo rato sobre la madre, lavandera, viuda y con cinco hijos a quienes sacó adelante a costa de su salud en el quehacer de la lavandería; de la guerra y la posguerra, de las cartillas de racionamiento, la falta de trabajo, la miseria, el miedo. Poco a poco, llegaron a la época que a Jon le interesaba; no sabía cómo abordar el tema, pero no hizo falta que se esforzara. Consuelo estaba encantada de hablar con alguien tan joven a quien contarle su vida y no se cortó un ápice al asumir que se la ganaba complaciendo a ciertos hombres, a quienes llamaba «tíos», dispuestos a pagar generosamente por sus servicios.

—Digamos que era su pupila —añadió con una sonrisa—, porque nunca estuve con dos al mismo tiempo. Cuando ellos se cansaban de mí, o yo de ellos... lo dejábamos, y en paz. Entonces se decía «mantenida», pero, a fin de

cuentas, la mayoría de las mujeres lo estaban. ¿Sabías que una casada no podía trabajar si el marido tenía unos ingresos mínimos y que tampoco podía disponer de sus propios bienes sin su autorización? Estaba bajo su tutela. Bueno, las solteras tampoco lo tenían mejor porque estaban bajo la tutela paterna hasta los veintitrés y, si trabajaban, las echaba en cuanto se casaban. Y ni unas ni otras podían firmar contratos, ni siquiera abrir una cuenta en un banco, ni sacarse el pasaporte sin la firma del tutor. Vamos, ¡como si fueran niñas de teta! Y encima te echaban una multa si llevabas pantalones.

—¿Y en tu caso?

Habían pasado a tutearse de la manera más natural, como si fueran amigos desde hacía tiempo.

—El adulterio era un delito, y un pecado mayúsculo, pero sólo para las mujeres; los hombres tenían bula. Anduvieron detrás de mí para meterme en una institución de monjas donde, decían, reeducaban a las «caídas», que era así como nos llamaban. Pero mis... «tíos» lo impidieron una y otra vez por mucho que la sabandija aquella lo intentó.

—¿Quién?

—Concha Garciaran. Una mujer más frígida que un palo de escoba, y más mala que la sarna. Denunció a su mejor amiga por haberse casado por lo civil con el hombre a quien ella quería, y que no le hacía ni caso. La acusó de ser una adúltera y de haber tenido un hijo bastardo, y a la pobre la metieron en la cárcel. Sé que lo pasó muy mal, y que quedó algo trastornada después de aquello.

—¿Trastornada en qué sentido?

—No sé... se volvió introvertida, no hablaba con nadie ni salía de su casa, aunque a mí me pareció una mujer bastante normal.

—¿La conociste?

—Bueno, estuve con ella una vez, cuando...

Consuelo calló, y Jon intuyó que se había dado cuenta de que, quizás, había hablado demasiado. No estaba dispuesto a perder la ocasión y se arriesgó.

—¿No sería la esposa de Evaristo Rojas?

No estuvo seguro, pero, a la luz de la lámpara de pie que alumbraba la habitación, creyó notar que ella empalidecía. Durante unos instantes, le dio la

impresión de que se ausentaba, perdida en un momento del pasado que no deseaba desempolvar. Cogió aire y le confesó que no era periodista, que en realidad era un investigador contratado para averiguar el paradero del hijo de Amelia Zabaleta. Habló largo y tendido sin que ella lo interrumpiera, aunque advirtió su creciente interés a medida que él se explicaba.

—Evaristo era una mala persona —dijo cuando él hubo acabado—; me amenazó con entregarme a las señoras del Patronato, que se encargarían de encerrarme lejos de Vitoria, en uno de sus reformatorios, en los que era muy fácil entrar pero casi imposible salir.

Se veía que le resultaba difícil revelar aquella parte de su vida, pero continuó. No se había prostituido por placer, sino por necesidad, como las miles de mujeres que no tuvieron otro medio para sobrevivir y ayudar a sus familias; viudas de guerra, huérfanas, madres solteras, excarceladas... Ella era todavía casi una niña cuando empezó en el oficio, a raíz de haber sido violada por el señor de la casa donde trabajaba. La llevó a un piso donde la visitaba dos o tres veces por semana y le daba dinero, que ella entregaba a su madre; la pobre mujer creía que seguía de criada, lo cual era cierto de alguna manera. Hasta que él se buscó otra amante, la echó del piso, pero se la pasó a un conocido. Nunca amó ni fue amada, pero tuvo suerte, reconoció con un deje de tristeza; tampoco fue maltratada y todos sus «tíos» habían sido generosos con ella, incluso Rojas. El hombre le puso un piso muy bonito en La Cuchillería y acudía casi todos los días a verla, hasta que ocurrió aquello...

Consuelo hizo una pausa y cerró los ojos. Jon estaba impaciente por saber más, pero no dijo nada y esperó a que ella continuara.

—Un día me dijo que le debía un gran favor a un amigo, y que éste le había pedido pasar conmigo aquella misma noche. Me negué, pero me amenazó con lo del Patronato y me recordó que yo estaría trabajando para una alcahueta de no ser por él. Añadió que no iba a pasar nada, que me quería y que no estaba por la labor de compartirme. Además, nadie lo sabría porque había exigido a su amigo que diera día libre al servicio. Me entregó un sobrecito con unos polvos dentro para que se los echara en una bebida. Me aseguró que eran para dormir, y que el hombre no recordaría nada cuando despertara del sueño; sólo tenía que dárselos y marcharme en cuanto se

hubiera quedado dormido. Y lo hice. Dejé que aquel tipo me sobara, me dijera obscenidades, me obligara a desnudarme... Era un fanfarrón; sacó una botella de champán del bueno y una copa, sólo para él, y aproveché para echar los polvos cuando fue a orinar. No se quedó dormido; empezó a vomitar y a retorcerse llevándose las manos al estómago, no podía hablar y parecía que los ojos se le iban a salir de las cuencas. Luego empezó a temblar y en nada de tiempo se quedó inmóvil. Yo estaba aterrorizada; no sabía qué hacer. Me vestí a toda prisa, metí en el bolso el sobre con los polvos que quedaban y salí corriendo de allí. Vivía en una especie de palacete a las afueras, era de noche y no vi a nadie. Pasé unos días horribles, pensando que, en cualquier momento, llegaría la Policía a detenerme y que me condenarían al garrote vil por asesina, pero no vino nadie, tampoco Evaristo. No volví a verlo. Una semana después apareció un hombre que dijo ser su administrador, me entregó una carta, un sobre lleno de dinero, y me comunicó que debía abandonar el piso de inmediato. Todavía tengo pesadillas en las que veo al muerto mirándome con su ojo bueno...

—¿Su ojo bueno?

—Sí, era tuerto.

La historia era dramática, pero Jon tuvo que hacer un esfuerzo para no echarse a reír. Así pues, era cierta la sospecha de Crispiñana acerca de que Rojas había asesinado a su molesto socio. Tenía que reconocer que, cuando menos, había utilizado un método original.

—¿Y qué hiciste luego?

—La carta de Evaristo dejaba bien claro que no quería volver a verme y que me mataría si se me ocurría hablar del asunto, así que fui a ver a su mujer.

—¿A Amelia?

—Sí. Le conté lo ocurrido, le entregué el sobre con los polvos y una copia de la carta. La original la guardó mi hermano José, por si me ocurría algo... Ella me escuchó muy atenta, y tuve la impresión de que no solamente no le importaba que hubiera sido la amante de su marido, sino de que, encima, me estaba agradecida. Después de a ella y a mi hermano, tú has sido la primera persona a la que he confiado este hecho. Ocurrió hace... deja que piense... ¡Ya ni me acuerdo! ¿Crees que me detendrían si llegara a saberse?

—No, para nada. Los crímenes prescriben a los veinte años. Además, nadie se acuerda y, de todos modos, ¿a quién iba a importarle? «El Tuerto» era un mal bicho, y tú sólo fuiste el instrumento de otro como él, o peor. ¿Tienes todavía la carta?

—No. La busqué entre los papeles de mi hermano José cuando él murió, pero no la encontré.

Habían transcurrido tres horas sin darse cuenta, y Jon se levantó para marcharse.

—¿Puedo volver a visitarte? —preguntó.

—Me encantaría, aunque sólo para hablar, ¿eh? Ya no estoy para jolgorios.

Ambos rieron a gusto ante semejante ocurrencia.

—No llevas los zapatos de aguja —dijo él señalando a sus pies calzados con unas zapatillas de paño.

—Hace mucho. ¡Me destrozaron los pies! Y, por favor, no te olvides de venir a contármelo si encuentras al hijo de Amelia.

—Lo haré.

Le dio un par de besos en las mejillas y bajó las escaleras procurando no tropezar en la oscuridad. A continuación, pasó por su piso para recoger algo de ropa y alguna otra cosa, y lo encontró desangelado, incluso tétrico. Su casero le había metido una nota en el buzón recordándole que le debía una mensualidad. De no abonarla antes de una semana, tendría que marcharse, y él se quedaría con la fianza a modo de compensación; hizo una bola con el papel y lo tiró al suelo. De camino a Postas, no dejó de pensar en lo que había aprendido en una tarde que suponía iba a ser anodina. La historia de Consuelo, prostituida siendo niña, lo había conmovido. ¿Cuántas más habría habido como ella? ¿Cuántas se habrían echado a la calle por necesidad, a fin de comer y ayudar a sus familias? Le ponía de mal humor pensar en ello, así que centró sus pensamientos en Amelia. Ahora sabía que ella estaba al corriente de lo de «el Tuerto» y, posiblemente aquélla era la razón por la que su marido la permitía moverse libremente, el chantaje. Sonrió imaginando a la mujer amenazando al impresentable con ir a contarle lo ocurrido a la Policía. Ella también habría guardado los polvos y la copia de la carta en lugar seguro, pero ¿dónde? Era una lástima que no pudiera entrar en su casa

para inspeccionar a fondo cada rincón, porque estaba seguro de que allí, en algún lugar, tenía que estar la clave del secreto de Meli.

Le había enviado a Edurne un SMS avisándola de que llegaría un poco tarde y se la encontró leyendo una novela, tapada con la manta de cuadros y escuchando un disco de Benito Lertxundi. Había preparado una crema de calabacín y unos champiñones al ajillo, y el acogedor apartamento olía a hogar.

—Quédate ahí, bajo la manta, leyendo un libro —dijo al hacer ella un amago de levantarse—. Quiero recordarte así.

—¿Te vas?

Notó un tono alarmado en su voz, y se sintió feliz; ella también lo necesitaba.

—No, hasta que tú no quieras que me vaya.

Se arrodilló a su lado, sacó una cajita del bolsillo y se la entregó. Dentro había un anillo de prometida, el de Miren, que ésta le había devuelto al divorciarse porque no deseaba conservar nada suyo, según dijo. El aro de platino con tres pequeños brillantes incrustados era de ella, se lo había regalado, pero no insistió y se lo quedó. Lo había cogido al pasar por el piso.

—No te pido que respondas ahora, ni mañana, ni pasado —dijo—, pero guárdalo hasta que decidas si quieres casarte conmigo. Aunque te aviso de que soy un hombre pobre, sin recursos, sin casa, sin nada.

—¡Qué tonto eres! —rió ella emocionada sin dejar de mirar el anillo—. Por cierto, te ha llegado un sobre gordo; está encima de la mesa.

—Ya lo veré luego. Señorita, ¿quiere usted bailar conmigo?

No se reconocía a sí mismo, no era del tipo romántico, las declaraciones y los bailes agarrados le parecían una cursilería. Hasta ahora. Mientras apretaba a su chica contra él, mientras aspiraba su aroma a hierbas e intentaba no pisarla, descubrió que algo había cambiado en su manera de sentir, de ver la vida, quizás porque la imposible historia de amor de Meli y de Pepe, o la triste existencia sin él de Consuelo, le habían influido más de lo que era capaz de imaginar.

Edurne salió pronto a la mañana siguiente, y él esperó a que fuera una hora prudente para presentarse en casa de Elvira. Tenía que devolverle las llaves de la casa del pueblo y, de paso, informarle de que su asunto era

misión imposible, y de que ya no podía invertir más tiempo en él. Era necesario que se buscara un empleo, de repartidor o de mozo de almacén, de lo que fuera, porque no iba a permitir que ocurriera lo mismo que con Miren, que su pareja pagara las facturas.

—La última posibilidad resultó fallida —concluyó tras explicarle el viaje a Las Merindades y a Burgos—. Tampoco hacía su madre nada especial en Labastida, sólo pasear, y allí no conocen a ningún Miguel Aurra. Ya no sé dónde más buscar.

—Inténtelo de nuevo. Ha llegado bastante más lejos que los otros.

—¿Qué otros?

—Ya le dije que iba a consultar a una agencia de detectives de Madrid... Me han costado caros, y no han encontrado nada. Usted, al menos, ha averiguado dónde estuvo mi madre después de salir del Sagrado Corazón, y noto que está cerca de encontrar a mi hermano.

Le llamó la atención que no se refiriera a él como «supuesto hermano», o «el hijo de mi madre», según acostumbraba. Y había vuelto a tratarlo de usted.

—Lo siento, pero necesito ganar algo de dinero...

—Aquí tiene dos mil euros —dijo entregándole un sobre—. Cuando se le acaben le daré más. Pero con una condición: estoy convencida de que sabe usted más de lo que me ha contado. Encuentre o no a mi hermano, quiero conocer la verdadera historia de mi madre, hasta el mínimo detalle.

Al salir, Jon se dirigió directamente a casa de su casero, le anunció que dejaba el piso, le entregó los cuatrocientos euros del alquiler, y le exigió la devolución de los mil doscientos de fianza, tres mensualidades pagadas por adelantado. En un principio, el hombre se negó a devolverle dicha cantidad aduciendo que, antes, debía comprobar que no había habido desperfectos en la vivienda y que, por otra parte, había sufrido un perjuicio por su tardanza en abonar lo debido. No tardó en ceder ante la amenaza de verse denunciado por incumplir las normas higiénicas del Ayuntamiento respecto a los pisos del casco medieval y por alquilar un espacio menor al estipulado en la normativa, y sin contrato. No tenía ni idea de lo que hablaba, pero el casero tampoco, al parecer, y le entregó el dinero sin rechistar. Volvió a la vivienda, recogió lo poco que tenía dentro y metió las llaves en el buzón, tal y como había

advertido al arrendador. Luego entró en una carnicería y compró un kilo de zancarrón.

Ignoro tu nombre, no sé si nos veremos algún día, pero bendita seas. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, aun sin saberlo. Has traído un poco de paz a mi triste vida. No volverá a violarme, no volverá a tocarme un pelo. Ahora sabe que yo lo sé, y que tengo pruebas de su crimen. Bendita seas mil veces...

Aunque siga igual, presa. No puedo divorciarme, no existe el divorcio. Si me marchó me acusara de adulterio, y volverán a encerrarme... amenaza con vengarse en mi madre y en mi hermana...

Oh, padre, mi querido padre. Ni siquiera me dejó ir a tu funeral. Cuida de ellas y cuida también de mí...

Por un instante he pensado que iba a matarme, pero no es tonto, sólo un oportunista, siempre lo ha sido. No sé si he hecho bien en aceptar sus condiciones a cambio de las mías... No le importa caer si yo también caigo, y no puedo caer, mi hijo me necesita. Podría denunciarlo ahora mismo, pero ¿qué sería de la niña? No tiene la culpa de lo que él hace, no sabe nada de mi tormento, ni lo sabrá. También me la ha robado, la ha puesto en mi contra, no quiere estar conmigo y ya ni me da un beso. No tiene la culpa, pero es su hija, no la mía.

¿Por qué me retiene entonces? ¿Por aquellos documentos que me hizo firmar y que tenían que ver con sus negocios? Sí, eso debe de ser... O simplemente porque disfruta sometiendo a una persona indefensa, o exhibiéndome ante sus poderosos amigos como el cazador que muestra su trofeo... ¡Pobre trofeo el suyo! Una mujer derrotada, sin fortuna, sin familia, incapaz de enfrentarse a él...

Al menos no dormiré a su lado, no tendré que aguantar su acoso, su cuerpo sobre el mío, su olor pestilente a alcohol y puros, y a otras mujeres. Las noches serán mías, sólo mías.

Que me va a vigilar, que no se fía y que va a ponerme un guardaespaldas... Que haga lo que quiera, yo también lo haré, no sé cómo, pero encontraré el medio. Compraré al vigilante, me ofreceré a él si es preciso...

Lo siento, mi amor, lo siento tanto... Pero tengo que encontrar la forma de ver a nuestro hijo. No te veo, ya no te veo. Tu rostro se difumina en mis

recuerdos, se evapora día a día. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? Quince años, quince terribles años sin ti, los mismos que tiene nuestro hijo... Y diez desde que lo dejé con María y no lo he vuelto a ver, los mismos que tiene la hija de mi verdugo...

¿Dónde quedaron nuestros sueños? ¿Dónde?

Estoy cansada. Desearía no despertar cada mañana, dejarme ir, morir...

¿Cómo era aquel poema que escribiste para mí? «Y si al despertar ves que no estoy, no temas. La muerte es sólo un pasar, liviano, y poco más».

Prometí a nuestro hijo que volvería, y no he vuelto. Antes de morir, tengo que verlo de nuevo.

Espérame, querido, espérame, allá donde estés.

Jon no reparó en el sobre que Edurne había dejado sobre la mesa de trabajo hasta colocar la olla exprés con la carne de zancarrón a fuego bajo y haber fregado los utensilios utilizados para cortar las verduras. ¡Se estaba volviendo un cocinillas!, reflexionó con humor, pero era lo menos que podía hacer para demostrar a su pareja que creía en la igualdad de sexos. Y, además, había descubierto que le gustaba. Fue al poner en orden sus papeles cuando se fijó en el sobre acolchado a su nombre, sin remite ni sello, lo que significaba que había sido entregado por alguien en persona. Le gustaban los acertijos y se entretuvo unos instantes tratando de adivinar su contenido. Lo abrió, por fin, y su sorpresa fue enorme; se trataba de un libro fotocopiado por una cara, más bien un cuaderno de doble espiral con tapas de plástico, una especie de álbum escrito a mano, repleto de retratos a plumilla, como si alguien hubiera pegado folios sueltos sobre una cartulina, incluso pequeños trozos de papel. Podían apreciarse con claridad los dentados de un cuaderno o el cortado desigual de algunas de las hojas. A lo largo de las casi doscientas hojas de la fotocopia se sucedían poemas, pensamientos y retratos. Algunos de los primeros los conocía, estaban en el cuaderno que le había entregado don Telesforo, el anciano sacerdote a quien había ido a visitar con Josemari Uriarte. Los comparó, por si acaso; eran los mismos, ¡y la misma letra! Aunque, quizás, más pequeña, menos firme. Leyó el último texto:

*Aun cuando no lo estás,
siempre estás conmigo.
Fui a tu lado caudaloso río,
en tu ausencia cauce vacío.
Adiós, amor, adiós,
y hasta enseguida.*

Los retratos eran, en su mayoría, rostros de todas las edades, pero un examen más detallado descubría similitudes entre algunos de ellos. Daba la impresión de que fueran la misma persona; una niña, un niño, luego joven, luego mayor... Retiró los papeles de encima de la mesa y colocó en ella todas las fotografías que tenía, las del álbum y también las que le había prestado Fernanda Zabaleta. Las puso en orden, empezando por las más antiguas, pero no acababa de ver claro; en casi todas aparecía más de una persona, así que

decidió centrarse en una sola. Eligió a Fernanda, y buscó parecidos. La niña de los tirabuzones con la bata oscura y el lazo blanco, la de la barandilla de La Concha, la de la joven sonriente asida al brazo de su padre, la que estaba con su madre y su hermana mayor, otra en la que estaba sola... y sus réplicas a plumilla. ¡Allí estaban! No eran exactamente iguales a las fotos, pero no cabía duda de que se trataba de ella. Intentó hacer lo mismo con la propia Amelia, pero ésta no aparecía en ninguna de las imágenes. Sí estaban Felisa y Salvador, fácilmente reconocibles ya que él los conocía personalmente. Calculó que habría un centenar y que le llevaría tiempo darles a cada uno un nombre, pero lo haría, porque aquellos retratos eran obra de Amelia, no tenía ninguna duda. Y los poemas eran de Pepe Aurra. ¿Cómo habían llegado a juntarse en aquel cuaderno fotocopiado? ¿Y quién se lo había enviado?

Sonó su móvil en buen momento. Tan inmerso estaba que se había olvidado del estofado y percibió olor a quemado. Corrió al fuego y retiró la olla, al tiempo que respondía a la llamada. Era Edurne, que estaba liada con un nuevo proyecto y no iría a comer.

—Vale, cariño. ¡De buena te has librado! Porque creo que se me ha quemado la comida... Oye, una pregunta: ¿quién trajo ayer el sobre gordo ese para mí?... No, no tiene remite... No, tampoco ninguna nota... Es... ¡ya lo verás! Vale, hasta la noche, guapa.

Tardó tan sólo unos segundos en llamar a la puerta de la vecina de abajo. El sobre se lo había entregado un chaval muy educado, quien aseguró que no había nadie en el piso de arriba y le preguntó si ella podía dárselo al señor que vivía con la señorita Edurne Oleta. Por supuesto que ella había accedido, cómo no, aunque no estaba al corriente de que vivieran juntos, ya que ella no era del tipo cotilla y además no tenía por qué inmiscuirse en la vida de sus vecinos y... Jon interrumpió el discurso dándole las gracias por las molestias y subió de dos en dos los peldaños de la escalera. Llamó a Elvira Rojas para saber si había sido ella quien le había hecho llegar un paquete. Ante su negativa, llamó a Paco Durana y, después, a Josemari Uriarte, y recibió la misma respuesta. No se le ocurría ninguna otra persona. ¿Con quién había hablado del asunto? Comprobó que el estofado estaba comestible pese a su ligero sabor a quemado, metió el portátil y el cuaderno fotocopiado en su bolsa y se fue a casa de Genaro Zipriano.

—No, no he sido yo —confirmó éste mientras pasaba las hojas—. Te lo habría entregado la primera vez que viniste a verme... Bonitos dibujos... Mira, éste es Pepe Aurra, ésta es doña Julia, la de la mercería, y éste, su marido. ¿Y dices que los hizo Meli? Da la impresión de que quería preservar la memoria de las personas a quienes quería, y de que ésta fue la forma que eligió. Fíjate en este niño, hay mucho amor en este retrato. Me gustaría verlo con tranquilidad y leer los poemas y pensamientos que hay escritos. ¿Podrías dejármelo unos días?

Prometió que se lo dejaría en cuanto lograra averiguar quién se lo había enviado. Además, él también tenía que leerlo y examinarlo con detenimiento; estaba seguro de que allí encontraría algunas de las claves de su búsqueda. Todavía no habían dado las doce de la mañana y aún tenía que visitar a otra persona. Dado que ahora tenía más dinero de lo habitual, el que le había dado Elvira y el que había rescatado del casero, decidió coger un taxi y en diez minutos estaba en la habitación de Fernanda Zabaleta.

—Quería que usted lo supiera —dijo acariciando su mano—. Su hermana la quería mucho, siempre la quiso, a sus padres también.

Fue describiéndole los dibujos en los que aparecían los tres, asimismo le leyó los poemas y pensamientos que los acompañaban, palabras de amor, de cariño, de añoranza. Y continuó, a pesar de las lágrimas que rodaban por el rostro de la anciana.

—¿Por qué cree que no quiso volver a verlas a usted y a su madre? —le preguntó cuando hubo acabado.

—Por miedo.

—¿A qué?

—A que nos pasara algo malo, estoy segura. ¿Ha encontrado al niño?

—Todavía no, pero no tardaré.

—Pues dese prisa, que el tiempo corre, y yo soy cada vez más vieja.

—Le prometo que usted será la primera persona en saberlo.

—El otro día recordé algo que había olvidado... Cuando Meli vino a buscar a su hijo salió por una puerta que daba a un cantón, en lugar de por la principal. Al cabo de un rato, don Bruno entró en la casa y nos amenazó con llevarnos a los tres a la cárcel si no le decíamos a dónde habían ido ella y el niño, incluso a mi padre, que estaba muy enfermo. No lo sabíamos, así que

no pudimos decirle nada. Se le notaba furioso y juró que la encontraría, y que nosotros no volveríamos a verla... ¿Fue tal vez por esa razón que se aisló de nosotras y escribió aquella carta diciendo que pensáramos en ella como si ya estuviera muerta?

—No lo sé, querida doña Fernanda, no lo sé, pero estoy convencido de que alguna razón importante tuvo que haber para que ella tomara semejante decisión. Usted no puede ver estos retratos, pero le aseguro que hay mucho amor en ellos.

Cuanto más los miraba, más de acuerdo estaba con don Genaro. No se trataba de simples bocetos impersonales; todos y cada uno de ellos eran declaraciones del cariño, y también de la tristeza, de su autora.

Ocupó la tarde buscando en las fotografías los parecidos con los retratos, si bien casi la mitad no tenían equivalentes, por lo que decidió centrarse en los segundos. Estaba claro que el niño que iba haciéndose hombre era el hijo desaparecido, no podía ser otro. Además, era el más dibujado; la última lámina lo representaba mayor, de unos cincuenta. Recordó que ahora tendría setenta y dos años, por lo que bien podría ser aquél su rostro, y le sacó una foto con el móvil para tenerlo a mano en caso de que se lo cruzara en alguna parte. También había varios retratos de una niña, pero la serie no continuaba. Encontraba una lejana semejanza con Elvira, y probablemente sería ella. ¿Por qué había dejado de dibujarla? Le había prometido contarle la verdadera historia de Amelia, pero no estaba seguro de querer enseñarle el cuaderno; sería duro para ella saber el momento en que su madre había dejado de quererla. Otros retratos llamaban su atención, los de una mujer joven de mirada triste, muy triste. Se repetían cada muchas hojas, desde otras perspectivas, pero siempre era el mismo, la misma edad, la misma mirada de dolor y resignación. En la parte inferior de cada ellos había escrita una palabra, Victo; en los demás no había nombres.

Eduarne lo encontró enfrascado en «El libro de Meli», como lo llamó, y, al igual que él, no pudo substraerse al impacto que provocó en ella ver juntos aquellos retratos, algunos de los cuales recordaba haberla visto dibujar.

—¡Ésta soy yo! —exclamó emocionada.

Había tres de ella; dos de niña y uno de jovencita. Jon asintió con la cabeza, pero no dijo nada, reprochándose no haber sabido distinguir los

rasgos de su amada, que ahora veía con claridad, sobre todo en el último.

—¿Qué edad tendrías? —preguntó.

—Pues... deja que piense... dieciocho, o así.

No había más retratos de personas jóvenes, el resto eran los de Felisa, Salvador, el supuesto hijo y el de la mujer de la mirada triste. Por la edad que representaban los sirvientes, calcularon que había dejado de dibujar muchos años antes de su muerte, aunque todavía había uno más del chófer, ya anciano, con el pastor belga. Era el único con dos figuras, y a Jon le gustó, ambos estaban idénticos a como eran. No entendía nada de arte, pero no hacía falta ser un experto para ver que aquellas obras no eran de un simple aficionado. Amelia era en verdad una muy buena retratista.

—¿Quién crees tú que ha podido enviar el cuaderno?

—No se me ocurre...

—¿No habrán sido tus padres?

—No, seguro que no. Me lo habrían dado en mano.

—No ha sido ninguna de las personas con las que hemos hablado... A no ser don Telesforo, pero él no sabe dónde vivo. O el cura aquel que estaba en la casa la noche en que murió tu tía; me aseguró que era muy amigo de doña Amelia.

—¿Javier?

—¿Se llama así?

—Sí, Javier Legareda.

—Fue él quien me dijo que creía que ella había llevado a su hijo a la casa del pueblo...

—Tengo su número de teléfono.

Tampoco él sabía nada del cuaderno y expresó su deseo de verlo cuando fuera posible.

—Pues ya no queda nadie más —comentó Jon.

—Sí, todavía queda una persona —respondió ella—. ¿Te has fijado en estas notas que aparecen por aquí y por allá con frases sueltas? ¿No te resultan familiares?

Buscó una de las notas mencionadas y se la mostró. Ante su gesto de no entender a qué se refería, Edurne sonrió y buscó el cuaderno de Amelia, el que él había encontrado en el desván, lo abrió por la mitad y lo colocó al lado

de la nota; el rayado de las hojas era exactamente igual.

—¡Por eso las cortó! Para pegarlas aquí. Pero ¿por qué dices que todavía queda una persona? ¿Quién?

—Salvador.

—¿Salvador?

—Sí, él. Aparte de mi tía Felisa, él era el único que podría haber sabido que doña Meli guardaba un cuaderno en el cajón secreto de la mesa.

—La cuidadora también.

—No. Ella entró en la casa hace poco y, además, me consta que doña Meli ya no subía al desván. Me lo dijo ella misma unos meses antes de morir. Le pregunté si ya no dibujaba, y me contestó que muy a su pesar no podía, que había perdido mucha vista. Por otra parte, andaba mal de las piernas y tenían que ayudarla a subir a su habitación. Sólo queda Salvador —concluyó en tono de triunfo.

—Pues mañana sin falta vamos a verlo, y como me llamo Jon Ambrosio que lo hago hablar.

—¿Jon Ambrosio?

—Sí, Ambrosio por mi abuelo materno, pero nunca lo uso —se disculpó.

—¡Mejor que no lo uses! —rió ella.

Había entregado por fin la dichosa traducción y no tenía clase, así que lo acompañó, y él aprovechó para contarle su escueta entrevista con Elvira y también la mantenida con su casero, todavía más corta.

—Ahora ya no tengo dónde vivir...

—¡No seas bobo! Dejaré que te quedes en mi piso si te portas bien —rió ella.

Le cogió de la mano, como si fueran un par de adolescentes que acabaran de enamorarse, y él comprobó algo decepcionado que no llevaba el anillo. Le había dicho que se lo pusiera cuando decidiera aceptar su propuesta de matrimonio y, por lo visto, todavía no lo había decidido. Aun así, estaba allí, a su lado, y él haría lo imposible porque siguieran juntos, casados o no.

No había nadie en la casa, y Edurne ya no tenía la llave de la puerta. A punto de empezar a buscar al hombre y al perro por los alrededores, apareció la cuidadora, quien, según les informó, venía a por sus cosas puesto que ya no era necesaria allí. La cocinera y la doncella habían sido asimismo despedidas.

—¿Le ha pasado algo a Salvador? —preguntaron ambos al unísono.

—No, que yo sepa. Se ha marchado.

—¿A dónde?

—Lo ignoro. Ayer por la mañana llamó a un taxi, cogió al perro y una maleta grande, y se fue. No dijo a dónde iba; sólo me dio las gracias por haberlo atendido y me deseó todo lo mejor. Por supuesto, llamé a doña Elvira, pero ella aseguró que no le preocupaba, que estaría en casa de algún pariente y que Salvador siempre había sido un bicho raro. Lo cierto es que sí que lo era... Con la única persona que se mostraba amable era con doña Amelia; siempre estaba pendiente de ella.

—¿Y con Felisa? —preguntó Jon recordando las palabras del hombre la noche del velatorio.

—No especialmente. Normal. Era un hombre extraño.

Entraron a echar un vistazo mientras ella recogía sus efectos personales. Todo permanecía igual, excepto por el hecho de que faltaban los cuadros del salón.

—Se los llevó el señorito Luis —afirmó la mujer—. Dijo que su abuela se los había regalado en vida. No sé cuándo... Nunca venía a verla. También se llevó los objetos de plata.

Subieron al desván; allí continuaban el retrato de Evaristo Rojas y los demás cuadros apilados. Por lo visto, «el Patillas» había ido a tiro fijo y arramplado con los mejores, los del salón. El hecho de que se hubiera llevado la plata no hacía sino confirmar la opinión de Jon acerca de él, que era igual de codicioso que su abuelo. Al bajar, echó un vistazo a la habitación principal y su mirada buscó el retrato de doña Amelia. No estaba.

—No, sólo cogió los cuadros del salón —confirmó la mujer cuando él le preguntó si Inoso también se había llevado el retrato de su abuela—. Dijo que los demás no le interesaban, que no eran buenos.

Caminaron despacio hasta el bar de La Florida donde habían tenido su primera cita, por llamarla de alguna manera, y pidieron dos cervezas. Estaban atónitos. La desaparición de Salvador no hacía sino añadir confusión al asunto que les ocupaba desde hacía tantas semanas. ¿Cómo era posible que un hombre tan mayor desapareciera, así sin más? ¿Y por qué razón se había ido? No estaban dispuestos a quedarse con la ganas de saberlo, menos aún

cuando casi estaban seguros de que había sido él quien había enviado el cuaderno fotocopiado. ¿Por qué lo había hecho? Edurne llamó a la centralita de taxis y explicó a la telefonista que su padre había desaparecido, que no estaba muy bien de la cabeza y que la familia estaba muy preocupada por si le ocurría algo, a su edad. Le dijo que creían que había cogido un taxi la víspera, y que le agradecería si pudiera preguntar si uno de ellos lo había recogido en el paseo Fray Francisco. Iba con una maleta grande y un perro. Cinco minutos más tarde, la telefonista la llamaba de vuelta. En efecto, un pasajero con las características mencionadas había pedido que el chófer lo llevara a Labastida.

—¿En Labastida? —exclamó Jon excitado—. ¡Tiene que ser él! ¡No puede ser otro! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Es él!

—¿Salvador?

—No, Pepe Aurra.

La joven no ocultó su sorpresa.

—¿No lo ves? Todo cuadra —prosiguió él—. Sus viajes a Rioja Alavesa, su negativa a hablar conmigo, sus versos en el cuaderno... Y estoy seguro de que, además de al perro, se ha llevado el cuadro que colgaba en la habitación de doña Amelia.

—Me parece que estás exagerando. Iba al pueblo con doña Meli porque ella no sabía conducir, y él era su chófer. No quería hablar contigo porque nunca ha sido muy hablador, y tú eras un extraño para él. Lo de los versos... los tendría ella.

—¿Cómo? ¿Cómo podría tenerlos? A mí me los dio don Telesforo, es la misma caligrafía que aparece en el cuaderno y no es la de ella.

—Tendría una copia.

—¿Cómo iba a tenerla? Pepe Aurra escribió esos poemas en el penal, y después, cuando la buscaba desesperado.

—Yo creo que quieres que sea él... Quieres que la historia acabe bien, que los dos enamorados se encuentren al final.

—Al final no. ¿Qué dijo tu tía? Que él llevaba tanto como ella en la familia, o algo parecido.

—Pero, vamos a ver. ¿De verdad crees que pudo aparecer así, de la nada, y meterse en la casa de Evaristo Rojas sin que nadie se diera cuenta? ¡Es un

disparate!

—¿Nos vamos a Labastida?

—¡Estás loco! —rió ella, y sus ojos brillaron como entonces, tres meses atrás, en aquel mismo lugar, cuando él supo que era especial, la compañera con la que había soñado toda su vida.

Compraron un bocadillo en el mismo bar y fueron a por el coche. Menos de una hora más tarde estaban en Labastida. Esta vez no se detuvieron a contemplar el paisaje; cogieron la autopista directos a Haro, y desde allí a la localidad donde esperaban encontrar las respuestas a sus preguntas. Edurne seguía sin estar convencida, pero él no dejó de hablar durante todo el viaje y acabó por contagiarle su excitación. Al llegar, fueron directamente a la casa de la calle Mayor; golpearon la aldaba de hierro varias veces, pero nadie respondió. Quizás el hombre que buscaban había salido con el perro, o se había mudado a alguna otra vivienda. A fin de cuentas, él no era el propietario, se dijeron para ocultar su decepción. Al igual que la vez anterior, Ascen estaba al tanto de lo que ocurría en la propiedad de la cual ella era guardiana, y salió a toda prisa.

—¿No habrán venido a venderla? —gritó antes de cruzar la calle.

—No, tranquila —respondió Edurne.

—Lo digo porque ayer llegó el señor..., el señor... bueno, el marido de doña Amelia, cogió algunas cosas y se fue. Así que, al verlos, he pensado que, a lo peor, venían ustedes a vender la casa.

—¿A dónde se fue?

—Pues si les digo la verdad, no lo sé. Llegó en taxi, y después vino otro hombre más joven a buscarlo, en una camioneta, y se fueron por allí, hacia la plaza —dijo señalando la dirección—. Oí decir al que conducía que comerían algo en Samaniego...

Se dirigieron hacia el coche, pero Jon se detuvo antes de llegar y volvió sobre sus pasos.

—Una pregunta, Ascen. ¿No sabrá usted cómo se llama el marido de doña Amelia?

—Don José, se llama don José. Aunque ella siempre lo llamaba Pepe, yo no, claro. ¿No lo sabía usted?

Le dio un sonoro beso en la mejilla, dejándola estupefacta, y corrió al

coche que Edurne ya había puesto en marcha. ¡Él tenía razón! ¡El viejo Salvador era Pepe Aurra! ¡Tres meses siguiendo su rastro, y lo habían tenido delante de las narices! ¡Y sabía dónde estaba su hijo! De hecho, el de la camioneta tenía que ser él, el heredero desaparecido.

Recorrieron los pocos kilómetros que separan las dos poblaciones y casi antes de darse cuenta estaban en la pequeña localidad rodeada de viñedos y protegida de los vientos del Norte, al igual que las del resto de la zona, por la imponente masa rocosa de la sierra de Toloño. Ignoraban si sus dos «perseguidos» habían comido allí o si el conductor había llevado a su pasajero a una vivienda concreta del pueblo, en cuyo caso no era cuestión de ir puerta por puerta. Preguntaron a una mujer por un lugar donde poder comer y ésta les indicó un restaurante en un precioso palacio ubicado en una plazuela y restaurado con un gusto exquisito. Los dueños, una pareja amable y servicial, reconocieron por la descripción y el nombre que Jon les dio del más viejo que éste y otro hombre habían estado en su local la víspera, pero que no los conocían de nada, y que tampoco vivían en Samaniego. Así pues, aquélla sólo había sido una parada en el camino. No podían recorrer toda Rioja Alavesa, sus pueblos, sus aldeas, sus casas desperdigadas; ignoraban el nombre que utilizaba Miguel Aurra y sólo tenían un retrato a plumilla de él, pero de hacía años, y ahora podría tener otro aspecto. Por tanto, no les quedaba más remedio que regresar a Vitoria-Gasteiz e intentar olvidar el asunto. Antes, sin embargo, probaron en Leza y en Navaridas con el mismo resultado; mencionaron los dos nombres de Pepe Aurra, lo describieron, mostraron el dibujo que lo representaba con el perro, pero nadie supo darles razón.

—Me habría gustado saber una cosa... —caviló Jon en voz alta, ya en el camino de vuelta.

—¿Qué? —preguntó Edurne, dándole unas palmaditas en el muslo.

—¿Por qué siguieron ocultándose los tres durante tantísimo tiempo, cuando ya todo había pasado y no corrían ningún peligro?

A Jon le costó dar el paso de acudir al domicilio de Elvira Rojas, decirle toda la verdad sobre su madre y, de paso, anunciarle que dejaba el caso porque ya no quedaba alternativa alguna. Tal vez la empresa de investigadores de Madrid pudiera dar con Pepe Aurra, alias Salvador Heredia, y que éste los

llevara hasta su hijo, aunque lo dudaba. Si había sido capaz de permanecer en el anonimato durante casi toda su vida, seguro que estaba decidido a continuar de la misma manera hasta su muerte. Se armó de valor, la llamó por teléfono y quedaron para verse en una coqueta cafetería de la calle San Prudencio que disponía de un reservado donde hablarían sin ser molestados. Ella lo prefería así.

—Dejo el caso —le dijo él cuando les sirvieron los cafés con leche que habían pedido—. Es del todo imposible encontrar a su hermano, ahora lo sé. Pero prometí contarle lo que he averiguado acerca de su madre, y por eso estamos aquí.

Durante casi una hora sólo habló él; le contó la historia a partir de donde la había dejado en la ocasión anterior, tras la salida de la cárcel de doña Amelia, pero esta vez también le habló de Evaristo Rojas. Si bien no mencionó su participación en la matanza de Arredondo, lo cual le parecía demasiado fuerte para contárselo a una hija, sí le explicó la forma en que se había enriquecido, apropiándose de los bienes de sus vecinos del Valle de Mena; cómo había pagado la deuda ignorada de unos aldeanos con el catastro, quedándose con tierras y caseríos de la Montaña Alavesa; cómo había logrado licencia para negociar con la chatarra, miserable botín de guerra, gracias a sus contactos; cómo había sido amigo íntimo de Bruno, apodado «el Carnicero», quien, a su vez, se había encargado de vigilar a su madre. También le habló de «el Tuerto», y de su muerte por envenenamiento a manos de una amante de su padre. Le dijo que su madre lo supo y que por dicho motivo, suponía, dejó de dormir en la misma habitación que su marido. Le contó que Amelia había escondido a su hijo, aquel Miguel Aurra Zabaleta que buscaban, en algún pueblo de Rioja Alavesa. Desconocía la razón, pero todos los indicios indicaban que lo había hecho para salvarlo de ser entregado en adopción a gentes extrañas y perderlo para siempre. No aparecía por ninguna parte con sus verdaderos nombre y apellidos, por lo que era lógico suponer que utilizaba los de sus padres adoptivos y, al desconocer quiénes eran éstos, también resultaba imposible averiguar su paradero. Y le habló de José Aurra Eginoa, el maestro, el primer marido de su madre, el padre de su hijo, con quien se casó por lo civil y a quien adoraba, a decir de personas que los habían conocido en su juventud, matrimonio que fue anulado al cambiar

las leyes y motivo por el que ella fue a parar a la cárcel de mujeres de Vitoria, acusada de adulterio y de comportamiento inmoral, donde la raparon al cero, la hicieron beber aceite de ricino y la obligaron a barrer la calle Dato. No obstante, decidió no decir una palabra acerca del hombre que ella había conocido toda su vida como chófer de la familia, ni, por supuesto, mostrarle el cuaderno con los poemas y los dibujos. Ignoraba aquella parte de la historia y podría equivocarse, pese a estar convencido de que ambos eran la misma persona; su clienta no habría perdonado a su madre que hubiera vivido bajo el mismo techo con dos maridos a la vez.

—He acabado por apreciar a Amelia Zabaleta, Meli para quienes la querían —concluyó—. No tuve la fortuna de conocerla, pero su vida, al menos la parte que sé de ella, ha despertado en mí unos sentimientos hasta ahora desconocidos, y mucha admiración por su persona.

Durante unos segundos, el silencio reinó en el reservado. Elvira estaba pálida y apretaba los labios con fuerza.

—Gracias por contarme la historia de mi madre —dijo al fin—. Mi padre fue un buen padre para mí, y yo lo quería. Siempre la culpé a ella por el desamor que reinaba en nuestro hogar, e incluso por la muerte de él, que murió de sífilis. Achaqué su gusto por las mujeres al ambiente que reinaba en casa por su culpa, y me distancié de ella. Quizás debería haber estado más atenta a lo que ocurría a mi alrededor, haberla escuchado a ella también, pero no lo hice o no quise hacerlo. Fue una lástima. Le ruego y espero que no hable de este tema con sus amistades.

No dijo más, tampoco se despidió, y Jon la vio salir de la cafetería como lo haría una reina depuesta, con la cabeza alta y el ánimo destrozado. Aunque también estaba el otro asunto... No podría disfrutar de su parte de la herencia materna en diez años, muchos para alguien de su edad. Sonrió. El vago de Luisito «el Patillas» y sus dos hermanos gozarían de una vejez muy, pero que muy confortable.

Iba a abandonar él también el local cuando recibió una llamada de Edurne preguntándole dónde estaba, y quedaron en verse allí mismo. La esperó tomando una cerveza mientras meditaba acerca de lo experimentado y aprendido durante aquellos tres intensos meses. Tenía a su lado a la mujer que amaba, ya apenas fumaba, se había enterado de unos hechos que antes

ignoraba, de una época que ni siquiera le importaba, y se sentía con ánimos para buscar a otras personas, a otros hijos o padres desaparecidos. Lo había dicho Vicente D. R.: no se trataba de venganza, sólo de justicia.

Su pareja llegaba de la comisaría de la Ertzaintza, de donde la habían avisado para que fuera a recoger el disco duro, requisado con otros muchos en una redada. Suponían que era el suyo, pues a los ladrones no les había dado tiempo de borrarlo, y habían encontrado un buen número de archivos en... chino. Le informaron de que habían llamado al traductor chino que trabajaba para ellos, por si no se trataba de traducciones comerciales, sino de algo más grave; las mafias actuaban con total impunidad. La joven comprobó que, en efecto, era su disco duro y, visto que lo habían examinado a fondo, se alegró de no tener archivado nada comprometido. Se lo habían devuelto tras firmar unos papeles.

—¿Y se sabe quién lo robó? —preguntó Jon.

—Sí, un tipo al que llaman «el Dedos» por su habilidad en afanar todo lo que encuentra, y su socio, a quien no han pillado porque el otro no suelta prenda.

—¿Lo han encerrado?

Ella le miró con sorna.

—No. Es una falta si el valor es de menos de cuatrocientos euros.

—Pero había muchos discos duros...

—No lo pueden probar. Al parecer lo pillaron con dos o tres nada más.

—¿Y qué hay del allanamiento de morada? ¿No piensas denunciarlo?

—La Policía ya hizo el atestado, y la denuncia está en marcha. Me han informado de que, en caso de que haya juicio, lo cual tampoco es seguro, quizás me llamen a declarar, pero que pueden pasar meses antes de que eso ocurra. ¿Qué ha dicho Elvira?

—Nada, no ha dicho nada, o casi... sólo que ella quería mucho a su padre. No le he contado que el chófer Salvador es, en realidad, Pepe Aurra. ¿Para qué? Y tampoco le he enseñado el cuaderno; bastante tiene con saber que no podrá cobrar su herencia hasta dentro de diez años.

—Siento que no lo hayamos encontrado. Me habría gustado hablar con él y conocer lo ocurrido. Así me da la impresión de que la historia se queda coja...

—A mí también.

Acabaron la jornada en un cine.

Dos días más tarde, Paco Durana llamaba a su amigo para contarle una historia cuando menos curiosa. Fede Crispiñana, el hijo del autolesionado mutilado de guerra, recalcó con ironía, y él habían estado jugando al golf; lo dejó ganar, y se fueron de copas. Como de costumbre, el hombre bebió más de lo que podía soportar y se le soltó la lengua; le dio la llorera y le confesó que había sabido por un conocido, amigo de Luisito Inoso, lo de la herencia de la abuela de éste y cómo estaban saliendo a la luz trapos sucios que podrían acabar con la reputación de su familia. Había contratado a un par de tipos para que registraran la casa de la difunta y se hicieran con cualquier tipo de documentos que estuvieran relacionados con los Crispiñana y que, con igual propósito, siguieran al investigador encargado del caso.

—¡Qué absurdo! —exclamó Jon.

—Y que lo digas. Es un inepto de pies a cabeza. Ahora está preocupado porque han cogido a uno de los tipos, y teme que hable, que cuente que fue él quien los contrató y lo acusen de allanamiento de morada.

—Pero ¿qué pensaba que podíamos haber averiguado?

—¡Yo qué sé! Lo de su padre, el falso mutilado, y sus chanchullos. O lo de su madre...

—¿Y eso?

—El segundo apellido de Fede es... Garciaran. Su madre era la famosa Conchita, la de la foto, la que mi padre mandó al infierno. Por supuesto que no pienso volver a jugar con él —añadió Durana con ironía—. Mi viejo se revolvería en su tumba.

Así pues, todo quedaba aclarado. La desastrosa actuación de «el Dedos» y su cómplice no había sido sino el deseo de algunos de borrar el pasado, una vez más.

Habían transcurrido ya seis meses desde su última visita a Rioja Alavesa, y decidieron volver un domingo de finales de octubre. Aunque ambos la tenían en mente, no hicieron mención a su frustrada expedición anterior y emprendieron el viaje con la idea de contemplar los campos teñidos de rojo, ocre, naranja y amarillo del otoño, paisajes de belleza extraordinaria contemplados en postales y documentales televisivos, pero nunca al natural.

Durante el tiempo transcurrido, Jon había aceptado un par de casos de adulterio relacionados con divorcios, más que nada para ganar algún dinero, si bien tenía claro que no pensaba seguir en ello; ahora le repelía entrometerse en asuntos privados de dicha índole. Había realizado asimismo un par de trabajillos para Paco Durana, quien le pagó con generosidad. Ignoraba que existiera el espionaje industrial, al menos en un tema como la fabricación de tuercas, y le resultó muy curioso introducirse en aquella nueva actividad. Por otra parte, Rosa se había jubilado; había vendido su pequeño negocio y le había entregado la mitad de lo obtenido por la venta. Insistió en dársela a pesar de sus protestas, pues, afirmó, el local les pertenecía a ambos y, además, quería que recibiera su parte de la herencia mientras estuviera viva, aunque luego, añadió risueña, no le quedaría nada cuando ella se fuera a criar chiribitas. Tenía, por tanto, más medios que nunca, por lo que se inscribió en el Instituto Vasco de Criminología a fin de obtener el título de detective privado y todos los días cogía el autobús Vitoria-Donostia. Le agradaba su nueva faceta de estudiante, se sentía joven, ilusionado. A Edurne también le gustaba y no dejaba de apoyarlo y lo ayudaba a memorizar los largos contenidos de algunas de las materias. En una palabra, era feliz. No obstante, tenía clavada la espina del asunto que había quedado inconcluso y a menudo abría «El libro de Meli». Leía los poemas de Pepe y los pensamientos de ella, contemplaba los retratos a plumilla y continuaba intentando resolver el misterio.

Al llegar a Laguardia, entraron por una de las cinco puertas de la muralla, la de San Juan, situada bajo el campanario de la iglesia del mismo nombre, y recorrieron, una vez más, las tres calles peatonales de la preciosa villa

invulnerable al paso de los siglos, cuyo subsuelo se halla horadado por decenas y decenas de bodegas familiares, pues el cultivo de la vid hace tiempo que ocupa el espacio del antiguo oficio de la guerra de sus pobladores. Jon recordó el aprecio que Genaro Zipriano sentía por el vino de aquella tierra y, sin dudarle un instante, arrastró a su pareja hasta una de las bodegas y compró media docena de botellas.

—Dos para él, dos para tus padres y dos para nosotros —repartió.

Llevaron las botellas al coche y decidieron rodear la muralla, a fin de contemplar lo que habían ido a ver: la paleta de colores natural, envidia de artistas y admiración de visitantes. Resultaba, en efecto, un espectáculo la visión de viñedos, pueblos y montes desde el mirador situado frente a la puerta llamada de Páganos. Además, por extraño azar, no había nadie más allí, salvo ellos y un pequeño grupo de pintores con sus caballetes en el otro extremo. Jon reconoció al maestro que los dirigía, el hombre de la barba blanca, y al joven con el *piercing*, y sonrió. No había duda de que disfrutaban con su actividad y ¿qué mejor lugar que en medio del extraordinario y colorido paisaje para dar rienda suelta a su afición? Quizás debería probar él también. Iba a acercarse a ellos cuando reparó en un hombre que, sentado en una silla de tijera de las de playa, observaba ensimismado el paisaje; a su lado un gran pastor belga se mantenía erguido sobre sus cuartos traseros. Edurne hablaba con una de las pintoras, y él avanzó despacio hacia el hombre hasta situarse a su lado.

—Buenos días, señor Aurra —saludó.

—Veo que por fin me has encontrado —respondió éste sin girar la cabeza.

—Casi no me lo creo...

Pepe Aurra le miró y sonrió. Era la primera vez que lo veía sonreír y no supo decir qué fue lo que más lo sorprendió, si haber dado con él de la manera más inopinada o su desconcertante sonrisa.

—¿Puedo sentarme a su lado? —preguntó.

—Puedes.

Permanecieron largo rato en silencio. Tanto, que Jon pensó que el otro no tenía intención de hablar con él.

—¿Fue usted quien me envió el cuaderno fotocopiado? —preguntó de

nuevo.

—Sí, fui yo. Al principio no me caíste bien, pero luego comprobé que no sólo te interesaba cumplir el encargo que se te había hecho, sino conocer lo que en realidad nos había ocurrido a mi querida Meli y a mí. Por esa razón te lo envié, para que tuvieras un recuerdo nuestro.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar.

Y de nuevo aquella sonrisa socarrona, la del anciano que escucha las opiniones y proyectos de un jovencuelo.

—¿Por qué me marché de Vitoria? —preguntó a su vez—. Porque ya no tenía nada que hacer allí.

—¿Por qué usted y doña Amelia se ocultaron durante más de cincuenta años?

—Por miedo, el de ella. Un miedo tan profundo que no fue capaz de vencer jamás. Hola, pequeña. Me alegro de volver a verte.

Eduarne se había aproximado al descubrir a Jon sentado en el suelo, junto a un anciano y a un perro. No creía lo que veían sus ojos, no era posible. Acabó convenciéndose cuando el pastor belga abandonó su pose de estatua de jardín, se abalanzó sobre ella y le lamió la cara. No pudo evitarlo; se le saltaron las lágrimas al abrazar al hombre a quien conocía desde que era una niña y cuya verdadera identidad había ido descubriendo a medida que su pareja y ella buscaban al heredero desaparecido.

—¿Cómo la encontró? —Jon lo interrogó de nuevo.

No se movería aunque tuviera que permanecer el resto del día o toda una semana sentado en el suelo, aunque tuviera que agarrarse a sus piernas e impedir que volviera a desaparecer. No hizo falta. El hombre fijó de nuevo su mirada en los campos que mudaban de color según las estaciones y comenzó a hablar.

—Casualidades de la vida...

Fue a Vitoria en busca de Meli y de su hijo al salir del penal de Santoña; allí supo que ella también había sido encarcelada, y que su pista desaparecía tras haber pasado a recoger al niño por casa de sus padres. Volvió con su familia, a Ozaeta, e intentó rehacer su vida junto a los suyos, pero fue inútil; era incapaz de pensar en nada ni en nadie que no fueran ella y el pequeño. Regresó de nuevo a la ciudad esperando que en alguna parte, a través de

alguien, pudiera encontrar un rastro de la mujer a la que había entregado su alma ni del hijo a quien apenas conocía. No podía ejercer de maestro, así que, durante un tiempo, se ganó la vida como pudo. No había trabajo para tantos hombres y mujeres necesitados, pero él encontró uno, en una chatarrería. Trabajaba catorce horas al día y cobraba una miseria, lo suficiente para mantenerse vivo y continuar buscándolos. Un día escuchó al dueño decirle a su socio que necesitaba un hombre de confianza, uno que fuera de los suyos, que conociera el manejo de las armas. Gastó lo poco que tenía en la barbería de la estación de autobuses y se compró una camisa, unos pantalones y unos zapatos nuevos. Pasó después por el piso de un falsificador que vivía en la Pintorería, y que se dedicaba a falsear con mucho arte documentos y cédulas de identidad. Eran vecinos cuando él vivía en dicha calle. El hombre continuaba en el mismo sitio, y nadie lo había molestado, quizás porque eran muchos, de uno y otro lado, los que necesitaban de sus servicios. Se presentó ante el dueño de la chatarrería con su nueva apariencia y bajo su recién estrenada identidad, incluida una carta de presentación que el falsificador escribió a mano con excelente caligrafía y firmó sin que le temblara el pulso con el nombre de un conocido héroe de guerra, quien, por fortuna, vivía en la otra punta de la Península. También le dio pelos y señales sobre su anterior trabajo, como guardián en el penal de El Dueso. Evaristo Rojas lo contrató de inmediato. Nunca se fijaba en sus operarios y, de todos modos, tampoco habría reconocido en el hombre fuerte y de buena presencia que tenía delante a uno de los opacos obreros que trabajaban en la clasificación de la chatarra.

—Pero... ¿sabía usted que se había casado con Amelia?

—No, no lo sabía. Rojas me dijo que quería contratarme como chófer de su mujer e insistió en que debía informarle puntualmente sobre sus movimientos y jamás, jamás, dejarla sola.

La primera vez que la vio estuvo a punto de gritar de dolor. No podía creer que ella lo hubiera olvidado, que se hubiera casado con aquel tipejo impresentable y hubiera tenido una hija con él. Pensó en matarla allí mismo y darse muerte después, o largarse sin decir una palabra, pero... Ella ni siquiera le miró. Parecía ausente mientras el otro la advertía de que podría pasear, salir con las amigas o ir de compras, pero que siempre tendría un ojo vigilante encima. No tardó en darse cuenta de que apenas se hablaban,

dormían en habitaciones separadas y, sobre todo, de que ella estaba eternamente triste. Tampoco salía mucho, por lo que él pasaba el tiempo haciendo chapuzas en la casa. Una tarde subió al desván en busca de una llave inglesa para soltar el tubo atascado del desagüe del fregadero y la encontró escribiendo en un cuaderno. Supo, por su azoramiento al verlo aparecer y la forma como ocultó el cuaderno bajo unos libros, que tal vez allí encontraría la clave de que él fuera el más desgraciado de los hombres. Ella seguía sin mirarle a la cara. Se disculpó y salió del desván. Regresó más tarde, cuando todos dormían, pero encima de la mesa sólo estaban los libros. No podía, sin embargo, esperar más; encontró en un cajón unas hojas de papel en blanco, cogió una pluma y escribió lo primero que le vino a la cabeza.

*Te busqué sin descanso, mi vida,
por los caminos que juntos hollamos.
Te busqué y hoy al fin te encuentro,
mas, oh desdicha, tú ya no eres mía.*

A media mañana del día siguiente, una de las sirvientas le comunicó que la señora deseaba ir al monasterio de Estibalitz, y que dispusiera el coche. Hicieron el trayecto en silencio, aunque cada vez que la miraba por el retrovisor encontraba sus ojos clavados en él. Al divisar la iglesia en lo alto de la colina, le pidió que se adentrara en el bosquecillo cercano y sólo entonces le ordenó que se detuviera.

—Todavía me emociono recordando aquel momento... —les confesó—. Lloré como un niño, y ella también lloró. Y nos amamos. Estuvimos alejados durante años, durante aquellos terribles años... Desde entonces y hasta su muerte, incluso ahora que ella ya no está, no hemos vuelto a separarnos.

—¿Y Rojas no se enteraba de nada?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Él llevaba su vida de crápula, y yo le informaba con todo detalle de a dónde había llevado a la señora y lo que ella había hecho. Y no sólo quedaba conforme, sino que encima me subía el sueldo cada dos por tres. De todos modos, murió y nos dejó en paz. Ya no tuvimos que dar explicación alguna, ni a él ni a nadie.

—¿Por qué la retenía si no se hablaban, y era él quien tenía el dinero?

—Porque... Existen hombres enfermos que disfrutan sometiendo a personas más débiles, aterrorizándolas. Meli era una mujer muy guapa, con mucha clase. Aparecía en algún sitio y la gente se la quedaba mirando con admiración. A él le gustaba exhibirla, demostrar que era su amo y señor, y ella le tenía miedo, así de sencillo. Supusimos que aquel papel que le enseñaron en Burgos, el que decía que me habían juzgado y ejecutado, había sido sólo un engaño para que ella dejara de buscarme. Además le había hecho firmar una serie de documentos que tenían que ver con los negocios, algunos inexistentes, que le permitían seguir con sus chanchullos, mover el dinero, comprar y vender aire. En realidad, la necesitaba de tapadera.

—¿Y su hija?

—Elvira estaba interna en un colegio de señoritas de San Sebastián y, al poco de dejarlo, se echó novio y se casó. Además, siempre nos quedaba la casa de Labastida; ni Rojas ni ella iban nunca por allí.

—¿Y Miguel? —preguntó Edurne.

Durante todo el relato, el rostro de Pepe Aurra había permanecido inmutable, pero la mención de su hijo provocó de nuevo su sonrisa.

Al poco de su reencuentro, Amelia comunicó a Evaristo que el médico le recomendaba pasar unos días en algún lugar más seco y soleado que Vitoria, pues tenía que fortalecer sus pulmones, lo cual era cierto. Se había resfriado y tosía, pero ella dejó caer que podría ser un comienzo de tisis, algo habitual entonces. Al malnacido le entró el pánico, no por ella, sino por él, así que le ordenó que la llevara a algún pueblo de Rioja Alavesa y que no volvieran hasta estar seguros de que estaba completamente curada. Fueron en busca de su hijo, y tampoco volvieron a separarse de él. Reconstruyeron su familia en el punto en el que la habían dejado; su protectora siempre le había hablado de ellos, en especial de su madre, y el muchacho había crecido sabiendo que ésta velaba por él, aunque no pudieran estar juntos. De hecho le escribía todos los meses contándole cómo le iba, y continuó haciéndolo aun después de su reencuentro.

—Fue como si nos conociéramos de toda la vida, como si aquello nunca hubiera ocurrido... Tengo que irme ya.

El hombre se levantó, dio un beso a Edurne en la mejilla y comenzó a caminar hacia la puerta de Párganos con la silla de tijera plegada bajo un

brazo, el bastón en la otra mano y el perro pegado a las piernas.

—Por favor...

Se detuvo al oír la súplica de Jon, y se giró.

—Usted sabe que Elvira no podrá recibir la herencia de su madre si no aparece su hermano...

—¿Y?

—Usted conoce su paradero, ¿verdad?

—Esa herencia no es de Meli, es de Rojas. Es una herencia de sangre, robo y abusos, y mi hijo no desea un solo céntimo de una fortuna levantada sobre las ruinas que dejó aquella guerra malhadada.

—Pero ella tiene derecho a recibirla, y Miguel sólo tendría que renunciar a su parte...

—Digamos que es el precio por su infancia robada y el dolor causado. No te preocupes, Elvira tiene más que suficiente para vivir con el lujo al que está acostumbrada. Heredó parte de la herencia a la muerte de su padre y, además, éste dispuso para ella un fideicomiso que le ha proporcionado una considerable cantidad de dinero desde su mayoría de edad.

—¿Se llevó usted el cuadro que colgaba en el dormitorio de Amelia?

—Es mío, lo pintó nuestro hijo para mí.

—¿Era a usted a quien ella miraba mientras posaba?

—Sí.

—¿Y qué pone en el colgante que lleva al cuello?

—«Búscame, como busca el ave su nido.» Se lo regalé yo en el primer aniversario de nuestro reencuentro, y lo he llevado conmigo desde que ella se fue.

El anciano metió la mano por el cuello de su camisa, extrajo el medallón y se lo mostró. Apenas les dio tiempo de verlo porque volvió a esconderlo de inmediato.

—Yo creía que el cuadro era un autorretrato porque está firmado AZ...
—comentó Jon.

—Es la firma de Miguel: Aurra Zabaleta. Su madre le enseñó a pintar.

—Otra cosa. Fernanda, la hermana de doña Amelia, desea fervientemente conocer a su sobrino. Si ustedes pudieran ir a visitarla... Le prometí que sería la primera en saber que lo habíamos encontrado.

Esta vez el hombre no sonrió; se echó a reír.

—Lo conoce, siempre lo ha conocido. Mi querida Meli nunca rompió la relación con su familia. Su madre y su hermana supieron desde el principio dónde había dejado escondido a nuestro hijo y se ocuparon de él hasta que nosotros pudimos hacerlo. Ambas juraron por lo más sagrado que jamás revelarían dónde se encontraba, al igual que juraron que nunca las verían juntas en Vitoria y que, si alguien preguntaba, asegurarían que no mantenían vínculo alguno con ella. Solían venir a Labastida con nosotros hasta que doña Julia falleció; luego sólo venía Fernanda. Vamos a visitarla a la residencia todos los sábados por la tarde. También la buena de Felisa prometió mantener el silencio, y lo cumplió; se quedaba en la casa y nos mantenía al corriente de lo que hacían Rojas y su hija. Mi añorada esposa estuvo protegida por quienes la amábamos, aunque no pudiéramos hacer nada por ella durante los años sombríos.

La pareja estaba atónita.

—¿Y por qué continuaron ustedes ocultos tras la muerte de Rojas, y después, cuando las cosas ya habían cambiado? No lo entiendo.

Era la pregunta que Jon se había estado haciendo desde hacía meses.

—Te lo he dicho antes, por su miedo. Miedo que se introdujo en su sangre, en sus sentidos, en sus huesos; miedo que la despertaba aterrorizada cada noche, creyendo que venían de nuevo a por ella; miedo por la seguridad de su hijo, sus padres y hermana; miedo que revivía en su recuerdo los rostros de sus compañeras asesinadas. Miedo, en fin, a ser libre. Nunca pudo escapar de él, ni siquiera estando yo a su lado.

Lo vieron dirigirse con su perro hacia el interior de la villa y permanecieron inmóviles. El grupo de pintores había recogido sus útiles, y el maestro barbado corrió en su dirección.

—¡Padre! —lo oyeron gritar—. ¡Espérame!

El pastor belga salió raudo del portal, dio un par de vueltas a su alrededor, y ambos desaparecieron por la puerta de la muralla.

Mi amor, mi único amor, veo la pena en tus ojos. Sabes que me voy, pero no me llores, tú mismo dijiste que la muerte era sólo un pasar. Gracias por todos estos años, toda una vida, que has permanecido a mi lado, oculto, negándote a ti mismo, velando mi sueño agitado, ahuyentando mis

fantasmas, ayudándome a superar mi enfermedad, el miedo que nunca me ha abandonado. Ningún hombre habría hecho algo parecido por mí...

No lamentes mi ausencia, no estás solo. Tienes a nuestro querido hijo, a nuestros nietos. Ellos cuidarán de ti hasta que volvamos a reunirnos donde quiera que sea...

Deja que me vaya...

Deja que por fin duerma en paz...

Coge mi mano para que yo sienta que sigues a mi lado, que nada ni nadie podrá jamás separarnos.

Te quiero.



TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA (Vitoria-Gasteiz, 1949). Escritora. Vive en Larrabetzu, pequeña población vizcaína. En 1978, en compañía de su marido, funda el grupo de teatro Kukubiltxo. Entre los años 1983 y 1992 escribe, dirige y realiza 40 programas de vídeo para el Departamento de Educación del Gobierno Vasco y más de mil para niños y jóvenes en ETB. En 1986 recopila y escribe *Euskal Herriko Leiendak / Leyendas de Euskal Herria*. En 1998 publica su primera novela *La Calle de la Judería*. Le siguen *Las Torres de Sancho*, *La Herbolera*, *Señor de la Guerra*, *La Abadesa*, *Los hijos de Ogaiz*, *La voz de Lug*, *La Comunera*, *El verdugo de Dios*, *La cadena rota*, *Los grafitis de mamá*, el ensayo *Brujas*, *La brecha*, *El Jardín de la Oca*, *Placeres reales*, *La flor de la argoma*, *Perlas para un collar*, *La Universal*, *Veneno para la Corona*, *Mareas*, *Itahisa* y *Enda*.

Autora prolífica, ha escrito literatura para jóvenes con títulos como *El mensajero del rey*, *La hija de la Luna*, *Antxo III Nagusia* y *Muerte en el priorato*. En el tramo infantil, *Nur* es su personaje estrella, inspirado en su propia nieta. Ha publicado además ocho cuentos para contar bajo el título genérico de *Érase una vez...*

Ha sido traducida al euskera, francés, alemán, portugués y ruso. Habitualmente colabora con diferentes medios de comunicación escritos y da charlas en universidades, asociaciones culturales y centros educativos.